

Revista

30 DE SEPTIEMBRE

1899

Contemporánea

CIENCIAS — LETRAS
INGENIERÍA — ARTE MILITAR

DIRECTOR

RAFAEL ÁLVAREZ SEREIX

REDACTOR JEFE

PELAYO VIZUETE

SUMARIO

	<u>Páginas.</u>
La asociación y las clases trabajadoras (continuación), } por Manuel Gil Maestre	561
Un alto ejemplo de inmoralidad, por Un Ingeniero	577
Cosas de antaño, por Carlos Cambronero	590
La raza latina (conclusión), por José Pérez Guerrero	596
Estudio sobre la Edad Media, por Ernesto Amador	616
Los heteos, por Francisco J. Abienzo	628
A Lupe, por Enrique Fernández Granados	635
Géminis (continuación), por Antonio Frates	637
Boletín bibliográfico, por P. V	665
Indice	670

DIRECCIÓN

ADMINISTRACIÓN

San Vicente Alta, 6, pral. derecha.

Pizarro, núm. 17, principal.

MADRID

THE EQUITABLE LIFE ASSURANCE SOCIETY

SUCURSAL DE ESPAÑA

SINIESTROS PAGADOS EN 1898

FESOS

De las 3.531 pólizas vencidas por fallecimiento, 2.541, ó sea un 72 por 100 del total, se pagaron á la presentación de las pruebas por una suma de.....	9.447.517,55
A los tres días, 403 pólizas.....	1.554.320,94
Dentro de los 60 días 541 por.....	1.797.850,31

La demora en las pocas pólizas restantes, que se han pagado después, ha sido causada por la indiferencia ó abandono de los interesados.

La **Equitativa** es la única Compañía que publica anualmente un estado como el presente.

Siniestros pagados por la Sucursal Española desde la fecha de su autorización
(Real orden 10 Octubre de 1882.)

PESETAS

Hasta 31 Diciembre 1898.....	14.327.494,58
En el primer semestre de 1899.....	809.593,61

TOTAL PAGADO..... 15.137.088,19

Oficinas y Dirección en el Palacio de su propiedad.

M A D R I D

PÍLDORAS Y UNGÜENTO DE HOLLOWAY.

JUSTAMENTE RENOMBRADOS.

**LAS
PÍLDORAS**

purifican la sangre, corrigen todos los desórdenes del hígado, del estómago, de los riñones e intestinos y son de un valor inapreciable en todos los desórdenes que afligen al sexo femenino y á los niños.



**EL
UNGÜENTO**

es el solo remedio seguro para males de piernas, llagas, úlceras y heridas inveteradas. Para la curacion de bronquitis, males de garganta, toses, resfriados, gota, rheumatismo, hinchazones glandulares y todas las enfermedades de la piel no tiene igual.

Elaborados solamente en el 78, New Oxford Street, London.

Y vendidos por todas boticarios del mundo entero.

LA ASOCIACIÓN Y LAS CLASES TRABAJADORAS

CAPÍTULO II

La sociedad considerada en general.—Serpa Pimentel y el organicismo social.—Teoría de Blunstchli.—Opiniones de Rousseau, Schaeffle, Lioy y otros.—Fundamentos de dicha teoría.—El individualismo moderno juzgado por Paul Lapié.—La acción social, inclinación á su mayor extensión y opiniones de varios escritores.

I

La sociedad, como hemos visto, es la gran asociación humana, es la unidad resultante de la concurrencia y la cooperación incluíbles de todos los hombres. El instinto de *sociabilidad*, el sentimiento de la *simpatía*, y la *solidaridad*, son sus principales determinantes ó causas. Dentro de ella se ejercitan todas las actividades, se emplean y se desarrollan todas las facultades, se mueven todas las agrupaciones y asociaciones particulares, y llenan los individuos sus verdaderos y naturales fines. Tratar, pues, de la asociación, sin dar alguna idea de lo que en sí es la sociedad, ese inmenso organismo que encierra y relaciona todos los demás organismos, sería incurrir en indisculpable omisión.

¿Qué es la sociedad? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Cuáles sus funciones? ¿Cuáles sus componentes? Hé aquí una serie de cuestiones, ciertamente importantísimas, de las que han venido ocupándose con mayor ó menor exactitud, más ó menos elevadamente, filósofos, jurisconsultos, políticos, economistas y sociólogos, éstos principalmente, puesto que el estudio de la sociedad humana constituye la parte más esencial de la moderna sociología. Al hacerlo nosotros prescindiremos por com-

pleto de las antiguas teorías, limitándonos á breves consideraciones referentes á algunas de las que en nuestros días preponderan.

«La evolución de la vida parte de los primeros elementos de la materia hasta llegar á la sociedad humana—escribe el notable publicista y hombre público del vecino reino, Antonio Serpa Pimentel, en su libro *Historia y civilización*.—Por eso los modernos y escasos escritores de *sociología* dicen con razón que uno de los elementos de esta ciencia es la *biología*. Las plantas, los animales, los hombres, todos los seres organizados, son un agregado, ó una asociación de elementos, de millones de células. Para que esta masa sin organizar constituya un individuo organizado, planta ó animal, es necesario que las partes que la forman imiten su igualdad ó semejanza originaria, y que cada una desempeñe la función que le corresponde para la armonía del todo. Unas de estas partes se dedican á la respiración, otras á la locomoción, otras á la propagación, y otras, en los animales superiores y en el hombre, á las funciones más ó menos intelectuales del cerebro, y á los sentidos del tacto, de la vista, del oído, de la memoria y todas las demás condiciones necesarias para que el individuo inteligente consiga conocer lo que le rodea, y de esta suerte poder aplicar su inteligencia á los fines que le convengan.»

«Una cosa completamente análoga se observa en la sociedad. Así como el individuo organizado y vivo es un conjunto de células, la *sociedad es una agregación de hombres iguales en su organización general, pero que precisa desempeñar funciones diferentes si ha de constituir una verdadera sociedad organizada y no una reunión numérica de hombres primitivos*. Para que una sociedad viva, se nutra, se vista, se sustente, se desenvuelva, se defienda y se apropie por el trabajo los bienes de la naturaleza y luche contra los males que de la misma naturaleza le puedan sobrevenir, es preciso que los elementos de esta sociedad, los hombres, ejerzan diversas funciones. Se hace preciso que los unos cultiven la tierra, y así obtener los frutos necesarios para el consumo individual, á lo cual sirve la agricultura; que otros conduzcan estos productos á las diferentes comarcas que los hombres habiten, y á esto respon-

de el comercio; que otros construyan las vías de comunicación que al comercio son indispensables; que otros fabriquen los tejidos de que se confeccionan los vestidos y mil otras cosas indispensables ó convenientes á la vida, y ahí está la industria. Y es necesario también cortar los abusos, los fraudes y robos que los hombres malos ó sin educación moral pueden cometer contra sus semejantes, y los crímenes, hijos de la perversidad ó de la pasión. Es preciso igualmente defender la libertad de todos contra los excesos del libertinaje de algunos, y de aquí la necesidad de los tribunales. Es necesario un Gobierno que administre. Son indispensables maestros que enseñen, legisladores que hagan leyes, y que todos las cumplan y obedezcan, y también una policía que mantenga la seguridad en los lugares públicos y frecuentados.»

«Aquí está, pues—concluye diciendo el Sr. Serpa Pimentel,—la completa semejanza y paridad de la sociedad con el individuo, ó de la *sociología* con la *biología*. En el individuo los elementos ó células necesitan desempeñar funciones variadas y diversas para constituir un todo organizado. En la sociedad los elementos son los hombres, que tienen también que desempeñar diversas y variadas funciones para constituir un Estado ó nación.»

Esta equiparación al organismo humano en cuanto á sus funciones, en cuanto á la cooperación y correlación de éstas y en cuanto al fin que con su ejercicio se persigue, que no llega á las últimas conclusiones de la *escuela organicista*, tan magistralmente desenvueltas, entre otros, por Novicov en el notable estudio publicado en el anuario de estudios sociales de 1898, hasta considerar en absoluto á la sociedad, personificada en el Estado, cual un ser organizado como los demás seres vivientes, cual un individuo inmenso, no alejándose mucho de la verdad, se manifiesta de un modo todavía más perceptible, más claro, cuando se refiere á las sociedades particulares, infinitamente más limitadas, sean públicas, cual el municipio, sean privadas, como las industriales, comerciales, etc., que coexisten con la sociedad universal, que se compenetran con ella, que forman parte de su organismo y que contribuyen más ó menos directamente, pero contribuyen siempre,

al elevadísimo fin social. Con efecto, basta considerar, por ejemplo, al municipio, para persuadirse de la similitud de órganos, de funciones, de vida, y basta fijarse en cualquiera de las asociaciones económicas para llegar á la misma convicción. Esta teoría de la sociedad, ó del Estado si se entiende por éste, conforme viene entendiéndose, lo mismo que aquélla, aunque equivocadamente, tan compendiosa y claramente expuesta por el ilustre sociólogo portugués, ha tenido muchos y muy valiosos mantenedores y no pocos publicistas que la contradicen.

Entre aquéllos, por su grandísimo valer científico, por su justo renombre universal, por la aceptación que entre nosotros han tenido y tienen sus escritos, citaremos en primer término á Bluntschli, acerca de cuya teoría dice Mr. Diodato Lioy (*Filosofía del derecho*): «Bluntschli define el Estado como una reunión de hombres que componen una persona orgánica y moral bajo la forma de gobernantes y gobernados, ó más claramente, el Estado es la persona de la nación políticamente organizada en un país»; y añade explicando esta definición: «Todo organismo es la unión de elementos corporales, materiales y de fuerzas vitales animadas, en una palabra, el alma y el cuerpo. El ser orgánico forma un todo provisto de miembros que tienen sus funciones y sus facultades y satisfacen á las necesidades de la vida del conjunto. Un organismo se desarrolla desde dentro afuera y tiene un crecimiento externo. En el Estado existen el cuerpo y la mente; es una voluntad servida por órganos. El cuerpo del Estado es la Constitución, cuyos miembros son las asambleas públicas y el soberano; la función política forma el alma del Estado, la cual transforma á la persona que está investida de ella, sea rey, presidente ó cónsul».

Los antiguos, que, dadas las condiciones especiales de su existencia, identificaban con mayor razón que los modernos el Estado y la sociedad, marcaron de un modo muy sensible la equiparación á que aludimos. Platón decía que «el Estado es tanto más perfecto cuanto más se asemeja al hombre», y que, si una de sus partes padece, «se resiente todo el cuerpo». Para Platón, «el hombre es un animal político por naturaleza y

el Estado un producto de la naturaleza humana», y entre los romanos da idea del concepto que tenían formado del Estado el célebre apólogo de los miembros y el estómago, de Memnino Agrippa.

Esta identificación de sociedad y Estado predomina en la generalidad de los escritores modernos. Así leemos en el artículo que Juan Jacobo Rousseau publicó en la inmortal Enciclopedia sobre la economía política, las siguientes líneas, en las que, al par que se asimila el cuerpo social al cuerpo político, se comparan los organismos sociales á los órganos del individuo, del hombre: «El cuerpo político, tomado individualmente, puede considerarse como *un cuerpo organizado viviente y semejante al del hombre*. El poder soberano representa la cabeza; las leyes y las costumbres son el cerebro, centro de los nervios y asiento de la inteligencia, de la voluntad y de los sentidos, cuyos órganos son los jueces y los funcionarios; el comercio, la industria y la agricultura son la boca y el estómago que preparan la sustancia común; la Hacienda es la sangre que una sabia economía, ejerciendo las funciones del corazón, distribuye por todo el organismo; los ciudadanos son el cuerpo y los miembros que hacen mover, trabajar y morir á la máquina; si se hiere una parte, el cerebro siente inmediatamente la impresión dolorosa. La vida del uno y del otro es el *yo* común al todo; la sensibilidad recíproca es la correspondencia interna de todas las partes. Si alguna vez llega á faltar esta correspondencia, la unidad formal desaparece y las partes contiguas no se mantienen unidas, sino por superposición: el hombre está muerto, ó disuelto el Estado.

Inspirándose en estas ó muy parecidas ideas, ó en lo esencial de las mismas, han llegado muchos positivistas y sociólogos, y mayor número de evolucionistas, á conclusiones que el moderno socialismo no ha tardado en recoger. Combatiéndolas rudamente, aunque en lo general con poca fortuna, han llegado á su vez los economistas individualistas al extremo opuesto. Si la sociedad es un organismo vivo, un todo al que están subordinados incesantemente cuantos órganos y cuantas funciones la constituyen, la alta y absoluta dirección social es indispensable, ineludible, para su conservación y desarrollo,

para la coordinación de todos sus elementos, á fin de que todas sus partes ú órganos, armonizadas, unificadas y debidamente encaminadas, cooperen según su naturaleza á dicho fin; el individuo, como la familia, como el pueblo, como la nación, como las funciones industriales, comerciales, agrícolas, físicas, intelectuales, etc., como las asociaciones particulares que se propongan tales objetos, no puede tener sino una muy relativa independencia ni obrar por su exclusiva voluntad; los individuos y las agrupaciones están sometidas al todo de que forman parte, tienen que moverse siguiendo el impulso que el órgano director les comunique, tienen que evitar los rozamientos que entorpezcan la marcha de la máquina, tienen que ajustarse al fin social pues únicamente de tal modo, por esa unidad directiva, por esa cooperación económica, son posibles la persistencia y el desenvolvimiento de la vida social, produciéndose en otro caso las convulsiones, los males, la debilitación del organismo, la agonía dolorosa y la muerte. Así han perecido algunas sociedades y pueblos cuyo recuerdo queda tan sólo en los anales de la historia, en los retazos de la literatura y ciencia y en los restos descubiertos de sus monumentos; así se perpetúan y desarrollan otras sociedades y otros pueblos.

«Augusto Comte—dice Liroy en la obra citada—puso en claro el vínculo que une á la sociología con la biología, manteniendo, sin embargo, divididas las dos ciencias que Spencer ha querido reunir en una sola. En los *Principios de sociología*, Spencer trata de examinar los fenómenos sociales é indaga las leyes, que para él se resumen en la evolución, y las encuentra idénticas á las leyes de la vida. Schaeffle exagera esta tesis hasta el extremo, describiendo grandemente la célula social, ó sea la familia, los órganos sociales, los tejidos, el alma de la sociedad. Por último, Saeyer coloca á la sociedad, en su *Manual de biología*, entre los seres vivos, y analiza sus caracteres como naturalista, distinguiendo, por ejemplo, la sociedad cefálica de la acéfala, los Estados formados por generaciones, como Alemania, de los formados por agrupación, como Suiza.»

Refiérese también á otros autores que han intentado idén-

tica teoría y dice: «En el gobierno vemos reproducidos los tres elementos esenciales que constituyen al hombre, y que Vico reduce al *nosse, velle, posse*, esto es, á la inteligencia que por medio de la voluntad se hace obedecer de los sentidos, correspondiendo á ella el poder legislativo, á la voluntad ejecutiva y al *posse* la práctica de los asuntos. Laferriere, sin elevarse á la simplicidad de los principios de Vico, da cuenta del organismo del gobierno del modo siguiente: «El gobierno debe estar fundado en la naturaleza del hombre y de la sociedad, sobre las relaciones moralmente necesarias que de esto se derivan y sobre la obligación de protegerlos en su condición actual y en su tendencia á progresar. El poder legislativo corresponde á la inteligencia, el ejecutivo á la voluntad, el judicial á la voluntad que refrena las pasiones, el espiritual á la fe, innata en el hombre; la perfectibilidad está representada por el principio de elección y por la intervención de la sociedad en el Estado, por el principio de la enseñanza pública y privada y por la libertad de imprenta».

Se ve, pues, que la teoría de la asimilación de la sociedad al organismo del hombre, cualquiera que sea el punto de vista desde el que se la considere ó el aspecto bajo el que se la estudie, encuentra razones más ó menos sólidas que la sirvan de apoyo y escritores notables que la defiendan, lo mismo en la antigüedad más remota que en nuestros días. Su semejanza se revela en el orden político, en el administrativo y sobre todo en el económico. Á ella responde la natural ordenación de la familia, bastardeada y extraviada por legislaciones absurdas; á ella la del municipio, que igualmente se ha venido pervirtiendo, y á cuyas verdaderas bases fundamentales comienza á volverse la vista; á ella la del Estado, cuyos organismos directores han querido reconcentrar en el cerebro gran número de las funciones que competen á los demás órganos sociales; á ella la del trabajo, etc., etc. Proclámense los principios del individualismo absoluto, olvídense las relaciones de dependencia, de cooperación y de correspondencia de unos órganos sociales respecto á otros y de todos entre sí, y se producirán las luchas de que la historia nos da repetidísimas pruebas y se llegará hasta la disolvente anarquía;

y, por el contrario, reconcéntrense en un órgano cualquiera las funciones propias de otros, y éstos se atrofiarán y perecerán por inacción, y con ellos, más ó menos pronto, perecerá el cuerpo social.

II

La teoría organicista, de cuyos alcances y fundamentos, casi á modo de digresión, acabamos de dar brevísima idea, rechazada por los filósofos espiritualistas, por los economistas clásicos y por algunos sociólogos como Mr. Turch, no se concilia en manera alguna con el individualismo de que dichos economistas, y con ellos los anarquistas teóricos, si bien éstos llevándolo á sus últimas consecuencias, son los principales patrocinadores. La concepción del individualismo separa radicalmente á dichas escuelas del socialismo moderno; aquéllas consideran al individuo en todo y para todo, y lo colocan por encima de la colectividad; para ellas es la célula social, no la familia; la sociedad se ha hecho para su servicio; la esfera de la acción individual se extiende hasta lo infinito; la libre voluntad individual es la atendible; y de la misma nacen la sociedad, la asociación y todas las manifestaciones de éstas. Para los socialistas la acción del individuo, el respeto á su voluntad, su predominio, no llegan á tanto: no le suprimen, ni le sujetan á la sociedad, ni le hacen ser siervo del Estado, cual se ha pretendido, pero tampoco subordinan á la personalidad, á la voluntad y á los intereses individuales, la voluntad, la personalidad y los intereses de la colectividad. El individuo vive en la sociedad, siendo uno de sus elementos, y, de consiguiente, á los fines de la misma ha de acomodar los suyos; es miembro de una serie de colectividades que se escalonan y se compenetrán, desde la familia, la más antigua y humilde, hasta la que abarca la humanidad entera. La religión, el derecho, la ciencia, la política, la economía, las industrias, mucho más que individuales, casi exclusivamente deben ser sociales. «El *Estado para el individuo*, tal es la divisa común á los filósofos empíricos y á los filósofos racionalistas, tal es la

divisa común á todos los partidos»—escribe Mr. Paul Lapié en su libro *La justice par l'Etat* (1899). Refiérese después á Spencer, á quien califica de empírico, y afirma que «defiende con ardor al individuo contra las empresas del Estado, siendo éste tal vez el único punto que le acerca á Kant y á sus discípulos, pues naturalmente es en la escuela kantiana en la que se proclama el individualismo con mayor energía». Alude también á Mr. Henry Michel, quien resumiendo el pensamiento de Mr. Manouvrier, escribía que «el único fin digno de ser perseguido es el desenvolvimiento del individuo, y que se hace preciso poner al Estado en disposición de procurar á todos sus miembros los medios de llegar á ser personas morales, y de desenvolver tanto cuanto sea conveniente y posible su personalidad, una vez que haya sido conquistada» (*L'idée de l'Etat*). Entiende ser comprensible que «los políticos que buscan sus principios en Kant, admitan con Rousseau una doctrina análoga, mas no exclusiva de ellos», y que, muy al contrario de la opinión más corriente y generalizada acerca de los mismos, «los socialistas son también individualistas, pues para ellos el Estado tiene el deber de «llevar al maximum la libertad y la energía de los individuos». (J. Jaurés, *Miras políticas*, revista de París, Abril de 1898. Mr. Renard, *Le régime socialiste*. Andler, *Origines du socialisme allemand*), y del mismo modo—añade—los partidarios del antiguo régimen le han tomado en contraposición de los principios de un liberalismo quisquilloso, sin que con esto queramos decir que todas las teorías pidan hoy la supresión del Estado, pues aunque, como dice Michel, «el individualismo moderno admite que el Estado intervenga en la vida de los ciudadanos, debiendo ser rota la asociación de ideas que enlaza al individualismo con el liberalismo, todos sostenemos que las intervenciones del Estado no deben ser dictadas por la razón de Estado, sino por el interés del individuo».

A continuación de estas ideas, no muy exactas, pues la inclinación moderna no es hacia el individualismo, á limitar la acción del Estado, sino á ensancharla, si bien respetando lo que al individuo corresponde, ni la general tendencia socialista es, ni con mucho, llevar á su maximum la individual, ex-

presa Mr. Lapié que «este espíritu ya anima algunas de nuestras instituciones», que ya el Estado «procura nuestro bienestar y nuestra salud», que siendo el anhelo de bienestar y «el sentimiento y la aspiración que con mayor intensidad sienten y procuran los hombres, es natural que para su satisfacción hayan servido sus instituciones políticas»; y que, por lo tanto, el Estado es «nuestra Providencia, vela por nosotros como un padre por sus hijos, y mira que adquiramos buenos hábitos, nos impide actos que pudieran dañarnos, pone á nuestra disposición los objetos que no podríamos procurarnos, y de este modo viene á constituirse en un gran *sindicato* obligatorio encargado de asegurar los *servicios públicos*. ¿Queréis sostener correspondencia con vuestros semejantes? El Estado se encarga de llevar vuestras cartas. ¿Queréis viajar? El Estado se encarga de construir carreteras y vías férreas. ¿Queréis explotar tierras, criar ganados? El Estado os proporciona el agua, vigila para proteger vuestras espigas, guarda vuestras gallinas. ¿Habéis obtenido beneficios, deseáis colocar vuestros ahorros sin correr ningún riesgo? El Estado os abre sus cajas y os paga un interés módico pero garantizado. Todas las comodidades de la vida están aseguradas por esa asociación bien entendida».

Todo esto es algo, pero no lo suficiente, y más ó menos ha venido realizándose por el Estado. Mas de ello no se desprende ser acrecentamiento del espíritu individualista, sino más bien del espíritu socialista, que ensancha en lo debido la acción de la colectividad para, favoreciendo á ésta, favorecer al mismo tiempo á los miembros de la misma. De lo que dejamos copiado y de cuanto confirmándolo añade, se desprende el concepto que Mr. Lapié, que busca siempre soluciones que pueden decirse intermedias entre el radicalismo individualista y el radicalismo socialista, ha formado de ellos, del movimiento individualista de nuestros días y del evolucionista. Lo cierto es que los límites del individualismo van estrechándose tanto en la teoría, en el terreno especulativo, cuanto en la práctica. Entre las ideas de los individualistas de los comienzos del siglo XIX y las de sus postrimerías, casi media un abismo. Entre las funciones que se asignaban al

Estado, de mera tutela del derecho, y las que hoy se le atribuyen, no es menor la distancia. El Estado penetra hoy con su acción en dominios que antes le estaban vedados; entre de lleno en la vida familiar, en la industrial, en la económica, etc.; no se circunscribe en su intervención á los intereses estrictamente sociales, nacionales ó colectivos; no deja al individuo ejercitar como quiera, sin limitaciones, su actividad; no permanece con los brazos cruzados ante los inmensos daños que produce la llamada concurrencia libre y se interpone entre el patrono y el obrero para regular según la equidad y la justicia las condiciones del trabajo, entre el industrial y el padre cuando se trata de las ocupaciones del muchacho, y en cuanto á la asociación, objeto de este estudio, favorece y fomenta las sociedades, las regulariza, las protege, las auxilia, las inspecciona, las interviene en ciertas circunstancias y constantemente hace sentir en ellas su influjo. De consiguiente, el individualismo moderno es un individualismo decreciente, que se modifica y que va cediendo su predominante puesto al socialismo prudente, que sirve para preparar las transformaciones futuras. Esta evolución innegable, y más en lo que á la asociación se refiere, demuestra la utilidad de su estudio; el que venimos haciendo es además preciso á la mejor comprensión de lo que exponemos.

III

Esta modificación en las ideas referentes á la misión del Estado y á la necesidad de ampliar y fortalecer más su acción es tan evidente, se hace sentir de tal modo, que hasta un notable publicista, mantenedor de los más resueltos del principio individualista, Mr. Paul Leroy Beaulieu, no ha podido menos de señalarla y de hacerse cargo de ella, si bien interpretándola y apreciándola según su especial criterio. Con efecto, en su libro *El Estado moderno y sus funciones*, manifiesta que ante los sufrimientos por las durezas de la vida, hoy más sensibles que antes por las condiciones mismas de la propia de las sociedades, todos cuantos se consideran sus víctimas han

entendido que «los poderes públicos, bajo la forma del gobierno central y de las autoridades locales, debieran ser por de pronto más protectores, después sus aliados y colaboradores, y por último sus servidores y sus esclavos», gradación exageradísima en su último extremo, pero que marca el cambio que ha ido efectuándose en la conciencia, no ya de los que sufren y padecen, que por ser los más, el gran núcleo de los pueblos, merecen la mayor atención, sino también en aquellos que no experimentando las crudezas de la vida se sienten impresionados por las que los otros padecen, y comprenden que no puede continuar subsistiendo el actual estado de cosas. En esto, y hasta cierto punto, viene á convenir cuando dice: «La filosofía que dominó á mediados de este siglo tendió á difundir el culto de un *gran todo* que se llama el Estado; se vió en él la fuerza generadora que podía modelar la sociedad según cierto ideal. Las maravillas que se realizan en el mundo industrial inspiraron por la inducción de la analogía la creencia de que una renovación parecida, tan pronta y tan profunda, podría, bajo la dirección del Estado, efectuarse en el mundo social. Bajo la influencia de muy diversos factores, los unos del orden industrial, los otros del orden político, los otros del filosófico, se vió á la misión del Estado comenzar á transformarse en bastantes espíritus; se levantó una protesta contra el «nihilismo gubernamental» y contra «los economistas anarquistas». En Francia y en Inglaterra quedó por de pronto en límites racionales».

Sea por las razones que Mr. Leroy aduce, sea por causas que iremos exponiendo, es lo cierto, como ya hemos indicado, que no sólo las clases sociales que sufren y trabajan, no únicamente los teóricos, sino la opinión general, se pronunciarían contra el *nihilismo* del Estado, contra el funesto *laissez faire* en que influído por determinadas ideas de los economistas clásicos se habrá encerrado. Las funciones gubernamentales, las que debe ejercitar el Estado si quiere llenar cumplidamente su misión, han ido extendiéndose, y lejos de encerrarse en los límites que Mr. Leroy califica de *racionales*, y que son límites estrechísimos, dentro de los cuales no puede desenvolverse de un modo conveniente y beneficioso su

actividad, ni manifestar sus iniciativas, va ensanchándolas rápidamente en bien de la sociedad, dejando con todo al individuo las iniciativas y las funciones de que sin daño para él y para la sociedad misma no puede ser despojado, pues responden á esencialidades de su naturaleza y de las que el socialismo contemporáneo no quiere privarle.

Entre los escritores que aparecen asociados á este movimiento, cita Mr. Leroy á Miguel Chevalier y á Stuart Mill. Refiriéndose al primero, dice que quería atribuir al Estado una parte considerable en el progreso social: «Tengo el valor de combatir—escribía Chevalier—preocupaciones muy acreditadas desde hace algunos años y que nunca han dejado de contar con numerosa clientela; preocupaciones en virtud de las cuales el Gobierno debería, no solamente en cuanto á las obras públicas, sino de una manera general, reducirse para con la sociedad á funciones de vigilancia, y permanecer extraño á toda acción; él, que, sin embargo, como su nombre lo indica, está llamado á empuñar el timón... De hecho se opera una reacción en los mejores espíritus: en las teorías de economía social, que gozan del mayor favor, el poder cesa de ser considerado como un enemigo natural, aparece cada vez más como un infatigable y bienhechor auxiliar, como un tutelar apoyo; se reconoce que está llamado á encaminar la sociedad hacia el bien y á preservarla del mal, á ser el promovedor activo é inteligente de las mejoras públicas, sin pretender monopolizar esta bella atribución». (*Curso de Economía política.*)

Apreciando Mr. Leroy Beaulieu estas ideas del ilustre economista, asevera que el tercer miembro de la frase corrige las otras partes, y que, cuando así se expresaba Miguel Chevalier, lo hiciera por «ser partidario resuelto de la iniciativa privada, y no desconocía el yugo á que después de treinta ó cuarenta años se la quería sujetar;» y también á continuación afirma que lo mismo puede decirse de Stuart Mill, pues si éste admite que «la acción del Gobierno puede ser necesaria á falta de la de los particulares, aun cuando ésta sería la más conveniente», se apresura á reconocer la importancia de cultivar los hábitos de acción colectiva voluntaria, y añade que «de-

jarla hacer es la regla general». Dice igualmente que pasando Stuart Mill de la doctrina á la aplicación, escribe que «la exageración de las atribuciones del Gobierno es común en la teoría y en la práctica de las naciones del continente, mientras que la tendencia contraria predomina en la Gran Bretaña», habiendo que hacer notar que estos pasajes de Stuart Mill datan de hace treinta ó cuarenta años, y que desde entonces la legislación y la administración británicas se han mostrado singularmente invasoras en una multitud de servicios hasta aquí reservados á la iniciativa privada, manufacturas, escuelas, higiene, etc., confesión que á nuestra vez anotamos tanto por lo que en sí encierra cuanto porque no se compagina muy bien con otras aseveraciones que el escritor francés hace en sus diversas obras, debiéndose asimismo observar que en el pasaje de Mr. Chevalier no se encuentra en uno de sus extremos, en el último, la rectificación de los otros, sino tan sólo la censura de los monopolios de ciertos servicios por parte del Gobierno, monopolios condenados y vituperables por sus consecuencias.

Mr. Leroy ha mostrado especial empeño en negar á los escritos de Miguel Chevalier y Stuart Mill el carácter que generalmente, y con razón, se les atribuye, y en negarles asimismo inclinación á ensanchar las atribuciones del Estado, limitando la esfera de acción individual. Otros escritores franceses é ingleses, contemporáneos á ellos, son los que, á su juicio, marcaron principalmente esta inclinación, y contribuyeron en alto grado al mayor ensanche admitido en las funciones de aquél.

Entre los franceses cita á Dupont-Vitthe y á Julio Duval, concediendo ó atribuyendo una influencia mayor al primero, que, «más accesible al público en general, profesaba hacia la iniciativa privada indudable desprecio», y sostenía que «los individuos, con su aspiración al bienestar, no llevan consigo el principio del progreso»; manifiesta después que, á lo que parece, «ésta es la fórmula que más agrupa á su alrededor mayor número de adictos, los unos sistemáticos y los otros inconscientes»; fórmula que «ha invadido la filosofía contemporánea, se refleja en las tesis de la mayor parte de la prensa,

está confusamente en el fondo del pensamiento de la generalidad de nuestros legisladores, y hasta los soñadores de los Parlamentos, meetings, etc., hacen uso de ella con tanta frecuencia como variedad. «Un Gobierno debe ser, ante todo, un motor del progreso, ser protector de todos los derechos legítimos y ser iniciador de todas las energías que constituyen el genio nacional.» Hé aquí la misión inmensa que asignaba al Estado el célebre tribuno que lanzó á la vía en que ha fracasado la tercera república, León Gambetta.»

De los escritores que en otros países que han contribuído á determinar la nueva, vigorosa é invasora corriente que arrolla y absorbe la nacida de los fisiócratas del siglo XVIII, merece citarse, pues entra de lleno en ella, á pesar de cuantos esfuerzos hace Mr. Leroy para persuadir de lo contrario, al eminente belga Mr. Emilie Laveleye, del cual dice aquél, procurando infructuosamente desvirtuar la significación de sus palabras: «Se pronuncia claramente á favor de una considerable extensión de las atribuciones del Estado.

«No se contenta con decir que los economistas-anarquistas serían los únicos en disputar que el Estado no es tan sólo un órgano de conservación y garantía de orden, sino que es también un instrumento necesario del progreso. Le da por misión «hacer reinar la justicia», pero hacer reinar la justicia significa, en el sentido de la nueva escuela, hacer respetar sus convicciones; es perseguir la realización de cierto ideal; es modificar las convicciones para conseguir este ideal particular que concibe el Estado y el grupo de personas en el poder que representan momentáneamente el Estado».

Por último, señala en Inglaterra á Herbert Spencer «como el principal pensador, el más independiente, el que ve más las cosas en su conjunto y en sus múltiples aspectos», cual adversario convencido del «Estado intensivo», pues, dice, declara en su *Ensayo de Política* que «la máquina oficial es lenta, torpe, pródiga y corrompida». Pero á continuación confiesa que «ya algunos hombres, pertenecientes en principio á la nueva dirección general de ideas, Husley particularmente, se inclinan hacia una dirección reformadora confiada al Estado.»

Esta tendencia, cada día más extensa y vigorosa, lo cual

lamenta el escritor á quien hemos venido refiriéndonos, pero que no ha podido negar en absoluto, se manifiesta sobre todo en Alemania, cuna del *socialismo del Estado*, según muchos y muy notables publicistas, y de allí ha irradiado á las demás naciones, revelándose, cual no podía menos de suceder, de un modo muy expresivo en cuanto se refiere al desarrollo de la asociación. La acción del Estado se hace sentir siempre en ellas, no sólo en Alemania, sino en la mayoría de los pueblos, y se hace sentir más intensamente todavía en las asociaciones que por modo más directo afectan al proletariado en general, y dentro de éste á las clases trabajadoras. Ciertamente hay algunos países, como Inglaterra, donde por sus especiales condiciones se hacía sentir mucho menos; pero aun en estos no ha dejado de obrar la nueva corriente; el exagerado individualismo pierde terreno, y el antes preponderante *dejar hacer* es considerado cual un principio más susceptible de producir males que no bienes. Entre nosotros son muy pocos los verdaderos defensores de la idea individualista pura; la conciencia pública, iluminada por la experiencia, la rechaza. Atrasado nuestro país en las manifestaciones de la vida económica moderna, escaso de fecundas iniciativas, y no sobrado de energías, acaso con demasía se entrega al Estado, que, por la pequeña altura de cuantos vienen ocupando el poder, no ha dado de sí, ni con mucho, lo que hubiera sido posible. A esta expresión y generalización de la opinión pública han contribuido indudablemente, por una parte la centralización importada de Francia y en su manera de ser copiada del doctrinarismo, y por otra parte, no ya en el terreno político, sino en la materia que nos ocupa, los fracasos, varios de ellos debidos al dolo, y bastantes á la irreflexión y falta de hábitos, de los primeros ensayos de las asociaciones particulares.

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará.)

UN ALTO EJEMPLO DE INMORALIDAD

LAS CARRETERAS PARLAMENTARIAS

I

Antiguo achaque es de los que vivimos en tierra de España, altos y bajos, desde el estadista de mayores vuelos, ó el orador político más sesudo y elocuente, hasta el más modesto periodista, considerar á la Administración pública como cosa perdida y motejarla con los epítetos más depresivos. Á fuerza de repetirnos uno y otro día en todos los tonos que necesita reorganizarse, que es menester someterla á una operación de cirugía, llegamos á desconocer la justicia que inspira semejantes afirmaciones, y á mirar con indiferencia declamaciones que por lo frecuentes resultan estériles. Los que más suelen distinguirse en esta campaña de justa censura son los hombres que forman en los partidos políticos de oposición, demostrando en ello tanta mayor actividad cuanto más cerca están del poder, sin perjuicio, cuando lo han conseguido, de dejar las cosas como estaban ó de ponerlas peor, confundiendo ó anteponiendo siempre su propio interés al de la Nación.

Mas si es frecuente censurar con dureza á la Administración en todos los tonos y desde todos los puntos de vista, ya no lo es tanto señalar concreta y taxativamente alguno ó algunos de los defectos de que adolece, poniéndolos de manifiesto ante la pública opinión, como preliminar indispensable para que puedan ser corregidos ó atenuados. Veamos si podemos hacerlo con un reducido número de ellos, empezando

por uno que, por lo mismo que radica en determinadas corporaciones llamadas, por su propia índole y por la naturaleza de sus funciones, á dar altos ejemplos de moralidad y rectitud que sirviesen de cimiento robusto y eficaz á su acción fiscalizadora sobre la Administración activa en sus diferentes órdenes, merece esta estudiada preferencia.

Nos referimos á la inmoral, desastrosa y perturbadora facultad que se atribuyen los Cuerpos colegisladores de incluir á porrillo carreteras en el plan general de las del Estado, sin más pauta que las concupiscencias políticas ó electorales de los diputados y senadores, las imposiciones de los caciques, cargo éste tan deshonoroso para el que lo ejerce como depresivo para el país que lo sufre, ó el sórdido interés particular del individuo del Parlamento que toma la iniciativa para formular el correspondiente proyecto de ley. Presentado éste con las solemnidades del ritual parlamentario, cúmplense con aparente escrupulosidad todos los trámites que señala, incluso el examen de una comisión, sin que los individuos que la forman tengan muchas veces noticia de ello, y por supuesto sin que ellos, ni menos las Cámaras, se enteren de si la carretera incluída es larga ó corta, si es fácil ó difícil, si su inclusión en el plan representa para el Estado un sacrificio de algunos miles de pesetas ó de algunos millones, si lleva consigo la satisfacción de alguna utilidad pública, ó si sólo responde á algún interés individual y privado, que por el mero hecho de serlo resulta en este caso bastardo; todo pasa sin discusión ni examen, sin paramientos en que este proceder, que llamaremos irregular, lleva consigo de presente un desembolso anual de varios millones que, merced á la poca formalidad de los Cuerpos colegisladores, invierte anualmente el Estado en carreteras que no tienen razón de ser ni han de contribuir á fomentar la riqueza pública, y supone un sacrificio para lo porvenir de centenares por no decir, millares de millones, de pesetas que habrán de invertirse en carreteras del mismo linaje; esto es, perfectamente inútiles para el interés público.

¿Es posible que esto continúe así? ¿Es posible que las Cámaras, por su propio decoro, por el temor del pernicioso

ejemplo de inmoralidad que dan á la Administración pública, no se detengan en la senda fatal que han emprendido y renuncien á perseverar en ella?

II

Pero no adelantemos el razonamiento; veamos de estudiar y poner de manifiesto toda la intensidad del mal, pues es de esperar que, si no hemos perdido para siempre el sentido ético, bastará conocer la gravedad de la llaga para que se le aplique el oportuno remedio.

En 1864 se fijó el plan de carreteras del Estado, dividiéndolas en tres órdenes, comprendiendo en conjunto y en cifras redondas 37.000 kilómetros. Andando el tiempo, pecó de deficiente en algunos puntos, resultaba defectuoso en otros, y para subsanarlos todos dictóse en 1877 un nuevo plan por medio de una ley votada en Cortes, que lleva la fecha de 11 de Julio y que comprende una longitud total de carreteras de 40.258 kilómetros. Los autores de la nueva ley comprendieron que para ser duradera había de tener cierta elasticidad que sirviera para dar entrada en el plan á todas las carreteras de reconocida utilidad pública, sin necesidad de que intervinieran en cada caso los Cuerpos colegisladores; y en un artículo adicional autorizaron al Ministro de Fomento para que, previo el oportuno expediente, pudiese acordar, por medio de Real decreto, las necesarias modificaciones del plan, oyendo á los Ayuntamientos y Diputaciones interesados, á la Junta Consultiva de Caminos, Canales y Puertos, y si la importancia del caso lo requiriera, al Consejo de Estado. A la sombra de esta ley, que refrendó el Conde de Toreno, se incluyeron en 1878 y 1879 once carreteras, al par que se desestimó la inclusión de otras por no resultar de los expedientes respectivos que respondieran á un verdadero interés público.

Mas ya en el mismo año de 1879 aprobaron las Cortes una ley incluyendo en el plan general del Estado siete carreteras pertenecientes á varias provincias, y éste fué el punto de

partida del alud de leyes que se han sucedido en todas las legislaturas hasta llegar á la insostenible situación presente.

Á los iniciadores de la ley de 1879 y al Ministro de Fomento Sr. Conde de Toreno hay que hacerles la justicia de creer que ni remotamente sospecharon la gravedad y trascendencia de su propia obra y del inmenso perjuicio que inferían al Estado al consentir que mereciera la aprobación de las Cámaras la primera ley parcial anulando la ley general por el Ministro formulada, que marcaba los trámites que había que seguir para que sólo tuvieran entrada en el plan las carreteras de verdadera utilidad pública. Poca confianza debían de tener en salir victoriosos de esta prueba los que conseguían rehuirla usando, ó por mejor decir, abusando de la iniciativa parlamentaria.

Echada esta semilla, poco tardó en arraigar y dar sus frutos con persistente fecundidad, como podrá ver el paciente lector en el estado adjunto, formado con datos oficiales publicados por la Dirección general de Obras públicas:

AÑOS	Número de leyes votadas.	Número de carreteras incluídas en el plan.	Longitudes de carreteras agregadas al plan en cada año. — Kilómetros.	Longitudes totales de carretera que resultan en cada año. — Kilómetros.
1876.....	»	»	»	36.931
1877.....	»	»	»	40.258
1878.....	»	»	»	40.664
1879.....	1	7	625	41.289
1880.. ..	3	3	70	41.359
1881.....	»	»	2	41.361
1882.....	17	23	735	42.096
1883.. ..	107	152	5.452	47.548
1884.....	6	8	1.021	48.569
1885.....	87	113	2.521	51.090
1886.....	»	»	1.492	52.582
1887.....	83	117	2.653	55.235
1888.....	38	57	945	56.180
1889.....	22	22	922	57.102
1890.....	43	46	440	57.542
1891.. ..	40	59	1.038	58.580
1892.....	102	115	4.102	62.682
1893.....	42	46	4.266	66.948
1894.....	88	110	6.984	73.932
1895.....	180	194	»	»
1896.....	124	138	»	»
1897.....	6	6	»	»
1898.	70	95	»	»
<i>Suma....</i>	1.059	1.311	33.268	

En 1885 acordó el Senado no tramitar las proposiciones de leyes de carreteras sin presentación previa del proyecto de la obra é informe del Ministerio de Fomento. Á este acuerdo débese, seguramente, que en 1886 no se aprobara ninguna ley, siendo, empero, su eficacia poco duradera, puesto que en 1887 aprobábase 83 leyes y penetraban fraudulentamente en el plan general 117 carreteras.

En definitiva: en el período de veinte años se han votado y aprobado 1.059 leyes que comprenden 1.311 carreteras, cuya longitud suma 33.268 kilómetros, sin comprender en esta última cifra las incluídas durante el bienio de 1897 á 98 por no haberse publicado todavía el *Anuario de obras públicas* correspondiente á este período.

La longitud total de carreteras, que era de 36.931 kilóme-

tros en 1876 y de 40.258 en 1877, después de aprobado el plan de dicho año, se elevaba en 31 de Diciembre de 1896 á 73.932 kilómetros, y hoy se elevará seguramente á 77.000 y á 37.000 el número de kilómetros agregados al plan con la gonzúa de la iniciativa parlamentaria.

III

Entre estas carreteras, que podemos llamar parlamentarias, las hay de todas clases y condiciones. De una provincia sabemos nosotros que se ha agregado una carretera de 108 kilómetros de longitud, que recorre en gran parte un terreno poco menos que desierto de extraordinarias dificultades, no bajando el coste de las obras, según opinión de personas competentes, de seis á siete millones de pesetas, y otra carretera de unos 300 metros escasos de longitud entre dos puntos unidos ya por un camino vecinal de muy aceptables condiciones.

Otras carreteras dirígense al mar, sin que en el punto señalado para su terminación haya poblado alguno; cuando más se encuentran unas chozas ruines donde pobres pescadores se guarecen en días tormentosos. Otras carreteras incluídas en el plan están ya construídas con fondos provinciales ó municipales y se endosan al Estado por medio de una ley, con el piadoso fin de eximir á las corporaciones locales de los gastos de su conservación. Entre los casos raros podríamos citar el de dos pueblos situados á la orilla del mar, unidos ya por una carretera de unos tres kilómetros de longitud, y por medio de una ley reciente se propone unirlos con otra que siga los accidentes de la costa, esto es, que vaya por la orilla del mar con el fin de que los dichosos moradores de tan venturosos pueblos puedan pasear cómodamente y tomar el fresco en las noches calurosas del verano.

Como la costa es muy acantilada, habrá que apoyar la carretera en muros de sostenimiento cimentados en el mar á 8 ó 10 metros de profundidad. Pedir más sería gollería.

En otras leyes se ha señalado el trazado con todo detalle para que los ingenieros encargados de la redacción del proyecto no tengan que molestarse en estudiarlo. Véase la clase: Ley de 4 de Septiembre de 1893 incluyendo en el plan la carretera de Puente de Aragón á Hecho por Embún (provincia de Huesca); dice su art. 1.º:

«Se incluirá en el plan de carreteras del Estado una de tercer orden que, partiendo desde el mismo puente de la de Jaca á Sangüesa, sobre el río Aragón, y dejando á la izquierda la casa llamada de Soto, línea recta, vaya á las huertas de Santa Engracia, sin entrar en ellas, hasta los linderos de la de Rafael López, y desde allí y también línea recta á la finca llamada Artal de Javierregay, pasando por la parte baja de la huerta de este pueblo á cruzar al río Aragón, Sabordai, por el sitio llamado Los Tramos, y seguirá río arriba lo más próxima posible al pueblo de Javierregay, molino nuevo de Embim y venta llamada de Patracó al puente de Hecho y hasta esta villa.»

Hay leyes en las cuales se ha prescindido de todo miramiento humano y se dice sin ambages ni rodeos que el trazado pasará precisamente por la finca de D. Fulano de Tal, como sucede con la que lleva la fecha de 21 de Abril de este año, publicada en la *Gaceta* del 22, en la cual se lee:

«Se incluye en el plan general de carreteras del Estado una que, partiendo de Moreira, en el puerto de Ribadeo, y pasando por la finca de los herederos de D. Bernardo López Miranda y la calle de la Paz, empalme en el Campo de San Francisco con la carretera de segundo orden de Lugo á Ribadeo.»

También se han dado casos de leyes en que se ha fijado como puntos obligados collados de 500 y 600 metros de altitud, cuando había puntos de paso mucho más bajos, y no ha quedado otro remedio que deshacer por medio de otra ley el craso error cometido en la primera. Para que el cuadro resulte completo, también se ha dado el ejemplo de una ley que una vez publicada no ha resultado inteligible y ha sido preciso aclararla por medio de otra ley (!!), y por último, sabemos de una carretera cuyo estudio se empezó por los in-

genieros del Estado, y quiso su mala suerte que el trazado pasara precisamente por la finca del cacique máximo, que había agenciado su inclusión en el plan general, dividiéndola en dos y perjudicándola notoriamente. Cualquiera creería que este señor hubo de hacer de la necesidad virtud y dar ejemplo de resignación para que los restantes propietarios de la comarca no se mostraran hostiles al trazado, sacrificando al interés público su propio interés; pues no, señor: lo que hizo fué, á cencerros tapados, procurarse otra ley en que se fijan puntos de paso del trazado con el fin de alejarlo de la finca en cuestión, llevándolo por un collado cuya mayor altura exigirá que la carretera tenga algunos kilómetros más de desarrollo de los que hubiera tenido siguiendo el trazado racional propuesto por los ingenieros. ¿Puede darse mayor abuso de la ignorancia y de la mansedumbre de los Cuerpos colegisladores?

Entre los casos que acabamos de citar (y Dios sabe cuántos habrá por nosotros desconocidos que merecen con mayor motivo los honores de la publicidad) hay que señalar en lugar preferente la ley de 30 de Mayo de 1888, mediante la cual se incluyeron de un golpe diez carreteras en la provincia de Toledo, y por encima de todas hay que colocar la dictada en 25 de Julio de 1892 en favor de la provincia de Málaga. Es de tal naturaleza que merece un examen detenido.

El art. 1.º autoriza al Ministro para admitir de los Ayuntamientos, cuyos términos interesa la carretera del Estado de la cuesta del Espino á Málaga á la estación de Alora por el valle de Abdalasis, un proyecto de ensanche, mejora y rectificación del camino actual. El art. 2.º prescribe que el proyecto se estudiará de modo que las obras cuesten lo menos posible, y el 3.º exige que se le dé una forma tal que permita la contratación de las obras por un tanto alzado igual á su presupuesto de contrata. Una función propia y exclusiva de la Administración del Estado, cual es la de estudiar los proyectos de las obras que ha de costear, se traspasa *ab-irato* á un Ayuntamiento y se dispone que han de contratarse por un tanto alzado, cuando el sistema exclu-

sivamente empleado por el Estado es precisamente el contrario, el de contrata con arreglo á una serie de precios de unidades de obra abonándose la que realmente se ejecute, tanto si es mayor ó menor de la incluída en presupuesto.

Concluído el proyecto que ha de comprender el presupuesto de las expropiaciones, según el mismo art. 3.º, tiene que someterse al examen de una comisión compuesta de determinados funcionarios, corriendo los gastos por cuenta del Estado, marcando un plazo para emitir su informe y señalándole los puntos principales sobre que ha de versar. La instrucción del expediente de expropiación ha de hacerse por los Ayuntamientos, bonificando éstos la diferencia de coste respecto de la cantidad incluída en el presupuesto si resultase economía, y abonando al Estado el exceso de gastos si las expropiaciones excedieren de la cantidad prevista. Aquí se instituye una especie de lotería, ejerciendo de jugadores únicos el Estado y los Ayuntamientos interesados, en la que todos han de perder necesariamente, cuando menos, la seriedad que debe presidir en todos los actos de la Administración pública.

Merced al art. 6.º se introducen, incidentalmente, cuatro carreteras en el plan general del Estado, revueltos sus nombres con los de otras ya incluídas con anterioridad, cuyas obras han de ejecutarse por el sistema antes descrito.

El art. 7.º exime á estas privilegiadas carreteras del expediente informativo prescrito por el reglamento de 1877, destinado á averiguar si el trazado es el más conveniente desde el punto de vista administrativo y de los intereses de la localidad ó región á que afecte la vía de comunicación, con lo cual resulta forzoso admitir que se quiso llevar el trazado por rumbos tales que no había de salir muy bien parado de la prueba legal. En el mismo artículo se dispone que, una vez terminados los proyectos, se considerarán incluídos en el plan de ejecución de obras públicas del mismo año, sin saber si habrá ó no crédito bastante para ello y despojando á la Administración de una función propia y privativa.

Y, por último, el art. 8.º de la ley declara nulas todas las disposiciones que se opongan á ella, y al decir todas ha de

entenderse incluída hasta la ley general de obras públicas y aun la misma Constitución de la monarquía española. ¿Puede darse un cuadro más lastimoso; puede imaginarse una confusión de poderes y de atribuciones más desdichada, supeditando cuantas disposiciones de carácter general se han dictado, leyes, reglamentos, Reales decretos, instrucciones, etc., á la conveniencia particular de una comarca, tal vez de un diputado, quizás de un caciquillo de baja estofa, dispuesto á cobrarse la consecución de un engendro legal tan absurdo y monstruoso, con dinero contante y sonante, que de menos nos hizo Dios, y de todo se han dado casos?

IV

Tenemos la seguridad de quedarnos muy por bajo de la realidad al asegurar que de los 37.000 kilómetros de carreteras agregados al plan de 1877 por obra y gracia de la iniciativa parlamentaria, un 50 por 100, cuando menos, responden exclusivamente á conveniencias particulares sin corresponder á ningún interés público, y del 50 por 100 restante la mitad de las carreteras incluídas no reúnen condiciones suficientes para que el Estado las tome á su cargo; cuando más deberían ser de cuenta de las provincias ó de los municipios por representar intereses locales cuya satisfacción pertenece á Diputaciones y Ayuntamientos.

Admitiendo estas hipótesis, se viene á parar á la conclusión de que el Estado, por ministerio de la ley, asume la obligación de construir 28.000 kilómetros de carreteras en cifras redondas, que en manera alguna le corresponde emprender, unas por ser inútiles para todo interés colectivo, otras por ser de la incumbencia de las corporaciones locales. Estos 28.000 kilómetros, valorándolos al precio de 30.000 pesetas el kilómetro, precio inferior al que resultan actualmente las carreteras de tercer orden, incluyendo los gastos de estudios y de expropiación de terrenos, valen la friolera de 840 millones de pesetas.

Bonita suma para que la gaste inútilmente un Estado que

tiene que apelar al recurso de imponer á sus acreedores una reducción de intereses y se reconoce, por boca de sus hacendistas, á dos dedos de la bancarrota.

Considerado el asunto desde el punto de vista moral, no se comprende á fe cómo tantos hombres ilustres como han desfilado ó desfilan por nuestro Parlamento, un Cánovas, un Toreno, un Pi, un Silvela, un Azcárate, un Salmerón, un Menéndez Pelayo, un Maura, un Pidal, un Isern, etc., etc., pertenecientes los más de ellos á la Academia de Ciencias Morales, y todos á la aristocracia de la inteligencia y del saber, alardeando á cada paso de sentido ético, no se consideran obligados, y con ellos todos los que se tengan por personas formales, á protestar uno y otro día contra semejante abuso, contra tamaña inmoralidad.

¿Acaso reside la explicación de este fenómeno en que la mayoría de nuestros diputados y senadores, por lo mismo que ocupan puestos usurpados debidos á los censos falsificados, coacciones y artimañas electorales de todo linaje, que caen ó deberían caer bajo la esfera de acción del Código penal, consideran que no están obligados á velar por el decoro y la dignidad de los Cuerpos colegisladores y que únicamente van allá á pagar con una carretera los servicios electorales ó atenciones de otra especie?

¿Acaso estriba su inexplicable conducta en que consideran ilegítimas sus propias resoluciones, por lo mismo que no son diputados y senadores de la Nación, ni representan á provincia ni pueblo alguno, y sí solo al cacique ó la bandera A ó B, y que puesto que son ilegítimos sus acuerdos pueden prodigarse, en la seguridad que algún poder ó autoridad formal, identificado con el interés de la Nación, habrá de dar al traste algún día con esta balumba de ilegalidades y procedimientos de bajo imperio?

Elija el piadoso lector la explicación que más le cuadre, que para nosotros hay bastante con los hechos que quedan consignados, unidos á otros de todos conocidos, para considerar al parlamentarismo como una farsa al por mayor, y á la manera de entender la política militante adoptada por nuestros partidos como la mayor desdicha que puede experi-

mentar un pueblo, capaz de conducirlo á los mayores desastres y vergüenzas.

Hoy que la palabra regeneración se oye por todos lados, hoy que se vislumbra la posibilidad de conseguirla mediante la reorganización de la Administración pública en sus diferentes esferas, llevándola por caminos de rectitud, honradez y simplificación que no debió nunca abandonar, ¿cómo ha de ser posible llegar hasta ella si los Cuerpos colegisladores, por su origen bastardo, por la corrupción que en ellos señorea, en vez de ejercer una saludable intervención fiscalizadora, en vez de servir de freno y límite de la Administración activa, la empujan por caminos de perdición, la guían con ejemplos de inmoralidad?

La primera víctima de este lamentable estado de cosas, después del país, es el Cuerpo de Ingenieros de Caminos, al verse obligado á proyectar y construir tantas carreteras inútiles y baldías, todo lo cual representa un caudal grande de esfuerzos y de trabajos consagrado, con pleno conocimiento de causa, á la ruina de la Nación.

Claro está que no es dable á estos funcionarios dejar de cumplir las órdenes superiores dimanadas del Gobierno central, pero sí están en el caso de poner de relieve la inutilidad de ciertas carreteras y oponerse á su construcción hasta donde alcancen sus atribuciones y sus medios legítimos de acción administrativa. Adoptando esta digna actitud cumplirán mejor con sus deberes morales que amoldándose resignada y mansamente á secundar los propósitos de caciques y políticos de relumbrón.

V

Renunciamos á resumir cuanto acabamos de exponer; el asunto es de tal naturaleza que sólo la palabra *desdicha* puede servirle de cifra y compendio. No queremos, sin embargo, despedirnos de nuestros lectores, si alguno tenemos, sin recordarles algunas cifras que no son de difícil conservación mnemotécnica.

Durante un periodo de veinte años han dado á luz nuestros fecundos Cuerpos colegisladores 1.059 leyes (sin contar con la cosecha de este año) incluyendo en el plan general 1.311 carreteras, con una longitud, en cifras redondas, de kilómetros 37.000, cuyo importe será de unos 1.100 millones de pesetas, elevándose en consecuencia la longitud total de dicho plan á la enorme suma de 77.000 kilómetros, mientras que Francia, con su gran riqueza agrícola, industrial y comercial, con una población de 37 millones de habitantes, sólo cuenta con una red de 38.000 kilómetros á cuenta de la Administración del Estado.

En algo teníamos que llevar ventaja á nuestros vecinos, en algún punto tenía que resultar España á inmensa altura sobre Francia. Hay más aún: en esta Nación no se agregan todos los años carreteras á tontas y á^a locas; y, por tanto, puede considerarse la cifra de 38.000 kilómetros como fija y poco menos que invariable; en España, si Dios no lo remedia, seguiremos todos los años fabricando leyes y agregando miles de kilómetros, hasta que venga quien se encargue de borrar esta obra de iniquidad de una sola plumada.

UN INGENIERO.

COSAS DE ANTAÑO

El Obelisco de la Castellana.

Muy contadas personas transitaban á las once de la mañana del 10 de Octubre de 1833 por el entonces nuevo y no bien terminado paseo de la Castellana, denominado en los primeros momentos *Delicias de la princesa*; y se cuenta que aquellos tranquilos paseantes sorprendiéronse al ver salir por la elegante puerta de Recoletos un piquete del escuadrón de Ligeros de Castilla, con su oficial y un corneta.

Muerto Fernando VII once días antes, excitadas las pasiones políticas con este grave acontecimiento, y latente el antagonismo que entre *blancos* y *negros*, absolutistas y liberales, existía dominando las clases todas de la sociedad española, la presencia de aquellos soldados de caballería vino á turbar la quietud de ánimo con que disfrutaban de grato y honesto solaz los escasos concurrentes al nuevo paseo de las Delicias de la Princesa.

También hubo de causar extrañeza una comitiva que por la mencionada puerta salió á poco rato, en son de paz y con más apariencias de jira campestre que de ceremonia oficial, devolviendo la tranquilidad al atribulado espíritu de la concurrencia, naturalmente alarmada por la inusitada aparición del piquete de caballería.

Iban en una carretela descubierta cuatro maceros del Ayuntamiento, de uniforme, pero sin chías, ni birretes, ni mazas; seguía en otro carruaje el Corregidor de Madrid, D. Domingo María Barrafón, y detrás buen golpe de caballeros regidores en coches de alquiler tirados por mulas con arreos de cuerda.

Los paseantes presenciaron con visibles muestras de cu-

riosidad el desfile de la comitiva, impresionados favorablemente al observar el apacible semblante de los regidores y la amena conversación que, al parecer, sostenía entre sí el grupo de cada coche, acompañada con el ruido de los cascabeles que lucían las colleras de las mulas. El público, atraído irresistiblemente por la novedad del suceso, echó á andar tras del último carruaje, no sin hacer comentarios y conjeturas.

Al final del paseo detúvose la comitiva; allí la esperaban el piquete de Ligeros formado, su coronel comandante, el arquitecto D. Francisco Javier Mariátegui, el escultor de cámara D. José de Tomás y algunas personas de cierto viso, aunque se notaba la falta de los altos dignatarios de la Corte: cambiaron impresiones unos y otros, y el público acompañante pudo averiguar el motivo de la ceremonia que iba á tener efecto.

Es positivo que la reina D.^a María Cristina mostró predilección por aquellos contornos de Madrid, y que salía á pasear con frecuencia por ellos en compañía de sus hijas la Princesa Isabel y la Infanta Luisa Fernanda; por lo tanto, resulta verosímil suponer que la formación del paseo de la Castellana se deba á excitaciones particulares que hiciera al Corregidor de Madrid D. Domingo María Barrafón. Terminadas las obras de explanación y plantadas algunas calles de árboles, quiso la Reina adornar el paraje con una fuente, indicando ya claramente su deseo á Barrafón. Éste, de acuerdo con Cristina, determinó que la fuente fuese un obelisco y que sirviese para perpetuar la memoria del natalicio de la Princesa de Asturias María Isabel Luisa, después Reina de España con el nombre de Isabel II: al efecto, eligió el Corregidor un sitio que creyó conveniente para construir el monumento, pero una de las muchas tardes que Cristina iba de paseo por las afueras de la puerta de Recoletos, habiéndose encontrado con Barrafón, le manifestó no hallarse conforme con el emplazamiento de la fuente, y señaló otro lugar más adecuado para instalar el obelisco; de manera que el punto donde hoy se halla éste fué designado por aquella ilustre dama, protectora celosa de las artes y de las letras.

Estaba decidido que la colocación de la primera piedra había de verificarse el día 10 de Octubre, fecha en que la Princesa cumplía los tres años, teniendo Cristina el pensamiento de asistir al acto, cuando la muerte del Rey, acaecida el 29 de Septiembre, echó por tierra los planes del Corregidor, quien pretendía dar á la ceremonia la ostentación posible. Sin embargo, penetrado del buen deseo que animaba á la iniciadora del proyecto, consultó el caso con ella, recibiendo una contestación que revelaba las grandes dotes y el alto concepto que de sus deberes tenía formado la Reina viuda, encargada del gobierno de la Nación. La desgracia que afligía á la Real Familia y el luto de la Corte eran obstáculo para dar carácter de fiesta á la colocación de la primera piedra, pero no quería Cristina demorar un solo día las obras.

Ni invitaciones, ni gallardetes, ni músicas, ni refresco hubo en aquel acto, al que oficialmente no concurrieron más que las autoridades ya mencionadas, formándose el acompañamiento con el grupo de paseantes, á quienes había asustado en un principio la presencia inusitada del piquete de caballería; pero el espíritu de la Reina Gobernadora estaba allí animando el pensamiento de todos; á ella se debería la instalación de una fuente que iba á hermohear el nuevo paseo.

Introdujéronse en una caja de cristal encerrada en otra de plomo los objetos siguientes: una Guía de forasteros, un almanaque, la *Gaceta* y el *Diario* de aquella fecha, la lista de los individuos del Ayuntamiento, un doblón de oro, un duro, una peseta, un real de plata, una pieza de dos cuartos, un cuarto y un ochavo, todo con el cuño de 1833.

Colocóse la primera piedra del obelisco por los operarios encargados de la obra, bajo la dirección del arquitecto Mariátegui, y luego el Corregidor pronunció un sentido discurso que terminó diciendo:

«El día memorable en que hace tres años vió la primera luz la Reina D.^a Isabel II es consagrado á poner la primera piedra de este monumento, que, habiendo de ser fuente, no se alzará ya estéril simulacro de ostentación, sino objeto perenne de utilidad pública.»

El Obelisco de la Castellana forma parte de la historia de Madrid: debería esculpirse en él la fecha de la apertura de aquel hermoso paseo, y volver á colocar la fuente en mal hora quitada, para que no sea, como decía el Corregidor, estéril simulacro de ostentación, sino objeto perenne de utilidad pública.

Al escultor se le pagaron por su obra 122.000 reales; por cierto que al pobre hombre le hicieron pasar la pena negra antes de cobrar, puesto que en Julio de 1837 todavía andaba D. José de Tomás gastando pliegos de papel sellado para que le pagasen 42.000 reales que le restaban de su cuenta.

La Torre de los Lujanes.

Créese generalmente que en la torre de este edificio (1) estuvo preso el Rey Francisco I de Francia, vencido en la batalla de Pavía. Es el caso que, si bien no hay documentos suficientes á probar que Francisco I no estuvo preso en esta histórica torre, tampoco los hay que nos demuestren de manera irrecusable la estancia del Monarca francés en la Torre de los Lujanes. Los Sres. Amador de los Ríos y Rada y Delgado trataron este punto con mucho detenimiento en su *Historia de la Villa y Corte de Madrid*, y advirtieron que, teniendo la torre citada aspecto de prisión, este carácter del edificio se armonizaba mal con la idea del César, quien pretendía alejar de la mente de Francisco I toda idea de humillación y de cautiverio.

Citan estos historiógrafos el testimonio de Gonzalo Fernández de Oviedo, Pedro Mejía, Fr. Prudencio de Sandoval, Salazar de Mendoza, Luis Zapata y la *Collection des documents inédits sur l'histoire de France*, para atestiguar que fué versión corriente la de que el Rey de Francia se aposentó

(1) Plaza de la Villa, núm. 3, con vuelta al callejón del Codo. La puertecilla que da á este callejón ofrece semejanza de construcción con el arco del Hospital de la Latina, en la calle de Toledo, y como el Hospital es obra del alarife morisco Harán, no parece aventurado suponer que la casa de los Lujanes pueda haber sido construída por el citado morisco.

durante su estancia en Madrid en el Real Alcázar; pero Gil González Dávila había echado á volar la especie referida en su *Teatro de las grandezas de Madrid*, publicado el año 1623, y hoy es el día en que esta opinión cuenta con muchos partidarios.

En su apoyo cítase una carta que poseía D. Agustín 'Durán, firmada de Lope de Vega, donde asegura éste haber nacido (1) pared por medio del sitio en que Carlos V puso á la Francia á sus pies; pero esto nada prueba, porque las afirmaciones de Lope nunca han constituido documento formal en cierto linaje de investigaciones históricas, y no se sabe tampoco la fecha de la carta; si es posterior á la obra de González Dávila no tiene fuerza.

Además, el dicho de cronistas como Gil González Dávila y Jerónimo Quintana, quienes admitieron de buena fe consejos que han desmentido los estudios de la historia documentada, no merece crédito cuando se ofrecen contradicciones.

Aceptada la noticia, hubo escritor que trató de adornarla con peregrinos detalles, y al efecto dice hablando de Francisco I:

«Se sabe que al salir de la prisión para regresar á su reino lo hizo por la puerta que da á la calle del Codo, que hoy en parte está tapiada, y la cual se había rebajado de intento á fin de que el Monarca francés inclinase la cabeza al presentarse á los cortesanos de Castilla que le esperaban; pero conociendo la intención Francisco I, cruzó de espaldas bajo el dintel, inclinando la cabeza y mostrando el envés á los castellanos.»

Esto es de una falsedad indiscutible, porque está probado que Francisco I salió del Alcázar para celebrar la conferencia de Illescas el 19 de Febrero de 1526.

En el Archivo de Simancas existe la Real cédula dirigida al Marqués de Elche para que recibiera en el Alcázar de Madrid á Francisco I y al Virrey de Nápoles, «porque yo he acordado—dice Carlos V—que el cristianísimo Rey de Francia sea trasladado y aposentado en esa fortaleza.»

(1) Calle Mayor, núm. 82.

El Emperador mandó, pues, que al prisionero de Pavía se le aposentase en el Alcázar. Muy poderosas debieron de ser, si las hubo, las razones que impidieron el cumplimiento de la orden de Carlos V. Las callan los cronistas coetáneos y los que vivieron en época próxima á estos sucesos.

En la *Relación de lo sucedido en la prisión del Rey de Francia*, escrita por el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo, se hace constar con palabras terminantes que Francisco I estaba en el Alcázar cuando el Emperador vino á visitarle á fines de Agosto de 1525.

Y si de esto no hay duda, la anécdota de la Torre de los Lujanes necesita para confirmarse documentos más formales que los conocidos hasta ahora.

¿Cuándo entró en Madrid el Rey de Francia? Según cálculos, el 10 de Agosto de 1525, porque á fines de mes, al recibir la visita del Emperador, ya llevaba algunos días de estancia, y en un acuerdo del Ayuntamiento de Madrid del miércoles 9 de Agosto se ordenó que los lugares de esta jurisdicción trajesen «pan cocido y otros mantenimientos desde mañana en adelante, cada día, por el tiempo que aquí estuviese el Rey de Francia».

En mi deseo de armonizar la tradición con los hechos históricos ya probados, conviene advertir á los que tengan medios de hacer investigaciones en el Archivo de Simancas, que por aquel tiempo parece que se estaban verificando obras en el Alcázar, y posible es que éstas no consintieran el aposentamiento de improviso de un personaje tan principal; en este caso se pudo demorar uno ó dos días el cumplimiento de la orden del Emperador.

Esta es la única explicación que pudiera darse á la discutida estancia de Francisco I en la casa y torre señorial de los Lujanes, y conveniente sería hacer detenida investigación en el archivo citado, á fin de esclarecer un hecho que no deja de tener importancia para la historia de Madrid y aun para la de España.

CARLOS CAMBRONERO.

LA RAZA LATINA

VIII

Conviene insistir sobre una cuestión en que la diversidad de pareceres ha sido perjudicial para el nombre español, por haberse propagado mucho la creencia de que la dominación de España en América fué opresora y tiránica.

Ya se ha visto que, libres de su metrópoli, entregadas á sus propias fuerzas desde hace noventa años, las pequeñas repúblicas que se formaron al emanciparse están muy lejos de llegar al estado de prosperidad á que parecían destinadas.

España trabajó siempre en la colonización con el plan único, deliberado y pacífico de crear en sus posesiones ultramarinas territorios por completo semejantes á los de la metrópoli, regidos por las mismas costumbres y amparados por una legislación modelo.

El pensamiento dominante en los Gobiernos españoles fué el de aumentar el número de sus vasallos allende los mares, y esto, que determinó en nuestra nacionalidad una visible decadencia, causó en América los beneficios de la civilización.

Recordemos que los legisladores (1) prohibieron el uso de la palabra *conquista* por parecerles disonante y *por cuanto las pacificaciones no se han de hacer con ruido de armas, sino con caridad y buen modo.*

En cuanto á las supuestas crueldades con los indios, acuda el que quiera á la *Compilación de leyes de Indias*, y notará la protección eficaz y decisiva que, á veces menospreciando á los mismos españoles, dispensaran todos los Reyes á la raza indígena.

(1) *Recopilación de Indias*, libro VII, título I.

Es verdad que á la mayor parte de las colonias ha acudido la escoria de las poblaciones europeas; pero esto, que ha dado en llamarse sistema, no es exclusivo de España; toda la América, y en particular las que fueron posesiones inglesas y que hoy forman los Estados Unidos, recibieron el incremento de numerosas emigraciones, continuadas durante algunos siglos y compuestas en su mayor parte de los descontentos y vagos del viejo continente.

Dígase lo que quiera en contrario, el espíritu de nuestras leyes de Indias es humanitario y civilizador; así lo comprendieron cuantos se han ocupado de América, sin dejarse impresionar por las apasionadas descripciones del P. Bartolomé de las Casas.

Tanto preocupó á nuestros legisladores lo peligroso que podía ser para la dominación española en América y el daño que pudieran causar los emigrantes sin industria ni oficio, que por Real cédula de 20 de Septiembre de 1739 se prohibió la admisión en los buques de esta clase de gentes, vagabundos, inútiles y miserables.

Esta cédula es un documento curioso, que reproduciremos en sus párrafos principales por ser de actualidad, ahora que se dirigen tantos anatemas y censuras á la colonización de los españoles. Dice así:

«El Rey-Presidente y Ministros asesores del tribunal de la Casa de la Contratación á Indias. Por D. Pedro Fidalgo, Gobernador de la ciudad y provincia de Cartagena, se me dió cuenta en carta de 15 de Octubre del año de 1737 de que, habiéndose embarcado en el navío comandante de los registros y guardacostas (para ir á servir su empleo), observó que iba en él mucha gente sin licencia de ese tribunal, oficio ni beneficio, á quienes comúnmente llaman polizones ó llovidos, los que (bien informado) halló que sólo iban á las Indias por el nombre de ellas, y considerando que en los demás navíos irían otros muchos de esta calidad, comunicó con el Teniente General de galeones, D. Blas de Lezo, sería muy conveniente que al tiempo del desembarque embarazase el de estos polizones, y que en tomando posesión el referido Gobernador de su empleo dispondría un cuartel donde ponerlos y socorrerlos, á fin de que no

se perdiesen, infestando la república con sus vicios, á que los induce la necesidad; haciendo al mismo tiempo una recluta para formar el batallón que por mí se le había mandado ejecutar; y habiendo parecido bien el pensamiento al referido Lezo, luego que se previno el cuartel le remitió setenta de dichos polizones, á quienes intimó que el que quisiese sentar plaza de soldado sería admitido, y que el que tuviese recomendación para aquella ciudad se lo comunicase, pues hallándose ser sujeto que le pudiese mantener ó fomentar, se le entregaría con su recibo, y el que las llevase para otras provincias las presentase, para en caso de redundar en beneficio suyo darle el permiso, y que aquel en quien no concurriese alguna de estas circunstancias serviría de soldado hasta que volviesen los navíos; y habiendo recogido algunos otros, que en todos compusieron el número de ciento setenta, fueron puestos en el mismo depósito, é intimados de estas disposiciones, etc.»

Más adelante, por otra Real cédula de 18 de Junio de 1758, se ordenó bajo las penas más severas el exacto cumplimiento de las disposiciones anteriores, imponiendo duros castigos á los contraventores.

No ha faltado quien ponga en duda el valor demostrado por los españoles en el Nuevo Mundo, sin detenerse á considerar las insuperables dificultades que se les oponían y que supieron vencer con heroísmo inenarrable.

Es indudable que tenían sobre los americanos ventajas tan grandes como la de la disciplina y el uso de las armas de fuego; pero, en cambio, la proporción numérica entre unos y otros acusaba diferencias increíbles.

Además los españoles, después de un largo y penoso viaje á través de mares que surcaban los barcos por vez primera, llegaban á países que desconocían en absoluto, y se veían obligados á luchar con pueblos feroces y salvajes, en terrenos quebrados, con montañas que parecían inaccesibles, con bosques vírgenes, cuajados de árboles seculares y cubiertos de una vegetación exuberante y grandiosa.

El sentimiento de asombro y sorpresa que produjeron los primeros navegantes se convirtió bien pronto en hostilidad, y los combates se sucedieron sin tregua ni descanso; em-

boscadas terribles que no terminaron hasta quedar asentado el dominio español con la fundación de ciudades importantes que dieron gloria imperecedera al nombre de España.

Si de algunas regiones de América puede decirse que sus naturales eran dóciles y humildes, hay que establecer una importante excepción acerca de Méjico, en donde la civilización, venida no se sabe de dónde, había dado sus frutos, originando un imperio formidable, con su ejército regular, disciplinado y valiente.

Arribaron los españoles á las playas mejicanas en número escaso, con ánimo heroico y decididos al vencimiento ó á la muerte, como lo prueba el hecho de Cortés ordenando quemar las naves y haciendo imposible la retirada.

El historiador extranjero que ha escrito con más imparcialidad de América vindicando la memoria de los españoles, el inglés Robertson, exclama lleno de admiración y entusiasmo, hablando de la hazaña de Hernán Cortés: *Acción como ésta, con la cual no hay cosa que se pueda cotejar en la historia.*

El odio que produjeron las conquistas de España, la rivalidad de los franceses, aumentada por derrotas como las de Pavía y San Quintín, se tradujeron bien pronto en libelos asquerosos, donde los insultos y las calumnias constituían lenguaje vulgar y corriente.

Por esta época apareció el libro del P. Bartolomé de las Casas, que, en su enemistad con los conquistadores del Nuevo Mundo, no perdonó medio de hacer visibles crueldades que no resisten un examen crítico formal y severo.

Aquella *breve* descripción, como él la titula, que contradecía á libros tan eminentemente españoles como el de la *Conquista de Méjico*, por Solís, causó penosa impresión en España y fué materia que aprovecharon los extranjeros para sacudir la envidia con algunos visos de fundamento.

Muchas fueron las ediciones que se hicieron de tan pequeña obra, particularmente en Francia, donde el odio estaba más latente y reconcentrado, añadiéndose por los traductores nuevas crueldades y episodios inhumanos, de todo punto inverosímiles.

Desde entonces, cuantos extranjeros se ocupaban de Améri-

ca acudieron á esta fuente envenenada, hasta que apareció Robertson que, indagando en los documentos y crónicas, pudo convencerse del apasionamiento con que se había juzgado la colonización española.

¿Por qué se han de lanzar anatemas contra los españoles, echándoles en cara defectos comunes á todos los países del universo mundo?

España era industriosa y comerciante cuando aún no había nacido Roma; dió leyes á la marina y abrió dilatados horizontes á la navegación; los ingleses y los holandeses aprendieron sus máximas colonizadoras y siguieron los principios fundamentales de su comercio con las Indias.

Si después de tantas vicisitudes la fortuna le ha sido contraria y llora sus pesares en medio de la egoísta indiferencia de Europa, debemos confiar en que el esfuerzo de sus hijos les dará el aliento y vigor que necesita para reconstituirse.

IX

Lo mismo los observadores superficiales que los aficionados á penetrar en el fondo de todos los asuntos, pregonan la decadencia de la raza latina como un hecho indiscutible y funesto.

Las razas sajona, slava y germánica, dicen, trabajan por acabar con la influencia de los latinos y arrebatárles el dominio del mundo, como si esta lucha fuese carácter de nuestro siglo y signo del progreso positivista de los tiempos que corren.

Examinaremos si estas afirmaciones pueden ponerse de acuerdo con los hechos; si efectivamente la misión futura de la humanidad es convertir á las naciones en vastos depósitos del mercado inglés, ó si, por el contrario, queda todavía algún predominio para las ideas y los sentimientos.

Las dos penínsulas que baña el Mediterráneo, Italia y España, contrafuerte de Europa, muestran tan poca vida que no pueden inspirar inquietud.

Italia, después del desastre de Abisinia, obligada á reme-

diar graves disturbios interiores, mermada en su Hacienda por sostener una marina superior á sus recursos, necesita algún tiempo para reconstituirse, si es que puede conseguirlo

España, desgarrado el manto que cobijaba al mayor imperio colonial que se haya conocido, sin iniciativas para las grandes resoluciones que á veces salvan de la muerte, parece que aun no se ha dado entera cuenta de la inmensa catástrofe que la agobia y le amenaza con la ruina.

Sólo queda en pie brillante y poderosa la Francia, cuya grandeza histórica y cuya influencia moral no han disminuído por la derrota de Sedán.

La guerra para unas naciones es enseñanza, para otras es la muerte; Francia ha conseguido la regeneración y hoy se levanta más poderosa y más prudente, dando lecciones de calma y sensatez el pueblo que se había considerado siempre como el más impresionable y veleidoso de la tierra.

Esa cuestión de Fashoda, que se creía punto de origen de una gran perturbación con la Gran Bretaña, á causa de las reiteradas imposiciones de ésta, no ha sido más que un conflicto debido á la casualidad, en el que Francia cedió generosamente, con beneficio de la paz universal.

Pero como Inglaterra lo quiere todo y los franceses ambicionan extenderse por el África, es claro que han de encontrarse y el conflicto volverá á surgir con caracteres amenazadores.

Un ilustre publicista alemán, que no es por cierto sospechoso, ha dicho: «El día en que la Francia dejase de brillar, el crepúsculo aparecería sobre la tierra». Y es que Francia ha tenido siempre el privilegio de pensar, meditar y predicar para sí y para los demás pueblos del mundo.

Con mucha frecuencia se cita á su famosa revolución como una mancha sangrienta que no se ha borrado todavía y cuyo recuerdo hace estremecer á los espíritus impresionables y delicados.

Esas crueldades, que se quieren hacer privativas de la Francia, constituyen el fondo obscuro y tenebroso de todas las revoluciones.

Cuando el pueblo de Venecia, cansado del despotismo del

Dux y movido secretamente por sus enemigos políticos, promovía una de esas conjuraciones tan frecuentes en la gran república, antes de dar muerte al que había sido árbitro de los destinos del Estado, le sacaba los ojos y le arrastraba por las calles.

Léanse las venganzas de Cromwell con los irlandeses, y un sentimiento de espanto acudirá á nosotros, sin que haya nada que pueda justificar tantos crímenes.

Las persecuciones en los tiempos de la república inglesa fueron terribles; se perseguía á los infelices irlandeses en sus casas, en los bosques, en el mar, en cualquier parte donde estuvieran ocultos.

Llegaba la ferocidad á tal extremo, que no se les perdonaba ni en el lecho del dolor, y allí eran asesinados; sus buques considerados como piratas y las tripulaciones arrojadas al mar.

Se instituyó un tribunal llamado de la *matanza* (slaughter-house), y cinco millones de acres despojados á los irlandeses se regalaron y vendieron á infames negociantes.

Veinte mil irlandeses fueron transportados como mercancías y vendidos en la América para la esclavitud. Desgraciadas criaturas robadas á sus madres eran tratadas inicua y enviadas á la Jamaica, donde las dedicaban á los más rudos trabajos.

Más de cuarenta mil niñas se llevaron á las colonias, arrancadas de sus hogares en medio de crueles sufrimientos. El mismo Cromwell se había declarado partidario de este nuevo y horrible sistema de despoblación que prometía acabar con la raza irlandesa.

Véase cómo escribía en 1655, gozándose hipócritamente con los buenos resultados que podía producirle la expatriación forzosa de los irlandeses: «Yo creo, decía, que resultará igual utilidad á vuestros negocios y á los nuestros si estimáis conveniente el mandar mil quinientos ó dos mil jóvenes de doce á catorce años á Jamaica. Nosotros podríamos cuidar de ellos y seros de utilidad á vosotros; ¿y quién sabe si no podrá ser un medio para hacerlos ingleses, ó más bien diré cristianos?»

Así es como aquella revolución, que había comenzado por

llevar al cadalso á Carlos I, señalóse por crueldades y crímenes, gérmenes fecundos del odio que los irlandeses han profesado en todos tiempos á los ingleses.

Ha sido preciso que insistamos sobre estos hechos para que se note cómo á través de los siglos las mismas apariencias vienen en paralelo sorprendente á llenar las páginas de la historia.

La revolución inglesa, como la francesa, tiene su aspecto tenebroso y siniestro; las manchas sombrías que hemos señalado no son las únicas que la obscurecen. Hay, sin embargo, entre ambas una diferencia esencial: Inglaterra varió de palabras, de monarquía en república, de despotismo en dictadura; Francia, por el contrario, desprecia las palabras y predica las ideas.

El Océano ha tardado tres siglos en decirnos: «Mis olas bañan las costas de la patria de Shakespeare, el primer autor dramático del mundo».

La revolución inglesa es puramente local; apenas ha nacido ya es un cadáver, y como se alimenta de palabras que, á nadie aprovechan, sólo inspira en Europa una pasajera sorpresa.

Francia, menos egoísta y más universal, generaliza las ideas; crea un derecho, lo desenvuelve, lo aplica y dice á los demás pueblos: ahí lo tenéis, eso os pertenece; y como siempre sucede, lo que llena de júbilo á los pueblos es la mortificación de los Príncipes.

De aquí que los sacudimientos de Francia hacen estremecer á Europa y se propagan por los mares con increíble rapidez.

De la misma manera que Roma es metrópoli de la cristianidad, París es metrópoli del mundo; en Europa se conoce algo de la literatura inglesa; la española y la italiana apenas la estudian los eruditos; la alemana se profundiza por unos pocos; la francesa triunfa, se abre camino por todas partes, atraviesa todas las fronteras, corrige á Goethe, patrocina á Heine, traduce á Tolstoi, ese genio raro de la Rusia, y vehículo propagador de las ideas y de los sentimientos, reina sobre los espíritus con el dominio moral que nadie ha conseguido arrebatarse.

Los Estados modernos se han creado obligaciones que pesan sobre el cuerpo social y le conmueven; en las poblaciones rurales de Europa es donde se notan más esas agitaciones, y quizá el desarrollo del socialismo en Alemania está en razón directa de su preponderancia militar.

El hombre es en el campo la fuerza directora y la fuerza motriz; la ciencia, que ha hecho progresar á todos los ramos de la industria, anda á pasos muy lentos en la agricultura. Por eso se ha repetido mil veces que los brazos arrebatados á la agricultura por el servicio militar son otros tantos principios de ruina.

Francia ha presentado el problema á la consideración del mundo; Rusia propone el desarme, y si llega á resolverse alguna vez, seguramente que Francia será la que acierte con la solución.

Hoy que los pueblos latinos lloran desaciertos y desgracias, Francia extiende su mano protectora y organiza la Exposición universal, en donde las artes de la paz, los trabajos de la industria y las maravillosas creaciones del genio y del talento tendrán su legítima representación.

Las naciones caducas, envejecidas, faltas de confianza en el esfuerzo de sus hijos, están sin remedio condenadas á una muerte próxima; para que esto no suceda en nuestra patria es preciso que siga el camino trazado por ese pueblo hermano suyo, que marcha á la cabeza de la civilización iluminándolo todo con sus claridades de aurora.

X

La cuenca del Mediterráneo ha sido teatro de los grandes acontecimientos históricos, y desde los fenicios hasta Napoleón, que, según su frase, iba á convertir este mar en *lago francés*, todas las civilizaciones han brillado y se han eclipsado en sus orillas.

Para llegar á los tiempos modernos hemos hecho una larga peregrinación á través de la historia, y sería inútil el repetirla; recordemos que el Egipto, Grecia, Turquía, Italia, Francia y

España tienen en el Mediterráneo el todo ó la mayor parte de su litoral, y quedará probado nuestro aserto.

Las invasiones de las razas en Europa han sido muy semejantes á las del mar en las costas de Holanda: unas veces el oleaje furioso se estrella contra los diques de granito y otras veces los rompe con estrépito, inundando grandes extensiones de territorio.

Derrotada en Zama la raza semita, destruída Cartago, el Mediterráneo queda bajo el poder de los romanos, y las triremes sustituyen á las barcas griegas y á las terroríficas cartaginesas; esta vez la invasión encontró un dique bastante poderoso para contenerla.

Viene más tarde el alud tremendo de los bárbaros, que desde las fronteras de la China se extienden por toda Europa, y Roma, desplomada, hace inútiles esfuerzos para defenderse de aquel oleaje desenfrenado.

La existencia artificial y fugaz del Bajo Imperio no pudo crear en Bizancio más que una ciudad fastuosa, de efímera actividad, cuando parecía destinada por su situación á brillar en el Mediterráneo durante muchos siglos.

Enclavada en el Bósforo, podía imperar en Europa y Asia, teniendo las llaves del Ponto-Euxino por una parte y el dominio del Mediterráneo por la otra.

Las dos pequeñas repúblicas italianas, Venecia y Génova, oscurecieron el poder de Bizancio, que sólo volvió á brillar cuando los otomanos la escogieron como centro comercial y político.

Por segunda vez la raza semita abandona las estériles llanuras de sus desiertos y atraviesa el mar para invadir á la Europa, que le opone como un dique el fecundo suelo español, y aquí los musulmanes se concentran, detenidos en las montañas de Asturias por Pelayo y en los Pirineos por Carlos Martel.

Los árabes mantienen relaciones comerciales entre sus tres grandes califatos, y durante algún tiempo las escuadras islámicas son dueñas del Mediterráneo.

No sería aventurado el asegurar que debió de ser muy poderoso el movimiento mercantil de los árabes y su preponderancia comercial.

El progreso científico en el período de civilización árabe, aunque accidental, no deja de ser brillante, y sobre todo en geografía, donde se citan autoridades como las de *León el Africano* (1), *Abu el Feda*, *El Maguik*, *El Batui* y *El Macyn*.

Descubierta la América, abiertas nuevas corrientes á la navegación, España se hizo dueña de los mares, y este dominio, disputado por Inglaterra y Francia, después de continuadas alternativas y decadencia, resuena con lúgubre eco en Abukir y tiene su término decisivo en Trafalgar.

Hemos querido con esta digresión completar nuestro pensamiento sobre la importancia excepcional del Mediterráneo en los tiempos pasados, para facilitar el estudio de las cuestiones que en lo porvenir han de resolverse.

Francia ocupa el Argel y sueña con un imperio colonial que abarcase todo Marruecos y encontrara sus límites en las cálidas arenas del desierto y en las fértiles orillas del Nilo.

Rusia tiene tomadas sus posiciones, vigila á Constantinopla y codicia la India; su política, nebulosa como su cielo, se dirige siempre, aunque por tortuosos caminos, á un plan ya madurado; en el mapa puede verse lo que ha devorado del antiguo imperio otomano.

Inglaterra siempre está preparada; lo quiere todo, como se ha visto; lo teme todo y casi puede decirse que lo puede todo. Ha puesto jalones en los caminos más frecuentados y su poder traspasa los límites de lo que parecía humanamente posible.

Comprendiendo la importancia del Mediterráneo, no cede á Gibraltar y gasta cantidades enormes en sostener una plaza con la que se considera dueña del Estrecho.

Todos se acechan; recelan unos de otros; se engañan y buscan en las naciones pobres y envejecidas alimentos que sacien sus apetitos de hienas.

Hasta cierto punto es ésta una ley de la naturaleza, triste, pero inexorable; durante muchos siglos, á partir de los tiem-

(1) Éste, aunque renegado, puede citarse entre las autoridades árabes, porque en dicho idioma escribió y de ellos recibiera la mayor parte de sus conocimientos.

pos que son del dominio de la historia, los hechos se suceden y repiten con los mismos caracteres; las naciones débiles sucumben á las fuertes y la voracidad de los dominadores no se encuentra nunca satisfecha.

El Oriente, descompuesto y aniquilado, se desmorona rápidamente; en vano se inoculara sangre europea y una civilización ficticia, que no es suficiente para contener el desastre.

Otra herencia codiciada es el imperio de Marruecos; durante muchos años, y de perfecto acuerdo con Inglaterra, ha podido España mantener el *statu quo*; hoy la cuestión ha variado por completo.

No hace mucho, en un estudio sobre Marruecos, que tuvo el honor de ser premiado, decíamos que debía inspirar serios recelos á nuestros Gobiernos la rectificación de fronteras hasta el *Mad Muluya*, solicitada por Francia repetidas veces.

En la actualidad, y por un concurso de circunstancias adversas, sostendríamos lo enteramente opuesto; ayudar á Francia sería restar fuerzas á la Gran Bretaña, el más serio peligro de nuestra nacionalidad.

La vecindad de Francia en el Estrecho quizá fuera molesta; la de Inglaterra representaría una amenaza constante á nuestro territorio.

Aun hoy mismo, en el aplanamiento producido por el desastre de la última guerra, no debemos olvidar que es cuestión de vida ó muerte la que se esta decidiendo, y un descuido pudiera precipitarnos en el abismo.

Observar desde lejos lo que hacen los demás; caer siempre sobre los débiles; imponerse por el disimulo y la audacia es un oficio que tiene sus quiebras, pues no pueden establecerse relaciones cordiales entre poblaciones antipáticas y refractarias á dominaciones extrañas.

No queremos particularizar; Inglaterra tiene mucho de grande y de respetable; la tenacidad del carácter de sus hijos, los progresos prácticos de su educación y la solidez de sus instituciones forman un conjunto digno de admiración y de entusiasmo.

Pero cuando se generaliza, como lo venimos haciendo, es preciso reconocer que su bandera lleva como salvaguardia *la*

mala fe púnica que causaba la desesperación de Roma y que se hundió en Cartago para resucitar en Londres.

La raza latina puede hallar su salvación fusionándose á la Francia; unida ésta con Rusia, y apoyándose en el Mediterráneo con las penínsulas española é italiana, de contrafuertes, contendría el avance de los anglosajones, restableciendo el equilibrio.

El porvenir pertenece á los pueblos cuyo exceso de vida pueda desparramarse por el globo; la savia intelectual que nutre á las naciones necesita esparcirse por toda la tierra.

La lucha es demasiado viva; el vapor y la electricidad aceleran la obra, y el pueblo que se retarda en el camino sufre bien pronto las consecuencias de su retroceso.

Transformar de repente el carácter de los pueblos meridionales es un vano empeño; una empresa de imposible realización que nadie ha tenido el atrevimiento de intentar.

Mientras en un cielo siempre azul se deshagan los rayos del sol calcinando con su fuego á la tierra fecunda, y la cepa se incline al peso de los racimos, cuyo jugo servirá más tarde de alegría á los espíritus; mientras el naranjo se cubra de blancas flores como copos de nieve y las mujeres lleven bajo la sombra de largas pestañas el brillo de los ojos negros, todas las teorías de los hombres de ciencia y las declamaciones de los filiósofos resultarán inútiles é infructuosas.

Los pueblos del Norte, luchando con las inclemencias de la naturaleza, son trabajadores, sufridos, industriosos: para ellos es el procedimiento de la colonización.

Los pueblos del Mediodía se distinguen por la viveza de la imaginación, por la grandeza del pensamiento y por la universalidad de sus ideas: para ellos es el trabajo de civilización.

Cada raza tiene marcado su destino: colonizar y civilizar, los dos términos con los cuales hasta hoy el progreso se apodera de la humanidad.

El día en que los pueblos acierten á evitar sus rencores y estudien la misión que á cada uno le pertenece, la paz universal dejará de ser una utopía para convertirse en realidad; hermoso ensueño que no veremos cumplido, pero que debemos siempre desear con todas las fuerzas de nuestra voluntad.

XI

Mi amigo el ilustre viajero y publicista ruso Pedro Golovachew ha escrito sobre la raza latina pidiendo la unión con el gigante del Norte.

El trabajo contiene una abundante suma de datos y pruebas cuya principal tendencia es demostrarnos la continuada y persistente labor de la raza anglo-sajona, apoderándose con sus astucias de todo el planeta.

Haciendo un cálculo aproximado entre la densidad de población y fuerzas militares de los anglo-sajones y de la unión latino-slava, se reconoce la superioridad numérica de estos últimos.

Transcribiremos el cuadro comparativo que hace visible la preponderancia de los latinos:

Unión latino-eslava.

POBLACIÓN		EJÉRCITO Y MARINA	
Rusia.....	131.290.000	Rusia.....	3.570.000— 300
Francia.....	38.517.000	Francia...	4.053.000— 504
Italia.....	31.290.000	Italia. ...	1.424.000— 328
España.....	17.268.000	España....	680.000— (?)
Portugal.....	4.915.000	Portugal..	150.000— 26
América del Sur.	37.784.000	Servia.....	353.000 (?)
América Central.	20.000.000	Bulgaria..	209.000— 15
Bulgaria.....	2.250.000	América C.	
Servia.....	2.345.000	y del S..	500.000— 124
<i>Total.....</i>	<i>285.659.000</i>	<i>Total...</i>	<i>10.939.000—1.297</i>

Unión anglo-sajona.

POBLACIÓN		EJÉRCITO Y MARINA	
Inglaterra.....	37.880.000	Alemania....	5.000.000— 91
Alemania.....	52.279.000	Austria.....	1.872.000—124
Austria.....	42.953.000	Inglaterra....	884.700—656
Estados Unidos..	62.982.000	E. Unidos...	152.775— 82
<i>Total.....</i>	<i>196.094.000</i>	<i>Total.....</i>	<i>7.909.475—953</i>

El publicista ruso ha comprendido que el mayor enemigo de Europa es Inglaterra, y en vista de la no despreciable superioridad numérica de la coalición latina, la propone como el único remedio para contener el avance de los anglo-sajones.

Efectivamente, el discurso pronunciado no hace mucho tiempo por Lord Salisbury, clasificando á las naciones en vivas, muertas y moribundas, ha tenido más significación de la que generalmente se le atribuye.

En tan pocas palabras hay un programa completo para lo porvenir, y casi pudiera decirse la historia de un pasado bochinoso.

Si esas amenazas se hubieran dicho desde la oposición, sólo producirían triste eco en un reducido círculo; pero pronunciadas por el jefe del Gabinete inglés constituyen un verdadero peligro para la integridad de las naciones débiles.

Jamás la teoría *darwinista*, la ley del más fuerte, ha sido expuesta de una manera tan franca, tan brutal y despiadada.

Es muy exacto que ya no puede hacerse política de sentimiento. Pero ¿de qué sirven las maravillosas conquistas de la civilización y la instrucción difundida por todos los pueblos si no consiguen humanizar la ley feroz de la fuerza?

El derecho que tiene un Estado de afirmar su existencia por medio del trabajo, de hacerse respetar por su tranquilidad y paz interior, sólo puede inspirar recelos y hasta ser quebrantado por aquellos que se aprovechan de la caída de los árboles para robar la leña.

Arrebatarse por medio de la fuerza pedazos de territorio á naciones inermes; modificar el mapa por medio de la astucia y caer siempre sobre pueblos indefensos, todo esto es triste, profundamente triste; pero pregonar las excelencias de tales medios, desde la presidencia de un Gobierno que se considera árbitro del mundo, es de un cinismo aterrador y desesperante.

Frente al político inglés se ha levantado, como una protesta, la voz del Emperador de Rusia proponiendo el desarme ó la reducción de los armamentos; sueños que más ó menos tarde se verán realizados.

De cualquier modo, el pensamiento de Golovachew sobre la coalición latina es muy acertado, y nada más práctico para

Portugal, Italia, Francia y España, que podrían defenderse de Inglaterra.

La misma América del Sur, olvidando diferencias meramente políticas y velando por su existencia, debería seguir las tendencias unitarias de las que fueron sus metrópolis y oponer un dique á las ambiciones de los Estados Unidos.

En la última guerra se ha visto bien claro el exceso de brutal materialismo con que se encubre esa falsa moral de la república americana, que pretendía engañarnos con los pomposos nombres de libertad y fraternidad universal.

Aunque la prueba haya sido muy dura, hemos llegado á saber el rencor y el odio concentrado en esos corazones de especuladores sin trabas, que se hacían pasar como dignos descendientes de *Madisson*, *Jefferson* y *Franklin*.

Se nos ha hecho la guerra que Kant reprobaba con el nombre de guerra penal (*bellum punitivum*) y que se cree con derecho para defender la moral ofendida ó para restablecer las costumbres alteradas en un país.

El engaño venía de tiempo lejano; yo no puedo creer que en España ninguno de los partidos que sucesivamente han ocupado el poder desde 1860 haya obrado con el propósito de hacerlo mal. Pero hay que reconocer, aunque sea desconsolador, que ninguno se preocupó seriamente de nuestras relaciones internacionales.

Y no vale la disculpa de lo problemático del peligro; era éste tan inminente y tan claro, que una autoridad indiscutible en las cuestiones de América, Ferrer de Couto, había dado la voz de alerta con palabras tan significativas como éstas:

«Cuando la gran confederación americana vuelva á su estado normal, bien sea en una ó en dos naciones ejercitadas en la guerra y más militares que nunca, la que ahora esquivamos con Juárez y los suyos, la tendremos que hacer entonces contra éstos y sus aliados, después de presenciar, con la expresión de un odio temporalmente y á la fuerza reprimido, los crímenes más sangrientos y los más inicuos despojos» (1).

(1) *Comentarios sobre la cuestión de Méjico*.—D. José Ferrer de Couto. —Madrid, 1861.

Nos han vencido; hemos presenciado el inicuo despojo; pero ese crimen impune y triunfante pasará maldito á la historia, que no puede dar al vencedor la efímera aureola de gloria concedida á los conquistadores afortunados.

Yo quisiera poder interrogar á los admiradores de esa civilización que se nos aparecía como la aurora de un mundo nuevo, como una sociedad perfecta y práctica, como un pueblo compuesto de almas generosas y nobles entregadas á la paz y al trabajo. ¿Qué lección de moral nos han dado en esa guerra, que aún parece mantener caliente la sangre derramada? ¿Dónde está la raza superior y perfecta que ni siquiera ha sabido respetar las elementales nociones del derecho de gentes?

Ningún escrúpulo los detuvo, y el plan madurado con la fría maldad del cálculo se ha llegado á realizar hasta en sus detalles más insignificantes.

La Europa egoísta, que contempló indiferente el fúnebre despojo, pagará su torpeza, por no haber comprendido á tiempo que la invocación de humanidad lanzada desde el Gabinete Mac Kinley era la careta que cubría una política de ambiciones.

XII

Dos tendencias completamente opuestas se han revelado en nuestro país desde que el desastre de la última guerra nos dejó como en los tiempos de los Reyes Católicos.

Unos, exageradamente pesimistas, juzgan todos los acontecimientos con la socorrida frase de *esto no tiene remedio*, y otros, más confiados en las fuerzas vivas de la Nación, esperan que se restablezca la normalidad.

Buscar el término medio en estas opiniones y armonizar criterios tan distintos es una empresa que ningún partido político podría llevar á feliz término.

Por desgracia, el espíritu público, decaído, se inclina más al pesimismo, no queriendo comprender el poder enorme que puede desarrollar en un momento cualquiera poniendo toda su actividad y su trabajo á disposición de la sociedad.

Cumplir una obligación es meritorio, pero excederse en un servicio y ocupar toda la inteligencia en realizarlo con la mayor perfección posible es lo que únicamente puede ser digno de recompensa.

Mientras aquí no pensemos de esta manera y cada uno en el destino que ocupe dentro de su patria no procure regenerarse á sí mismo, en vano clamarán los periódicos y lanzarán notas plañideras los industriales.

Derramar abundantes lágrimas sobre los sepulcros de toda una generación perdida para el trabajo; señalar defectos, murmurar, abominar y difamar de todo y no atreverse á lanzar la primera piedra, es confesar impotencia ó pequeñez de ánimo.

La base principal, y casi pudiéramos decir axiomática, de la cultura de un pueblo es la educación; el hombre que no tenga instrucción no merece ser libre; el pueblo que no sabe leer será siempre esclavo.

El abandono en que se ha visto la enseñanza, la indiferencia de los Gobiernos por reformar de una manera radical el desdichado sistema, ha contribuído en gran parte á que nuestra nación haya tomado del extranjero todos los procedimientos y adelantos que la ciencia pone á disposición de la industria para realizar las maravillas de la civilización actual.

La enseñanza elemental no ha sido nunca práctica en España; un sistema rutinario y secular absorbe los mejores días de la juventud, y cuando el cerebro está en disposición de asimilar, se pierde el tiempo en vanos entretenimientos sin aplicación en la vida.

Todavía se está discutiendo las ventajas que pueda proporcionar el estudio del latín, cuando de sobra es sabido que la juventud sale de Institutos y colegios recitando á lo más como una carretilla el *Si pictor vellit*, etc., de Horacio.

Las reformas que en menos de diez años han venido sucediéndose indican la buena voluntad ó el afán de notoriedad de los Ministros; pero analizadas no acusan ningún progreso ni verdadero acierto en la elección de las asignaturas.

Unos consideran nuestro país como eminentemente filosófico, otros como agricultor y otros como marítimo, resultando de esta variedad de tendencias una verdadera confusión de ideas.

Si hemos de hablar con claridad, ninguno de estos conceptos admite comparación; unos y otros se complementan y unidos realizan el ideal de progreso.

Abandonada la educación, es un hecho el atraso de los pueblos; descuidada la agricultura, las demás industrias se retardan; indiferentes por el poder marítimo, el comercio naval se paraliza.

Por desgracia, las condiciones meteorológicas de nuestro país no responden á la fertilidad del suelo, y en muchas regiones esterilizan los esfuerzos de los agricultores.

El único remedio posible, que sería la canalización, no ha querido ponerse en práctica, y aun hoy mismo, que la necesidad es apremiante, algunos periódicos indican proyectos que encuentran para realizarse resistencia pasiva de los Gobiernos.

Nuestro atraso intelectual no es tan grande que haya motivos para desesperar; la nueva generación, formada en el desengaño, que ha llorado errores políticos y lleva sobre su corazón las amarguras de un despojo inhumano, sabrá dar á la Patria esa dirección práctica y positiva que las corrientes del siglo hacen indispensable.

La regeneración, de que tanto se habla, vendría el día, quizá no muy lejano, en que cada uno, dentro de sus legítimas ocupaciones, procure ser útil á la Patria.

Hasta ahora se ha confundido el patriotismo con la independencia, la populachería con la integridad nacional, las luchas de partido con las luchas de las ideas, y haciendo manifestaciones de un poder ilusorio, creíamos muy posible la conquista del mundo invocando al Cid ó á D. Quijote, dos figuras que completan nuestra alegoría.

Olvidemos la gloriosa historia de lo pasado como un sueño de *Las mil y una noches*; nuestra misión civilizadora terminó en el mismo siglo que un monarca extranjero intervenía directamente en la corona de Castilla imponiéndole sucesor.

Hay una ley histórica tan precisa como las de la naturaleza, y nos demuestra bien claro que las civilizaciones pasadas no se reproducen.

El Egipto, la India, Grecia, Roma y España pasaron á los

registros de la historia, cumplieron su misión y no resucitarán, porque la humanidad va siempre adelante, como esos soles que evolucionan en el espacio hasta que quedan en condiciones de ser habitados.

No debemos, pues, pensar en sueños de gloria; nuestro porvenir es mucho más humano, y con alcanzar el grado de cultura suficiente para nivelarnos á las naciones más adelantadas podríamos considerarnos satisfechos.

Es preciso conseguirlo; pues así, los que ambicionan nuestro territorio no dirán como pretexto de intervención que somos un pueblo demasiado próximo al África.

JOSÉ PÉREZ GUERRERO.

ESTUDIO SOBRE LA EDAD MEDIA

I

La humanidad, en su continuo y progresivo desarrollo, aspira á realizar las ideas de belleza, de verdad y bien, augusta triada que permite elevarnos al mismo trono de Dios, viva encarnación en la conciencia universal.

Empero esta humanidad, á través de la inmensa variedad de cambios, de sucesos, de trasformaciones desenvueltos en el tiempo; en presencia de la destrucción de vastos imperios, del nacimiento de nuevas monarquías, de la desaparición de grandes pueblos, sigue su marcha sin que nada se oponga á su carrera.

Sugiérenos estas reflexiones el observar que espíritus extraviados deprimen á los siglos medios, distinguiéndolos con denigrantes calificativos, sin haberlos estudiado con reflexiva mirada y en odio sólo á la benéfica influencia de la Iglesia, á su acción suprema y reguladora en la sociedad; en odio á esa variedad inmensa, carácter distintivo de esta edad; y en odio al Papado, depositario de la justicia, del derecho, de la caridad, juntando todos los hombres en un solo deseo; uniéndolos en el sentimiento purísimo del amor y fundiendo todos los pueblos en una común aspiración.

El estudio que al presente vamos á hacer de estos siglos confirmará que la Edad Media no es tan bárbara, no es tan ignorante como se ha dicho por algunos, sino que, por el contrario, revela un progreso, y muy grande, sobre la Edad Antigua; que encierra gérmenes de muchos adelantos modernos, siendo debidos á la Iglesia, siempre fecunda, siempre civilizadora.

Todas las épocas tienen caracteres propios, caracteres que

las distinguen de todas las demás; pero también tienen otros comunes por no existir una línea divisoria entre unas y otras edades, de tal modo que pueda decirse: aquí comienza una época; aquí termina la otra, siendo totalmente distinta de la anterior; antes bien, los elementos constitutivos de la precedente luchan ó son asimilados á la que le sigue adoptándolos á su manera de ser, presentando una fisonomía especial reveladora de esa solución de continuidad, ley de la historia, que permite considerar á la humanidad al través del tiempo y del espacio como un ser permanente, uno, vario, realizando hechos tan múltiples como distintos productos de su incesante actividad.

Y esto, que se manifiesta, que se observa en todas las edades, aparece de modo más claro en la Edad Media.

Roma, la que después de tantos años de lucha había conseguido conquistar casi todo el mundo entonces conocido, llevando sus victoriosas armas desde las abrasadas regiones del Africa á las heladas esferas del Norte y desde los límites del imperio persa hasta la hermosa Hesperia, llegando á ser considerada como la señora del mundo, hallábase corrompida, decrepita, agonizante; el lujo, la molicie, el desenfreno de las costumbres, el ateísmo, la impiedad extendíase por todas partes cuando apareció en Oriente, en la tierra de los Profetas, en un rincón de la Judea, como iris de paz, el Mesías prometido que había de regenerar al mundo. Y aquella religión de amor, de mansedumbre y de caridad se propaga en un momento, proclama la existencia del Dios verdadero, rehabilita el trabajo del pobre, rompe las cadenas de la esclavitud emancipando á la humanidad, establece el reinado de la justicia y del derecho, predica la pureza de las costumbres en medio de la inmoralidad, la paz en medio de la guerra declarada contra los que, por no ser romanos, eran considerados como romanos.

Y esta religión, no obstante proclamar doctrina tan contraria al modo de ser del pueblo rey, se extiende rápidamente; y no importa que aquel pueblo degradado la persiga en el orden material, porque los valerosos cristianos regarán con su sangre la arena del circo para dar testimonio de su fe,

mientras que en la región de las ideas las discusiones entre Simaco y San Ambrosio demostrarán los últimos esfuerzos del paganismo, cuyos templos iban quedando desiertos y cuyos ídolos, los que no habían caído ya al suelo, temblaban sobre sus pedestales, según la expresión de un profundo filósofo. Y aquella religión tan perseguida, que se había refugiado en las catacumbas para rendir culto al Dios verdadero, pronto sale de allí, profésase públicamente, y la enseña del Calvario flota en el lábaro de los Césares, inclinándose ante ella las legiones del imperio.

Pero Roma había cumplido su misión: sus elementos habían sido purificados y sustituidos por otros. Dios quiso que nuevas razas vinieran á recibir aquellas ideas que habían de regenerar el mundo y formar el carácter de los pueblos. La mano que había herido á la señora del mundo—dice un escritor—era aquella mano formidable que toca las montañas y las hace humear y las reduce á pavesas; que toca los peñascos y los liquida como metal derretido; que envía su aliento abrasador sobre las naciones y las devora como paja.

Los bárbaros se presentan ante sus fronteras, y aquellos pueblos que antes habitaban allá en el Norte de Europa, en los espesos y tupidos bosques de la Gothia y la Escandinavia, cortados por pantanos y lagunas, con un cielo generalmente oscuro, encapotado bajo la presión de bajas temperaturas, sufriendo escasez, viviendo en humildes chozas, formando tribus numerosas como las selvas donde moraban; incultos como pueblos de escasa civilización y ágiles como gentes ocupadas en la caza y la guerra, dominados por un secreto impulso invaden sus fronteras, se esparcen por sus provincias haciendo mil pedazos el mapa del imperio.

Careciendo Roma de la fuerza necesaria en el interior y atacada en el exterior por los sasanidas de la Persia, que matan á Jubacio, mientras que los escandinavos hacen lo mismo con Valente, logra un momento contener Constantino la destrucción del imperio; pero después de los efímeros triunfos de Estilicón y Acio concluye de una vez Odoacro, Rey de los hérulos, con aquel fantasma, con aquella sombra del imperio de Occidente.

La invasión de los bárbaros del Norte esparce densas tinieblas sobre el mundo, y entre el ruido del combate y el pavor de los vencidos, las instituciones antiguas se mezclan con las nuevas, son derribados los arcos de triunfo, poetas y prosistas ayudan á lanzar y propagar expresiones vagas llenas de inexactitud, no viéndose más que confusión de la cual había de surgir luego la luz, á la manera que el oro se funde en el crisol para salir después más brillante, más puro: debían de abrirse paso las verdaderas ideas de Dios y del hombre; la moral debía triunfar y el corazón humano había de levantarse del fango en que yacía, recibiendo sublimes aspiraciones que le hicieran vivir una vida eterna.

Así es que al mezclarse estos elementos aparece, como no podía menos, la variedad; así al lado de las antiguas instituciones existían las nuevas, levantándose los monumentos romanos entre los de los bárbaros. La literatura era romana en las abadías, septentrional en los castillos, sencilla y tierna en las cortes. En los derechos, la libertad aristocrática del noble, la privilegiada de las comunidades, de los conventos y la representación de los concejos; en los poderes, la soberanía de los reyes, el señorío de los barones y la autoridad republicana de los cónsules. Existía, pues, variedad; pero variedad semejante á la observada en la Iglesia, donde bajo unas mismas bóvedas se encuentran reunidos obispos y sacerdotes, religiosos y caballeros, doctores y magistrados, peregrinos y artesanos vestidos con diferentes trajes.

Pero al destruir los bárbaros el edificio de los siglos y borrar hasta el nombre del imperio romano, regeneran por la fuerza las poblaciones asociándolas á una ley. En medio de la destrucción, un espíritu superior á los acontecimientos brilla en el espacio, conquistando los pueblos, civilizándolos, uniéndolos en el sentimiento religioso.

Los longobardos, última emigración de los pueblos del Norte, rechazan las excursiones belicosas, levantando las murallas de nuevas ciudades; la conversión del Mediodía al Septentrion propaga las ideas de paz, de orden, de caridad. Mientras tanto, el impostor Mahoma prepara al otro lado del Mediodía una terrible revolución. El poeta árabe, guerrero

sin instintos religiosos, profeta sin milagros, predica una religión sin misterios, un culto sin sacerdocio y una moral cimentada en el deleite. Su misión se manifiesta por el exterminio, subyuga por la fuerza todo el país que se extiende entre el Tigris y el Eufrates, hasta las playas del Mediterráneo, el Asia Menor y el Tauro. Más tarde invade las costas de África, amenazando á Persia, España, la India y el imperio de Bizancio. Por fortuna atájase en Oriente el poder de la media luna con los baluartes de Constantinopla, y en el Occidente por los astures reunidos en torno de la cruz enarbolada por Pelayo en Covadonga y secundada más tarde por el hacha de Carlos Martell y la tizona del Cid Campeador.

La autoridad del Occidente encuéntrase reconcentrada en los Papas; ellos ejercen el doble sacerdocio de la religión y de la justicia civil, administrándola solemnemente. Se restaura el imperio de Occidente: así se ve á Carlo Magno constituir, con las fracciones de veinte reinos bárbaros, una vasta monarquía, y como Alfredo el Grande amolda sus Estados conforme á las ideas religiosas, encuéntranse los tres elementos de la nueva sociedad: la libertad septentrional con sus garantías, las tradiciones de los romanos con su administración y la Iglesia con su moralidad, con su jerarquía. Los árabes amenazaban con nuevas devastaciones, pero no tardan los normandos en cambiar sus piraterías por conquistar, por fundar nuevos reinos ricos en lo porvenir. Además, Othón el Grande forma con los rusos, polacos y suevos insuperable barrera contra el Oriente, mientras que el Mediodía es rechazado por la bravura española. El poder espiritual y el temporal hállanse armonizados. Era considerado el Emperador como destinado á defender la cristiandad con lealtad, con valentía; á su vez los Pontífices consagraban á los Emperadores y velaban por el cumplimiento de los tratados jurados.

La cristiandad, moviéndose como un solo hombre, se levanta para combatir y rechazar el islamismo. De todas partes acuden presurosos á defender la religión del Crucificado, dominados de heroico entusiasmo, de un sentimiento único, de prodigiosa y enérgica voluntad.

El feudalismo, que había hecho aparecer la Europa erizada

de fortalezas de robustos muros, de sólidos torreones, dándole aspecto guerrero, al par que le servían de defensa, había cooperado al bien, por su parte, haciendo refluir la población en los campos, impulsando, desarrollando las afecciones domésticas en la soledad de sus moradas y avivando el sentimiento de la personalidad débil entre griegos y romanos. Las Cruzadas, digan lo que quieran sus detractores, enseñaron á la Europa á conocerse á sí misma, á medir sus fuerzas para lanzarse al porvenir atropelladamente: desde entonces tiene la cristiandad un nombre que oponer hasta en política á los que rehuyan marchar por la senda de la civilización.

Transmitiéndose el imperio de Occidente de los francos á los alemanes, se eleva á su último grado bajo las casas de Sajonia y Suabia; el poder del Papado encuéntrase en su apogeo, y fijando los límites á los abusos de los poderosos, abre las puertas de las franquicias representativas. El poder de aquella antigua nobleza valiente, guerrera, que tantos triunfos había obtenido al frente de sus gentes contra los enemigos de su nación, es turbulento, se divide en banderías, combátenla los reyes hasta debilitarla, extinguirla; mientras el pueblo, protegido por los reyes, se levanta fuerte, presentándose vigoroso en los gremios, en los concejos; la arquitectura eleva templos á Dios, palacios á los reyes, desarrollándose las lenguas para dar lugar á otras nuevas.

El comercio ensancha sus límites desde el Euxino hasta el Adriático, y desde el golfo Arábigo hasta el mar Báltico contribuyen poderosamente á aumentar las relaciones comerciales la rivalidad industrial y la probidad laboriosa. Se forman ligas junto á los mares, á los ríos, en medio de los Alpes, de la Helvecia, y Francia é Inglaterra admiten mercaderes y villanos á tomar asiento al lado de los reyes, de los barones.

Gengis-Kan, desde el fondo de la Tartaria, avasalla la Rusia, siembra la desolación en Polonia, en Hungría; inquieta la cristiandad, temiéndose que nueva invasión reduzca á la nada sus laboriosos adelantos. Pero Gengis Kan contribuye á la civilización, organiza numeroso ejército que lo dirige contra los enemigos comunes, no conteniéndole el impulso de otras hordas musulmanas.

Cambian luego el sistema de los gobiernos, la consolidación de las monarquías, la regularidad en los tributos, los ejércitos permanentes.

La política aprende con Fernando el Cático, Luis XI y Enrique VII á ensanchar la regia prerrogativa; la imprenta asegura para siempre las conquistas del talento, contribuyendo á ensanchar la esfera intelectual.

Tal es, á grandes rasgos descrito, el estado de la Edad Media.

II

Aquellos bárbaros que en revuelto torbellino han invadido el imperio romano y luego contribuyen á formar el carácter nacional de los pueblos, modificados al influjo de la idea cristiana, constituyen Estados que en la Edad Moderna han de disputarse el dominio del mundo bajo los reinados de Carlos V y Francisco I, el último caballero *que en Pavía lo pierde todo menos el honor*.

Y este cambio de los antiguos bárbaros de las naciones que encontramos en el ocaso de la Edad Media ó en los albores de la moderna, es debido á la predicación de una idea, á la Iglesia, que suaviza las rudas costumbres de los hijos del Norte y los une en un solo sentimiento haciéndolos progresar.

En efecto, si es cierta la tosquedad de algunos reyes y la violencia de los barones, así como el derramamiento de sangre de los señores por apoderarse de algunas pulgadas de territorio, tampoco es menos cierto que la Iglesia, elevando su mirada hacia la patria verdadera, propagaba el amor del bien, de la sabiduría, de la piedad; enseñaba á orar, abría albergue á los afligidos, asilos á los proscriptos y escuelas á los ignorantes; en medio de las cotidianas guerras intimaba á la *tregua* y proporcionaba la paz; sustituía á los guerreros por religiosos; alentaba el valor santificándolo bajo la bendición celeste, rechazando el poder de la media luna de las cúpulas de Constantinopla, de las playas de Sicilia, Mallorca y resto de España.

Hace falta progresar, y la Iglesia toma á su cargo los deberes de la sociedad civil, introduciendo la civilización; así ella, si no hay nadie que vele por la viabilidad y la seguridad de los caminos, consagra á su custodia cruces y capillas, á cuya vista recobran nuevos bríos los caminantes; si no hospederías, funda hospicios y ermitas; si faltan socorros para la indigencia, distribuye la sopa á la puerta de los conventos. Las linternas encendidas durante la noche delante de las imágenes suplen el alumbrado de las calles; las partidas de bautismo, de casamiento, de defunción, por el registro civil; consérvanse los restos del saber en los conventos, donde los futuros sabios encontrarán las únicas escuelas y los aldeanos la mejor agricultura; allá en lo más abrupto, en lo más desconocido de las selvas se levanta un monasterio, y al poco tiempo aquel terreno hállase modificado: los bosques son roturados, el terreno cultivado y un pueblo nuevo se levanta en torno del convento, convirtiendo aquel terreno, antes improductivo, en fértil comarca. No existen correos, pero los religiosos misioneros ponen en relación á Roma con la Islandia y el Catán; establécense congregaciones para recoger á los niños expósitos, cuidar de los enfermos y redimir al cautivo.

Roma había unido, es verdad, á los pueblos, pero lo había hecho por la fuerza, por la conquista, imponiéndoles su dominación, sujetándolos á su ley; en cambio los siglos medios realizan, determinan las relaciones de los individuos no sólo por la espada, sino también por la fe, la esperanza, la caridad, siendo su común herencia. Propagan los conquistadores la fuerza salvaje, la opresión, la venganza, y el Cristianismo predica la igualdad, la paz, la justicia, velando por conservar al débil mediante una benéfica autoridad ejercida contra los excesos, contra las demasías de los poderosos. El clero, en medio de aquella sociedad, aleja las divisiones nacidas de la diferencia de origen, hace amar á una patria común, recordando la paternidad universal, derriba las barreras entre las naciones, se coloca al lado del feudal para enseñarle el camino de la civilización, conserva los autores clásicos, reforma las legislaciones, enseña á contener á los poderosos, protege al pueblo estableciendo una jerarquía desde el humilde al clé-

rigo y hasta el jefe supremo, á quien se inclinan los reyes y se someten todas las diferencias. La Iglesia, arco de salvación, enlaza á los germanos, los une á su territorio y llama á la Europa para rechazar al Oriente; cuando los mogoles amenazan de nuevo acude á detenerlos con armas y predicaciones, impide á los turcos anonadar las instituciones europeas, impulsa la sociedad al progreso, reforma las costumbres, concede derechos á los pueblos, constituyéndose en defensor de los pobres.

Se ha llamado bárbara, y no obstante verse al lado del orgullo el heroísmo y la santidad, no se suelen encontrar aquellas calculadas y sistemáticas atrocidades que tanto nos indignan en la antigüedad. Así es ciertamente: entre los gibelinos más inhumanos no hay un Domiciano, un Caracalla, carnicerías como las llevadas á cabo por el demente César en Amiens y por Tito, *delicias del género humano* en Jerusalén, ni aquella meditada devastación, destruyendo á Tarento, á Cartago, ó aniquilando las bellas artes y la civilización de un país, cual aconteció en Corinto y en Rodas.

Para desvanecer la opinión de los que se complacen en considerar la Edad Media como época de confusión, de opresión, de tiranía, sin existir leyes, debe recordarse la importancia del derecho canónico, que señala un gran progreso en dulzura, en equidad. Obsérvase además en esta época emperadores como Carlomagno, Alfredo, San Esteban de Hungría y San Luis de Francia, escribiendo Inglaterra entonces su *magna carta*. Nacen las repúblicas comerciales de Italia y Provenza. Se redacta el Código marítimo, regulador del comercio del mundo. El estado llano conviértese en clase intermedia, aumentando fuerza. En los Concilios se hace la religión tuctora de los derechos del hombre. El pueblo se presenta interviniendo en las *Witennghemote* de la Gran Bretaña, en las *Cortes* de España, en la de Lamego, donde se dicta el Estatuto de Portugal, que rodea al Trono de una nobleza no emanada de la conquista, sino conferida á los fieles mantenedores de la religión, de la patria, del rey.

Y por último, ¿cómo puede tenerse por bárbara una época que cuenta guerreros y conquistadores como Carlomagno,

Godofredo de Bouillón, Luis IX, Felipe Augusto, Alfredo, Canuto y Alberto el Grande; á poetas tan inspirados como el Dante y á filósofos tan eminentes como San Anselmo, San Buenaventura y el angélico doctor Santo Tomás de Aquino? ¿Cómo calificar de toscos é ignorantes los hombres que edificaron á Westminster, Nuestra Señora de París y San Marcos de Venecia; las maravillas de Granada, de Sevilla, de Toledo; las catedrales de Milán, de Suiza, de Orvieto, de Reims, de Amiens, de Rouén, de Colonia y tantas otras caprichosas creaciones? ¿Cómo creer en la ignorancia de los siglos que inventaron los relojes, los molinos de viento, el papel, el empedrado, el alumbrado de las calles, la pintura al óleo, los hospicios para los ancianos y los niños; en que fueron anunciados por un monje los antípodas y por otro los globos aerostáticos y el vapor? ¿Cómo condenar una época que hizo florecer de nuevo la riqueza manufacturera destruída en Cartago, multiplicándola por la letra de cambio, resolvió los problemas más difíciles de la mecánica, dió á la química el alumbre, el agua fuerte y varios álcalis, á los jardines europeos la mayor parte de las legumbres y plantas útiles, como también las más brillantes flores, y al lujo la seda, á los jinetes los estribos y la silla, á la observación los vidrios de la óptica, á la navegación el compás, y asegurando todos los progresos por la pólvora y por la imprenta? ¿Cómo imprimir en su frente el denigrante estigma de bárbara al contemplar aquellos Pontífices intimando á los príncipes de lejanos territorios á gobernar con justicia ó á que descendiesen del trono, aquellos cónsules que trataban de igual á igual con los reyes de Francia ó los emperadores de Alemania, aquellos misioneros que eran los primeros en acudir á visitar la China, seguían las ciudades errantes del Tártaro é introducían la civilización entre los salvajes? ¿Cómo, en fin, despreciar esos siglos y mofarse de ellos al ver los embajadores de las más grandes potencias implorar en San Marcos los socorros del león veneciano, enternecerse hasta derramar lágrimas porque un Dux se colocaba á la cabeza de Europa para rechazar al Asia, al observar á los pueblos y á los príncipes dirigir sus miradas hacia Roma, pidiéndola consejos para sus leyes y apoyo contra la opresión; al

fundar colonias en Caffa y en el Tannais, en Constantinopla y en el Báltico, dictando en todas partes códigos marítimos, dando al mundo ejemplo de actividad comercial?

Tal es, á grandes rasgos, el estado de la Europa durante la Edad Media, después de la cual se levanta grande, rica, poderosa: Cristóbal Colón, descubriendo un mundo nuevo, había despertado su espíritu emprendedor: todos en Europa eran unos, todos tenían las mismas ideas, todos eran hermanos, todos profesaban una misma religión; sus escuadras surcan los mares, llegando Vasco de Gama á plantar la cruz en la región de los antípodas. El Asia experimenta la resolución más importante por la distinta dirección que toman sus mercancías.

En Europa se aumenta considerablemente el poder marítimo, adquiriendo el Occidente importancia absoluta, de la que distan mucho los tres grandes imperios de los Sophis en Persia, de los Mogoles en la India y de los hijos del cielo en la China. En todas partes se aviva el espíritu emprendedor: el comercio con sus Ligas, sus Bolsas, sus letras de cambio, facilitan el tráfico abierto en Asia, en Africa y en América; todo parece sonreír para que Europa derramase su brillante luz por todas partes; sólo el poder de la media luna se presentaba aún poderoso a la extremidad de Europa, como la sombra de un hermoso cuadro; pero su estandarte había ya desaparecido de los muros de Granada después de ocho siglos de lucha; el pabellón morado de Castilla ondeaba sobre las fortalezas de Orán, y España, grande y poderosa después de derrotar los últimos alientos de la insurrección en las Alpujarras, hace que el poder musulmán se sumerja en las aguas de Lepanto para no levantarse más.

La fama paseaba por doquiera la erudición de Erasmo y Luis Vives, cuyo saber rivalizaba con Noterdán. En Italia el Dante, Petrarca y el Taso eran como ruiseñores que cantan la venida de la aurora—según la feliz expresión de un escritor,—y España se presenta pujante, dispuesta á empuñar la espada como el soldado victorioso después de la batalla, pareciendo que el mundo todo habrá de participar de tantas ventajas alcanzando un alto grado de progreso.

Pero la voz que había resonado en los bosques de la Germania por el apóstata Lutero, que quiere separar á los hombres de la protección de la Iglesia, hace que aquellas naciones, antes unidas en una misma fe, se dividan; aquellos elementos que asociados civilizarían rápidamente el resto del mundo, se desunen y emplean su poder en luchar entre sí derramando arroyos de sangre en las guerras sostenidas en Europa y en América, donde no se darán la mano como hermanos para ayudarse unos á otros, sino que lucharán entre sí, teniendo además que vencer las dificultades que siempre surgen en estos descubrimientos.

Vemos, pues, cómo en la Edad Media, debido á la Iglesia, la humanidad progresaba, siendo sus pasos de gigante hacia la civilización, hasta que divididos, separados de su tutela por la Reforma, aquellos adelantos quedaron estériles por algún tiempo, sin producir los rápidos frutos que eran de esperar, y demostrando una vez más al mundo lo que pueden los pueblos cuando marchan á la benéfica, á la salvadora sombra de la enseña santa del Crucificado.

ERNESTO AMADOR,

Doctor en Derecho.

LOS HETEOS

VESTIGIOS DE SU ARTE

El pueblo heteo, de que vamos á tratar en el presente artículo, ha permanecido ignorado durante muchos siglos; los historiadores casi no le nombran, porque, en realidad, su influencia no fué muy importante en la marcha del arte; y aun en la actualidad es muy poco conocido, tanto en lo que se refiere á su historia como en lo que atañe á su arte.

Las llanuras de la Cilicia, que se extienden entre los montes Aman y Tauro, era donde las tribus heteas se habían establecido, encontrando las condiciones necesarias para el desarrollo de su población, abundando los pastos, produciendo los lagos grandes cantidades de sal, y siendo la tierra de asombrosa fertilidad, añadiéndose á esto que toda la región se hallaba cortada por caminos abiertos por la misma naturaleza, caminos propios para el paso de las importantes y numerosas caravanas que hacían el comercio entre la costa del Mediterráneo y el interior del Asia.

En la región que el Tauro divide en dos partes desiguales, hoy van apareciendo los restos de un arte desconocido, que aún ha sido muy poco estudiado, á pesar de los importantes descubrimientos que de él se han hecho, demostrándonos una cultura bastante original, y tanto en el valle del Oronte como en las llanuras del Asia central, los monumentos hallados dan á conocer los vestigios de una civilización y un arte que guardan cierta analogía con la civilización y el arte de los pueblos de la Mesopotamia. Sobre todos estos monumentos aparecen grabados los caracteres de una escritura ideográfica que no es la del Egipto ni la de la Caldea. Todas sus repre-

sentaciones, símbolos religiosos, trajes, armas, etc., despiertan una viva curiosidad que han marcado en sus monumentos, en los asuntos, compuestos con elementos que pudieron tomar del Egipto y la Caldea, y que en sus manos se transformaron, cambiaron y adquirieron formas que, aunque guardan cierta analogía con aquellas de donde proceden, también tienen marcadas diferencias, no sólo en lo que respecta á la ejecución, sino á las mismas representaciones. Allí, sobre las rocas de su patria, en la Siria septentrional y en algunos parajes del Asia Menor, en algún tiempo ocupada por estas tribus, nos han dejado elocuentes testimonios de su arte, que forma un capítulo del arte oriental.

Si hoy no conocemos á fondo todo cuanto se refiere á este pueblo de los heteos, es debido al carácter fanático de la raza que actualmente puebla este territorio, que no permite ni aun copiar los monumentos, amotinándose contra los exploradores que lo han intentado, debiéndose los conocimientos que hoy tenemos á la abnegación de algunos viajeros y al carácter enérgico de algunos gobernadores del país. El primer descubrimiento relativo á este pueblo se debe á Mr. Burckardt, que halló en la ciudad de Hamatch una piedra llena de figuras y jeroglíficos, que diferían mucho de los que se conocían en Egipto. Después de este primer descubrimiento siguió un período bastante largo, durante el cual no volvieron á ocuparse de este pueblo. En 1870 los americanos Mr. J. Augusto Johnson y el misionero protestante Mr. Jessup también hicieron descubrimientos de otros monumentos, que pretendieron copiar sin conseguirlo, por haberse amotinado el pueblo, y gracias á que Mr. Johnson se entendió con un árabe que pasaba por pintor indígena, se pudieron tener algunas copias, aunque imperfectas, de estos monumentos. En 1872 Mr. Drake consiguió por medio de engaños fotografiar algunos jeroglíficos grabados en las piedras. El capitán Burtón llegó á medirlas, y en vista de las dificultades con que tropezaba, pretendió comprar algunas de ellas; pero tuvo que desistir, en vista de las exageradas pretensiones que le formularon. Al fin, después de tantas tentativas, fué nombrado Gobernador de Siria Subbi Pachá, griego de origen, muy amante del arte, conoce.

dor de la importancia de los monumentos é inscripciones lapidarias y de los servicios que prestan á la historia, el cual emprendió una excursión por sus provincias con Mr. Wright, que llegó á descubrir los monumentos señalados por los viajeros anteriores y consiguió que aquellas piedras fuesen llevadas al palacio del Gobernador, no sin motivar protestas y hasta un principio de motín en la población turca, herida en su fanatismo, de tal suerte que, aun después de cumplimentadas las órdenes antedichas, tratóse con el Gobernador de la devolución de aquellas piedras, que no querían saliesen de su ciudad. Después de los anteriores, otros viajeros siguieron investigando el país y estudiando los monumentos, como lo hicieron Mr. Skene, George Smidt, Mr. Henderson, Mr. Davis y otros varios, multiplicándose de tal modo los descubrimientos, que hoy pueden fijarse perfectamente los caracteres de la escultura hetea. Con todo, aún queda bastante que descubrir para conocer á fondo este pueblo.

Las inscripciones grabadas en los bloques encontrados presentan diferencias muy notables con los jeroglíficos egipcios. Todas, menos dos de las inscripciones conocidas, están grabadas en relieve, al paso que en otras están dibujadas, excepto algún texto, de las primeras dinastías. En Egipto los jeroglíficos están hechos de una manera fina y airosa; en Gargamich muestran algo de rudeza y pesadez, que indican un pueblo menos familiarizado con el dibujo. Por otra parte, demuestran un uso posterior de la escritura, faltando ese convencionalismo especial que presentan otros pueblos. Casi todas las representaciones de estos jeroglíficos son la imagen fiel de los objetos usuales que presentan como copias del natural, llenas de verdad, que nos indican que, á pesar de ser un arte muy inferior al del Egipto, estas imágenes tienen una fidelidad y un aire de vida que no se encuentra en los jeroglíficos egipcios.

La existencia y antigüedad de este pueblo la encontramos perfectamente demostrada en las relaciones de las batallas y victorias grabadas en los muros de los templos de Tebas y en los palacios de Nínive. En la Biblia también está mencionado este pueblo con el nombre de *hititas*, y de una expre-

sión contenida en ese mismo libro se ha tomado el nombre de heteos con preferencia al citado. Distintas veces son señalados en la Sagrada Escritura, apareciendo su nombre á la cabeza de la lista de los hijos de Canaán. Cuando Abraham compró la gruta de Macfielá para sepultura suya y de su familia, nombra á los heteos como propietarios de ella. Los espías de Moisés los encontraron entre las demás tribus que habitaban las montañas, y Salomón los menciona cuando constituyó los hombres de servicio para la construcción del templo de Jerusalén.

Los heteos del Norte se encuentran indicados repetidas veces en el Egipto con el nombre de *kitis*, como el más belicoso y potente de los pueblos que lucharon con los egipcios. Después de la destrucción de Dumas por los asirios y la deportación de los heteos á la Mesopotamia, este pueblo fué olvidado hasta que los recientes descubrimientos, hechos casi á fines del presente siglo, han vuelto á sacar del olvido y á dar á conocer los vestigios del arte de este pueblo.

De su arquitectura fúnebre y religiosa no han llegado á nosotros vestigios que nos permitan adivinar la forma de sus sepulcros y de sus templos: únicamente conocemos la manera de edificar los muros y de decorar los palacios de sus jefes.

Según las inscripciones egipcias y asirias, este pueblo era muy guerrero, deduciéndose de aquí que su principal cuidado había de ser construir potentes muros donde guarecerse y rechazar los ataques de sus enemigos. Existen aún algunos restos de los muros de Kadech. Esta antigua población y Gargamich no son más que ruinas; pero aún se distingue la traza de la muralla y la planta de algunos edificios importantes. La ciudad en sí no era muy grande, pero sus arrabales debieron de prolongarse mucho. Las casas, según lo da á conocer los vestigios, estaban rodeadas de jardines y en la ciudad debía de haber numerosos canales para la conducción de aguas. En la defensa nos muestran sus vastos conocimientos, construyendo dobles muros y entre ellos un ancho y profundo foso lleno de agua.

Mr. Handerson descubrió las ruinas de un palacio en el que los muros están adornados de bajo-relieves como los palacios asirios, y en los ladrillos que un día constituyeron el palacio está grabado el nombre de Sargón, el fundador del de Korsa-bad, no pudiendo decidirse si pertenece á los heteos exclusivamente ó fué construído bajo la dominación de los asirios por algún sátrapa que gobernase el territorio. Lo que parece inclinar la suposición á favor de los heteos son unas figuras esculpidas en placas de calcárea, donde cree reconocerse la mano del escultor heteo. Estas placas parecen indicar que siguieron en la decoración de sus palacios el mismo sistema que los asirios, siendo robustecida esta opinión con la reconstitución de trozos descubiertos, en los que se encuentra representación de leones y aun la misma caza del león, asuntos característicos del gran imperio ninivita.

En resumen, su arquitectura guarda analogías indiscutibles con el arte arquitectónico de la Mesopotamia, tanto en la forma cuadrada de construcción como en la manera de decorar los monumentos. Cuando se hagan descubrimientos más importantes en las llanuras de la Cilicia tendremos quizás una base sólida para reconstruir los monumentos y llegar á conocer perfectamente los caracteres de la arquitectura de este pueblo.

Lo mismo que en la Mesopotamia, los escultores heteos practicaron en general el bajo relieve. La estatua aislada no la practicaron, pero debieron conocer sus procedimientos, á juzgar por algunos detalles que así lo demuestran. De los leones, que tanto multiplicaron, ninguno está completamente esculpido, ni aun separado del bloque donde fué tallado; sólo la cabeza aparece terminada por completo en sus tres dimensiones, es decir, en escultura aislada; pero las patas delanteras están pegadas en toda su longitud al bloque, y el resto del cuerpo apenas un trazo lo señala en la roca. El león de Marach puede darnos idea de ello: enorme figura decorativa cubierta de escritura, que se cree estaba colocada á la puerta de un palacio, teniendo enfrente otra figura igual. Los bajo-relieves son muy convencionales, en general de muy poco relieve, y hay algunos en que éste es tan escaso que parecen des-

tinados á colocarlos en el suelo, señalando el recinto de algún templo. Casi todas estas obras tienen una factura muy tosca y un dibujo convencional é incorrecto. La influencia asiria es muy marcada, y hay algunos que hacen dudar si pertenecieron á los asirios y fueron llevados como botín de guerra á Siria. En todos ellos aparecen reproducidos objetos de uso comun en la Mesopotamia, así como las vestiduras y la ornamentación empleada por los artistas de Nínive.

Sin embargo, á pesar del empleo de estos elementos tomados de un arte extranjero, la pesadez es exagerada, las formas menos determinadas y el detalle anatómico más acentuado, lo cual, unido á otras innovaciones en las vestiduras, son otros tantos detalles originales, propios y exclusivos del artista heteo.

Esto nos demuestra que, en medio de la barbarie de que adolece este arte, supieron en parte sacudir las influencias cuando lo creyeron oportuno. La estela votiva de Marach así lo indica: representa dos mujeres sentadas una frente á otra que se ofrecen objetos, frutas ó utensilios que levantan con sus manos. Las vestiduras son extrañas á las reproducidas en los demás bajo-relieves y sus pies están calzados con los zapatos puntiagudos, muy característicos de los heteos. El asunto no tiene precedentes en la escultura asiria, donde no se encuentran representaciones de mujeres: ni las vestiduras ni las facciones guardan semejanza con los motivos tomados de la Mesopotamia. El conjunto da idea de un arte primitivo, bárbaro y grosero, pero que tiene un puesto propio junto al arte asirio, y aun en este sentido sobresale del arte fenicio, que no da muestras de originalidad en ninguna de sus producciones.

Podríamos seguir á los heteos á través de los países por donde pasaron en Asia Menor, pero nada nuevo encontraríamos en los productos, que ostentan los mismos caracteres ya indicados.

Vemos, pues, que su escultura, lo mismo que la arquitectura, guardan en general las influencias del pueblo con quien tuvieron más íntimas relaciones, reproduciendo sus asuntos

con una factura más tosca. Pero si como arte tienen mucha pesadez y tosquedad, así como mucho convencionalismo, en cambio son monumentos inapreciables que nos dan á conocer sus trajes, armas y costumbres, juntamente con las influencias que recibieron de un arte extranjero.

FRANCISCO J. ABIENZO,

Catedrático auxiliar de la Escuela de Pintura,
Escultura y Grabado.

A LUPE

Lupe: ¡dichoso el que á las sacras Musas
culto rindiendo en apartado albergue,
lejos del vulgo, sin cuidados graves
pasa la vida!

Él no ambiciona en los combates rudos
lauro invencible ni triunfales himnos:
odia la guerra, la sangrienta guerra,
germen de males.

Ni áureos palacios de arabescas torres,
ni ágiles potros, ni lucientes carros,
ni oro y diamantes, ni purpúreas vestes
turban su pecho.

¡Cuán venturoso si en agrestes sitios,
cabe las ruinas, las eternas odas
oye que á Grecia le inspiró la rubia
fúlgida Athene!

¡Qué mayor triunfo, si en vibrantes ritmos
fácil arranca de la ebúrnea lira
nuevos cantares que en lejanos pueblos
Eco difunda!...

¡Musa risueña, de serenos ojos
vióme benigna cuando al mundo vine!
¡Eros amable despertó en mi alma
cantos del cielo!

¡Aura apacible, á la moderna Hispalis
blanda me lleva, do virgíneos labios
vierten sonriendo el perfumado y dulce
Vino de Lesbos!

Oigo tu frase que argentina canta,
dando á mis versos juventud y vida,
y en las estrellas de tus ojos, claros
miro mis sueños...

Glorias y honores y riquezas ¡vana
sombra que presto desaparece!... En tanto
pasan los siglos; ¡mas de Grecia eterno
Píndaro canta!

ENRIQUE FERNÁNDEZ GRANADOS.

México.

GÉMINIS ⁽¹⁾

III

Un nublado negro y unido giraba con lentitud desde el Norte al Levante, y los últimos rayos del sol iluminaban los bordes con pálido resplandor. El mar ceniciento ondulaba en grandes olas sin espuma, que hacían temblar con su violento empuje los peñascos de la costa.

Hay en los mares momentos en que se combinan los colores, los ruidos, el silencio, las nubes, como los rasgos de una fisonomía al amontonar la expresión que precede á las palabras terribles. El acento no articulado vibra en los corazones antes que en los oídos, y el instinto percibe la amenaza en el hálito vacilante que anuncia las grandes iras; conoce la luz amarillenta de los crepúsculos temerosos; presiente la espantable mezcla de la noche, las olas, la espuma, el viento, los escollos, mugidos, ayes y tinieblas. En ese ambiente, á la boca de esa noche, miraban los tres marinos el buque juguete de las olas, que á cada balance sacudía con violencia el aparejo. Los pescadores observaban atentos aquella nave, débil tabla sobre la cual veían suspendidas todas las violencias.

—Es un bergantín—dijo el patrón.

—Según de donde sea el temporal, pasará mala noche.

—Será de *Maestral* ó *Tramontana*.

—En ese caso no tendría peligro.

—Veo señas de *Levante*, y con ese viento puede hallarse mal cerca de tierra.

(1) Véase la página 548 de este tomo.

—No hay cuidado —respondió Andrés— mientras no haga averías.

El poco viento había caído. Era el instante solemne de la crisis, la calma de la concentración de las iras.

—Llueve por el *Gargal*—dijo Matías;—se resolverá en agua.

Un leve aliento, que no hubiera apagado una luz, sopló del Oeste.

—El *Poniente*, el *Poniente*.

—Ahora saltará el contrario—dijo el patrón;—los vientos luchan.

Los tres hombres miraban con la avidez del jugador. De repente una racha violenta, en el momento de un balance opuesto, hirió el velamen casi de plano. Polvareda de espuma levantada oscurecía el mar. Cuando hubo pasado la racha y se fijó el temporal de Levante distinguieron los pescadores que el bergantín había desarbolado.

—Está perdido—exclamó el patrón;—esta noche vendrá arrojado á la costa.

Las mujeres habían acudido, y aquel grupo, azotado por el viento en una roca, entre una llanura de arbustos sacudidos y un mar de olas iracundas, parecía, en aquella soledad, los últimos restos de la especie humana, refugiados en el extremo de la tierra, devastada por el huracán.

Fijos permanecieron en la punta hasta que la oscuridad de la noche les ocultó el buque, y se retiraron en silencio con las cabezas bajas, llenos los corazones del horror de un naufragio inevitable. Al entrar en la casa oyeron la voz hueca y firme del patrón:

—Lucía, enciende la luz de San Telmo.

Un fósforo de madera de los que usan los campesinos del país, fósforo y pajuela al mismo tiempo, difundió en la estancia, llena de olor de azufre, una luz amarilla que acentuaba la penosa expresión de los pescadores, y un vaso de vidrio verdoso iluminó en un hueco de la pared una antigua estampa del santo.

El patrón se sentó en un taburete, dejando caer la cabeza entre las manos, mientras la familia, agolpada alrededor, le miraba como esperando órdenes.

El corazón de Pablo pedía al entendimiento auxilio para los pobres náufragos; el patrón no podía reducirse á esperar indiferente la catástrofe, y en su experiencia no encontraba medio de salvar de la muerte á la tripulación del bergantín que, desarbolado, estaba á merced de las olas embravecidas. Después de un momento de meditación inquieta, se volvió á sus hijos.

—El bergantín vendrá á hacerse astillas en la costa, y es preciso que procuremos salvar á la gente, si hay medio humano; decid lo que se os ocurra, y hablad con entera libertad, aunque sea contra lo que yo diga; porque ahora no soy vuestro padre, sino el patrón del *San Telmo* que tiene consejo con sus marinos. Habla tú, Matías.

—No hay recurso humano: la tripulación perecerá en las rompientes. Además, no sabemos á qué punto de la costa irá el barco.

—Pues hemos de hacer lo posible por socórrerlos; no puedo estarme así; la conciencia me remordería siempre. Yo no me acuesto, no paso la noche bajo tejas, al calor del hogar, mientras mis semejantes luchan con la muerte; los marinos de todas las naciones somos hermanos.

—Puedes irte á oscuras por la costa para romperte una pierna y estar sesenta días inútil—dijo Apolonia, con mal humor.

—Silencio; patrona, aquí no tienen voz más que los hombres de mar.

Apolonia se replegó en su rincón murmurando. Andrés tomó la palabra:

—Si le quedase al bergantín un trozode vela, podría venir en popa á varar en la arena de la cala, pero no la conocen.

—Pues se la enseñaremos con una luz en cada lado de la entrada. Andrés nos indica el único medio de auxilio que podemos emplear. Encended los faroles, y, uno de vosotros en cada punta de la cala, subid y bajad las luces para dar á conocer que son señales. Llevaos también los caracoles para llamar. Yo bajaré á la playa.

Matías sacó los faroles y se puso el capote de capucha; Andrés vacilaba.

—¿Qué haces tú embobado? Apuesto á que preferirías botar el *San Telmo* al agua y salir, que irte solo por tierra á oscuras. Si tomo un tizón del hogar, te haré perder el miedo.

Andrés se apresuró á abrigarse, y los tres salieron para dirigirse al punto que les correspondía en aquella empresa tan noble como desesperada.

El viento, cada vez más furioso, agitaba la puerta en sus mal seguros goznes y, penetrando por las grietas y rendijas, hacía vacilar la luz de San Telmo, que iluminaba con débil claridad la habitación. Algunas veces Lucía escuchaba con el oído en la puerta, pero sólo oía el rugido de las rompientes.

Las olas, deshaciéndose en la arena de las calas, estrellándose contra los peñascos de la costa y elevándose hasta las bóvedas de las cuevas marinas, levantaban un trueno continuo.

El cielo estaba velado por nubes negras, y los pescadores, en la oscuridad, andaban con lentitud y precaución por las asperezas de la costa. Andrés tardó más que Matías en llegar á su destino, porque tenía que ir á la punta más distante. Llevaban los faroles cubiertos con el capote para resguardarlos del viento, y las luces, medio descubiertas, les sirvieron, no sólo para franquear algún mal paso, sino para avisarse mutuamente de la llegada á sus puestos. Cuando se hubieron cerciorado de que cada uno estaba en el que le correspondía, trataron de elevar y bajar los faroles, pero al levantarlos, con violenta furia el viento los apagó á pesar de la armazón de cristales. Los dos hermanos sintieron en sus generosos corazones la desesperación, porque aunque no tenían mucha fe en el medio, era el único posible, y se les desvanecía. Desde aquel instante, bajo aquel cielo, en la superficie de un mar iracundo que mugía en las tinieblas, no quedaba el más leve destello de esperanza.

Los dos pescadores tenían fósforos de madera, y pugnaron por encender de nuevo la torcida.

Al abrigo de una roca, ahuecando los capotes y con la portezuela del farol opuesta al viento, se esforzaron en su

empresa; pero el vendaval se precipitaba por encima y por debajo, envolvía los cuerpos que intentaban detenerle, y los marinos, en su lucha con las tinieblas, sólo conseguían arrancar chispas instantáneas, que la oscuridad sorbía con la avidez del perro hambriento que coge en el aire las migas.

Andrés, irritado, tiró al abismo el mazo de fósforos, y, echándose en el suelo, se arrastró hasta asomarse á la sima. El estruendo y las tinieblas le hicieron retroceder en la misma postura, y el ruido del farol, al volcarse empujado, puso el terror en el corazón del marino, que se replegó inmóvil al pie de una roca.

Matías, después de haber quemado con perseverante obstinación el último fósforo, se recostó en una piedra, en la actitud del que fía la vigilancia al oído, tan inútil en aquellas circunstancias como la vista.

El patrón había bajado á la arena de la cala, adonde esperaba atraer el buque por medio de los faroles, y, sentado en una piedra, pensaba en los medios de salvar la tripulación. Desde el punto que ocupaba no podía notar la falta de las luces.

En realidad aquellos tres hombres nada hacían, pero la inocencia de la abnegación y de la caridad los sostuvo en su puesto, con la ilusión generosa de que eran útiles á sus semejantes.

Pasaba con lentitud el tiempo, y los tres vigilantes, en su ansiedad, veladas las estrellas, creían más avanzada la noche.

El trueno estalló para aumentar el horror de la tormenta, y á la luz de los relámpagos las rocas blanquecinas se destacaban un momento, para desvanecerse otra vez en las tinieblas. Matías quiso sondear el abismo, y se asomó arrastrándose hasta el borde del acantilado, en cuya base las olas se estrellaban con pavoroso estruendo. Al primer relámpago creyó ver el marino, cerca, muy cerca, una cabeza humana pegada á la roca y vuelta hacia arriba. Cuando volvió instantáneamente la oscuridad, le parecía distinguir aún el brillo de unos ojos fosfóricos. El terror contuvo un grito en la garganta de Matías, que, erizados los cabellos, heladas las

venas, esperaba con ansiedad mortal otro relámpago. En aquel siglo de tinieblas los pensamientos del pescador se amontonaban como las olas á sus pies.

—Por aquí no puede subir un hombre, me he equivocado; pero estoy seguro de que era una cabeza humana; no, los ojos no eran de hombre. Toqué el caracol. ¿Y si al ruido se derrumba? Silencio, silencio; debe de estar prendido sólo con las uñas. Le tenderé el capote para que se agarre... Si quita un dedo de la peña rodará por la oscuridad, haciéndose pedazos: he de estar como un muerto. Es imposible que llegue arriba.

Otro relámpago iluminó el espacio; Matías miró con avidez; la cabeza había desaparecido. Bañada en sudor la frente, el marinero se levantó y, sin saber por qué, se llevó á los labios el caracol, que hizo sonar tres veces sobrepujando á la voz de la tormenta.

Los otros dos vigilantes oyeron la señal de alarma, y marcharon hacia el punto de Matías, esforzándose por avanzar en la oscuridad, al través de la maleza y sobre un suelo escabroso.

Al cederles paso, las ramas y las espinas de los arbustos marcaban su huella en la carne de los dos marinos que, guiados por los toques de caracol, se reunieron.

—¿Qué será esto; patrón?

—No lo sé. Es imposible que Matías haya visto el barco en la oscuridad.

—Habrá tenido miedo, y llama.

—¿Lo has tenido tú?

—No me gusta andar de noche por tierra.

—Es vergonzoso en un hombre que nunca ha dado muestras de temor en el mar.

—En el mar no hay troncos en forma de fantasmas, ni ruidos desconocidos.

—Serás un buen marinero.

—Sería un gran contraamaestre.

—Pasa delante,—dijo el patrón con acento airado.

Andrés obedeció sin desplegar los labios. Detenidos por las cortaduras, por las piedras erizadas, seguían con difícil-

tad, y tardaron mucho tiempo en llegar adonde estaba Matías.

—¿Qué ha sucedido?

—Por la peña cortada de la punta ha subido un hombre.

—No puede ser: hay más altura que la de dos campanarios, y la roca es casi tan lisa como una pared.

—Digo que subía un hombre.

—Todo puede ser—respondió el patrón,—con la ayuda de San Telmo, de la Beata Catalina Tomás ó de la Virgen de Lluch. Es preciso registrar estos alrededores; repartíos.

Los tres pescadores se internaron en la oscuridad tocando el caracol, y registrando la meseta de la punta, por si había subido milagrosamente algún náufrago.

IV

Las mujeres se habían quedado solas en la casa, que temblaba al ímpetu del viento. Cuando cerraron la puerta, se reunieron, para orar, al pie del santo patrono de los mareantes. El fervor de la joven aumentaba con la tempestad, como si los empujes del huracán apresurasen el movimiento de los labios, lo mismo que el golpear de la mal segura puerta.

—¡Qué noche!—dijo Lucía suspendiendo el rezo.

—Y aquéllos fuera, para nada; expuestos á un mal paso y á caerse desde lo alto de las rocas. A ver, entonces, ¿cómo quedaríamos los demás? Casi en la miseria. Con un hombre menos no se puede navegar y la pesca no produce hoy para tomar gente; si no se hubiese muerto mi hijo menor, no tendríamos que buscar ahora otro marinero.

—Han salido para hacer una obra de caridad y volverán sin que les suceda ninguna desgracia. Avivemos la lumbre porque traerán frío.

Lucía amontonó ramaje debajo de los restos de una campana de chimenea y pronto la llama inundó la habitación de luz, que se veía desde el exterior por las anchas rendijas de la puerta.

Después quedaron madre é hija en silencio. Apolonia mo-

vía los labios, y, por algunas palabras sueltas, pudo conocerse que ajustaba la cuenta de lo que le correspondería cada mes al nuevo marinero por *la parte*.

Había pasado media hora desde que encendieron la lumbre, cuando sonó en la puerta un golpe extraño, que no era sacudida del viento, ni modo de llamar; pareció la caída de un cuerpo contra la tabla. Lucía fué á abrir, creyendo que serían su padre y sus hermanos, y no vió á nadie. La sorpresa y un vago temor la mantuvieron inmóvil hasta que un gemido á sus pies le hizo bajar la vista. La joven dió un grito, retirándose precipitada y aturdida; un hombre apoyado en las manos y en las rodillas pasaba el umbral con los ojos desencajados y fijos en la hoguera. Con un esfuerzo se levantó, y apoyado en la pared, en la cual sus dedos sangrientos hacían el ademán de asirse á puntos salientes imaginarios, se dirigió hacia el fuego, dejando un rastro de agua y de sangre. La fisonomía del desconocido no revelaba años de edad, sino siglos de espanto y la expresión de la estupidez. Cuando estuvo junto á la lumbre, cayó, agotadas las fuerzas.

Lucía y su madre estaban aterradas en el rincón más distante cuando llegaron los pescadores.

—¿Por qué no tenéis la puerta cerrada?

—¡Un hombre, un hombre!—gritó Apolonia.

El patrón y sus hijos se acercaron al náufrago, que volvió la cabeza, fijándose en Matías.

—Él es—exclamó éste;—son los ojos que vi.

¿Se reconocieron aquellos dos hombres que sólo se habían visto una vez, en un precipicio, á la luz de un relámpago? Todo puede ser en el espíritu del hombre: hay momentos en que todos los sentidos se reconcentran en uno; hay luces que penetran hasta el alma, y graban con cincel de rayo líneas indelebles.

—Acercadle á la lumbre. Ha dejado la carne de los pies y de las manos pegada á las peñas; pero juro que por allí no sube nadie sin la ayuda de algún santo. Traed ropa, y la mejor camisa para hacer vendas, y el aceite de tortuga para curarle las heridas.

Los pescadores mudaron al herido y, después de aplicarle

el aceite de tortuga con la tela más fina que tuvieron, le acostaron en el mejor lecho, que era de paja y formado de tres tablas y la pared, como un catre de camarote.

Las mujeres, disipado el terror, ayudaron á asistir al náufrago. En el semblante de todos los individuos de la familia se reflejaba la satisfacción interior por la obra de caridad que con todo el esmero posible ejecutaban. Lucía quedó mediatubunda; más sensible que los demás, y cumplidos sus deberes con el náufrago, pensaba en los que no habían llegado á tierra.

—¿Habrán perecido todos?

—Hija, felices si del mar cobramos el diezmo. El buque se ha hecho pedazos, y ese hombre ha subido milagrosamente por las peñas.

—Por la fuerza de la desesperación—dijo Andrés.

—Y llegaría á la meseta de la punta por muy cerca de donde yo estaba—observó Matías precipitadamente para desvanecer en su padre la impresión que pudieran haberle producido las palabras de Andrés.

Y añadió:

—Habrá que dar parte á *la Sanidad* y al subdelegado de Marina.

Apolonia se levantó bruscamente y con enojo.

—Pues, dar parte para que tengáis que ir á declarar y que os *hagan gastos*; no lo permitiré.

—Pero, mujer, Matías tiene razón; se ha de formar causa por el naufragio.

—No quiero nada con la justicia. Os venderán el *San Telmo* y las redes para pagar el papel que ensucien; que se coman las uñas, que bien largas las tienen.

—Pero las leyes de *la Sanidad* son sagradas.

—*La Sanidad* no sirve desde que no hay cordones. No lo permitiré; si dais parte, me voy á mi pueblo; no quiero ver la ruina de mi casa y la venta del *San Telmo*.

El patrón no participaba enteramente de las preocupaciones de su mujer, pero vaciló, porque, aunque inverosímil la venta del falucho, la sola enunciación de la idea alarmaba temores en quien tenía en el barco vinculados no sólo su ri-

queza, sino la cuna de sus padres y de sus hijos, el flotante solar de toda su raza.

—Lo pensaremos. Ahora lo principal es llamar á un cirujano.

—¿Y quién le paga? Me parece que el bolsillo de ese hombre llevará más agua que oro. No necesita asistencia de médico. No le he avisado para mí, y á cada variación de tiempo me ataca el dolor de los riñones. Con el aceite de tortuga estará bueno en cuatro días; no hay unguento mejor en la botica.

—Veremos cómo sigue mañana.

La familia quedó discutiendo todas las dudas que debía suscitar la aparición extraordinaria de un hombre desconocido, arrojado por las olas, y que se había salvado de un modo casi sobrenatural. Á la madrugada, las mujeres se recogieron, los hombres dormitaron en los poyos del hogar, al calor de los restos de la hoguera.

V

Á la salida del sol, que se elevaba entre acumulados nubarrones, el náufrago seguía ajeno á cuanto le rodeaba y presa de la calentura. El patrón, después de haber observado el tiempo desde la puerta, llamó á sus hijos para que fuesen á reconocer la costa, encargándoles la mayor minuciosidad, por si las olas hubiesen arrojado algún objeto que diese á conocer la nación á que pertenecía el buque, pues dudaba que el herido recobrase la inteligencia y la palabra. El patrón no quiso alejarse, por no dejar á la familia sola con un desconocido, y para resolver si había de avisar al médico.

Hacia dos horas que habían salido Andrés y su hermano á recorrer la costa, cuando llegó el guardabosque Lucas para saber si el temporal se había llevado la casa de los pescadores. Grande fué su asombro por la extraordinaria salvación del marino, á quien examinó atentamente.

La casa no tenía más habitación que la de entrada, en

que dormían los hombres, si no pasaban la noche á bordo, y otra formada por un tabique y puerta de cañizo, alcoba de las mujeres, en la cual, como más reservada del aire, habían colocado al paciente.

—Me alegro de que hayas venido, porque Pablo quiere dar parte de que tenemos ese huésped y avisar al médico para que le cure, y tú puedes ayudarme á disudiarle.

—¡Qué disparates! El enfermo no necesita más que caldo, si no hay chocolate. Lucía, toma una perdiz del zurrón de piel de cabra que he dejado fuera, y ponla á cocer; no os faltará una pieza cada día para darle sustancia.

—Gracias—dijo el patrón.

—No hay de qué. Siempre me ha gustado hacer una obra buena y matar una perdiz, y más ahora que salen como rayos y parece que llevan cascabeles; ésta ha caído como una muerta. El *Marqués* no me regañará porque mate media docena de pájaros para un enfermo.

—No te comprometas.

—Ca, hombre; además, siendo cosa vuestra yo me intereso.

—Gracias, Lucas.

—También sé unas hierbas que quitan la calentura; no hace falta médico.

—Verdaderamente me parece que está mejor, y que podremos esperar.

—Yo te lo decía.

—Y para las heridas conozco el mejor bálsamo del mundo, compuesto de tea, aceite y vino. Lo cocéis todo...

—Para los carboneros y leñadores será muy bueno, porque no conocen el aceite de tortuga.

—Os digo que el bálsamo de resina cura las llagas antiguas y nuevas, y que el aceite de tortuga apesta.

—Los hombres de tierra tenéis muy delicadas las narices. Una vez me clavé el arpón en un pie, y otra me desollé una pierna al varar el falucho, y con el aceite de tortuga me puse bueno en cuatro días.

—Y yo me curé un brazo en que la podadera me había abierto un surco hasta el hueso.

—Esas son otras heridas, diferentes de las nuestras.

—Seréis de otra pasta...

—Somos de una carne curtida al sol y al relente. No emplearé más bálsamo que el de tortuga.

—Buen provecho.

—Si fuese un leñador, tal vez probaría tu bálsamo; pero en un marino como yo, de ningún modo.

Lucas se reprimió, porque siempre evitaba romper con el padre de Lucía.

Apolonia, que veía resuelta á su gusto la cuestión del médico, se dirigió al guardabosque para que la apoyase en la de mantener oculto el naufragio.

—¿Y te parece que debemos dar parte del naufragio y de tener aquí á ese hombre?

El paciente hizo con la cabeza un signo negativo.

—¿Lo ves?—exclamó Apolonia.—Ha dicho que no.

—Si no ha hablado.

—Con la cabeza—dijo Lucas,—yo también lo he visto.

—Pregúntaselo.

El patrón, mirando al enfermo, le preguntó en voz alta y en castellano:

—¿Queréis que dé parte del naufragio?

El enfermo repitió marcados signos de negativa.

—¿Sois español?

Nada contestó á esta ni á otras preguntas. El deseo que manifestaba el paciente de conservar oculto el naufragio era un misterio de profundo interés. El patrón meditaba; Lucas y Apolonia le miraban atónitos.

—Ya no hay piratas.

—Mira, Pablo, créeme, esto ha de quedar secreto; Lucas no lo contará. Que se cure, y otra vez se vaya á naufragar á la costa del móro.

—Á fe de Lucas, yo no daría parte hasta saber si con ello hacía un mal ó un bien. Ese hombre tendrá que hablar y...

—Esperemos que hable; pero si le descubren, pueden castigarnos.

—Diréis que es un marinero que habéis tomado, y, en

fin, si algo sucediese, yo tengo relaciones con personas de importancia, y nos sacarían del apuro. Ya sabéis, patrón, que por vos siempre me descalzaré.

—Esperemos.

—Todo lo que valgo es vuestro.

—Gracias.

El guardabosque se despidió, prometiendo volver por la tarde. Le excitaban á ello el amor y la curiosidad, los dos móviles más poderosos.

Andrés y Matías regresaron de su infructuosa expedición. Es verdad que la aspereza de la costa no permitía un registro minucioso por tierra.

Los dos hermanos supieron lo que había sucedido en su ausencia, y sintieron, como los demás, vivo interés por aclarar aquel misterio.

VI

Seis días después, el sol se elevaba majestuoso de unas aguas tranquilas como las de un lago. La llanura de arbus-tos brillaba con las gotas de rocío que, pendientes de hojas esmaltadas, parecían abundante fruto de fantástica vegetación. En el interior se destacaban, blancas ó rojizas, las torres de las casas de las posesiones, construídas lejos de la costa por temor á los ataques de los berberiscos.

El temporal no había dejado huellas en la llanura sin árboles ni en la superficie del mar, que sabe cubrir con la espléndida hipocresía de sus calmas los horrores de su fondo.

El enfermo, aunque mejorado notablemente, seguía abismado en sus dolores morales; pero á veces en su vista brillaba la luz de la inteligencia, por lo cual los pescadores empezaban á dudar de que tan prolongado silencio naciese de causas físicas, y más cuando Andrés, que dormía junto al náufrago, aseguraba haberle oído pronunciar en perfecto castellano las palabras «Dios mío». Podía ser un sueño de Andrés; pero aquellas expresiones convenían con la profunda preocupación que relevaba el semblante del marino.

Todos deseaban saber de dónde venía, de dónde era, el cargamento del barco, y por qué el único que se había salvado quería mantener oculta la pérdida del bergantín. Á todo capitán le interesa justificar el naufragio y sus causas: aquel hombre no debía de ser el capitán. La alarma en los pescadores luchaba con la curiosidad.

Las vacilaciones resolvieron por sí mismas la cuestión de si debían poner en conocimiento de la autoridad el naufragio, pues el número de días transcurrido constituiría un cargo que no quisieron arrostrar los pescadores, por lo cual prevalecieron el deseo de Apolonia y el consejo de Lucas el guardabosque.

Impaciente el patrón y sus hijos por descubrir cuanto les fuese posible del misterioso naufragio, y á impulso, tanto como de la curiosidad, del temor por lo que pudiesen participar de la culpa, si el hecho era criminal, resolvieron registrar minuciosamente la costa con el *San Telmo*, que votaron al mar. Desprendido de tierra, avanzaba con la majestad de un cisne negro sobre un fondo de blanquísima arena; después cruzó por encima de manchas negras y verdosas, en un silencio turbado sólo por el ruido de los remos. El sol brillantaba los peñascos, los arbustos y la yerba color de esmeralda que pendía de los escollos descubiertos por la baja mar. Una atmósfera purificada por la última tormenta permitía ver á lo lejos las sinuosidades de los cabos y las bocas negras de las hendiduras de las rocas. En aquella soledad de mar y tierra no se veían más seres animados que alguna cabra de rodillas y con el cuello tendido para alcanzar una yerba sazónada por el salitre.

Debajo del punto en que Matías veló, las rocas desprendidas formaban una explanada al pie del rojizo y elevado muro por donde el náufrago escaló la meseta del promontorio. El acantilado no ofrecía más que asperezas á que sólo puede asirse la mano de la desesperación.

El falucho atracó á la escollera de cíclopes, antemural de la costa. Matías y su padre saltaron á tierra para reconocer la explanada, y al instante vieron tendido á algunos pasos de la orilla un mastelero.

—Ahí tenéis cómo se ha salvado ese hombre; el mar le arrojó á tierra abrazado al mastelero; sin él, hubiera perecido en la rompiente. Después treparía siguiendo los asideros de las peñas, cruzaría por debajo del punto en que yo estaba, y fué á subir más allá.

El mastelero no descifraba ninguna de las dudas, y el *San Telmo* siguió á lo largo, á muy poca distancia de la cadena de rocas negruzcas á flor de agua, conocidas en el país bajo el extraño nombre de *tenazas*.

El murallón de la costa, socavado por el continuo lamer de las olas y por el desprendimiento de peñascos, ofrece una sucesión de cuevas habitadas por las focas, los cormoranes y las palomas marinas.

El *San Telmo* llevaba el espanto á todos esos mudos testigos de los temporales. Las palomas, con su potente vuelo, trasponían la altura ó se adelantaban á buscar otro abrigo más lejano; los cormoranes se desprendían de las bóvedas con el cuello tendido, ó, saltando desde las *tenazas*, se zambullían para reaparecer lejos de los importunos que turbaban la paz de las guaridas.

El *San Telmo*, en su viaje de exploración, entró por la anchurosa boca de la *Cueva-Fragata*. Es una concavidad espaciosa, con un techo ennegrecido y salpicado de puntas estalactíticas y mamelones rudimentarios, que tiene por suelo un agua profunda, pero tan cristalina que la blanca arena del fondo parece al alcance de la mano. Es un abrigo en que el cazador de palomas marinas, abrasado por el sol y por los reflejos de las peñas, encuentra una sombra sin oscuridad, una luz esplendente que no hiere la pupila, un silencio sin terror, porque no es más que la falta de los ruidos del mundo, muy distante de allí.

El recuerdo de aquel sitio de descanso queda como una impresión de frescura.

Los pescadores vieron á la boca de un agujero oscuro, que se abre á la derecha, una tabla con dorados, en los cuales reconocieron letras los hijos del patrón. Éste miraba con ansiedad, creyendo tener la clave de un misterio que tanto le preocupaba.

—Pronto, á ver qué dice.

—Dice: *Géminis*—respondió Andrés.

—¡El nombre del barco! Será una tabla de la aleta, en donde hoy ponen el nombre á las embarcaciones; pero ¿qué significa *Géminis*?

—Yo he visto en el calendario *luna en Géminis*—dijo Matías;—será alguna estrella que se llama así, y cuando sube hasta ella la luna, dirán que está en *Géminis*.

—Eso debe de ser—respondió el patrón;—pero á las estrellas les suelen poner, como á los perros, nombres que significan algo, y no entendemos éste.

—Ni sabemos á qué lengua pertenece.

—Lo averiguaremos.

Los tres marinos examinaron la madera, sin obtener luz; la pintura no les ofrecía más datos.

—Pues el nombre *Géminis* no es español—dijo el patrón;—nunca lo he oído.

—Y sin embargo—observó Matías,—cuando le preguntasteis en español si quería que diesen parte del naufragio, os entendía, porque dijo con la cabeza que no.

—Lo mismo respondió cuando mi padre hablaba en mallorquín con Lucas.

—¡Es verdad!

Los tres marinos, abandonando el barco al mar, se miraban confusos.

—En casi toda la América hablan en español, porque ha sido nuestra; puede ser americano.

—Tiene razón Matías.

—Y en Valencia y Cataluña hablan en mallorquín.

—Pero él no ha hablado.

—¡Es verdad!

—El buque no es mallorquín; yo sé el nombre de todos los barcos de *carrera de América* que hay en Palma.

—Andrés, sabes demasiado de lo que no te interesa. ¿Pienzas embarcarte para Cuba y buscas barco?—le preguntó el patrón frunciendo el ceño.

Nadie le contestó.

—Avante—dijo en tono de autoridad.—Matías, así que

lleguemos, esconde esa tabla y que nadie sepa el hallazgo. Para averiguar lo que significa el nombre *Géminis* me valdré del guardabosque; aunque hombre de tierra, es de confianza y va todos los sábados al pueblo. Yo lo dispondré de modo que no pueda traslucirse nada.

Los marinos discutieron sobre las corrientes que habían llevado aquella tabla á un punto distante del sitio en que debió tener lugar el naufragio.

VII

La patrona recibió con aspereza á los pescadores, que no habían calado redes ni palangres, y les informó del estado del paciente, contra quien empezaba á sentir graves preven- ciones, por ser causa de que hubiesen perdido un hermoso día de pesca.

En las horas que de la tarde quedaban, el patrón y sus hijos pescaron con el boliche para tener cebo de palangres y cena.

El náufrago estaba sentado á la puerta, en la actitud pa- siva de los convalecientes. Era hombre de unos cincuenta años, canoso, de fisonomía dura y tostada por el sol hasta la línea del sombrero, que había mantenido media frente blanca. Parecía estar en el vigor de la robustez y de la fuer- za. Su mirada era á ráfagas inteligente, á veces vidriosa; en su semblante se amontonaban reflejos de impresiones pro- fundas que se sucedían como un continuo relampaguear en contrarios horizontes. Cuando bajaba la cabeza, su frente se nublaba, como si rodase á ella, por la ley de la gravedad, todo el contenido del cerebro.

Hasta entonces pudo nacer de causas físicas el obstinado silencio, que ya no podía atribuirse más que á la preocupa- ción dominante en aquel hombre combatido por la tempestad interior, ó á propósitos ocultos que infundían alarma en la familia de los pescadores.

Aquella noche era la primera que el náufrago, apoyado en Matías, fué al hogar con los demás. Alrededor de la llama se

colocaron todos; Pablo y Apolonia en taburetes, los jóvenes en los poyos, Lucía haciendo red y su madre hilando.

Á la hora de costumbre el patrón sacó el rosario y sobre el rostro ennegrecido por el sol y las tormentas, y en el velludo pecho, que enseñaba por la abertura de la camisa, hizo la señal de la cruz. Todos se santiguaron observando al desconocido, que permaneció impasible.

Las voces de los pescadores, moduladas siempre con el mismo tono, formaban una armonía monótona, columpio del espíritu. Concluído el rosario, el patrón, con un cambio brusco de cantinela, que pareció despertar al náufrago, dijo:

—Recemos un *Padre nuestro* y un *Ave María* por los navegantes.

Aunque de un modo casi imperceptible se movieron los labios del convaleciente.

—Recemos un *Padre nuestro* y un *Ave María* por la conversión de los pecadores.

Todos contuvieron el aliento; en los labios del huésped se oyó un murmullo de oración, y la familia, impresionada, sin saber por qué, estuvo á punto de suspender el rezo; pero el padre, alzando la voz con ademán de autoridad y con el mismo tono con que hubiera mandado *fondo*, dijo:

—*Kirie eleyson*.

—*Christe eleyson*—contestó la familia.

El pecho del desconocido se dilataba gradualmente.

Cuando el patrón dijo:

—*Agnus Dei qui tollis peccata mundi*, la voz del náufrago, sobrepujando á las demás, contestó:

—*Miserere nobis*.

Todos se levantaron como por un resorte común. El herido no podía andar; pero miró de un modo al patrón, que éste se adelantó con los brazos abiertos. Aquellos dos hombres de rudas fisonomías, impasibles en las tormentas, se confundieron con profunda emoción en un abrazo. El náufrago dejó caer la cabeza en el hombro de Pablo.

Los hijos del patrón se adelantaron instintivamente; pero se detuvieron al ver por primera vez en su vida los ojos de su padre humedecidos.

Hubo un momento de inmovilidad; después el náufrago levantó su pesada frente exclamando:

—¡Dos veces salvado!

Matías y Andrés, al mismo tiempo, le preguntaron de dónde era. El forastero los miró con tenacidad, y dijo:

—Todos me parecéis hombres honrados, pero dejad que se calme un espíritu que lucha, no le turbéis; llevadme á mi retiro.

Apoyado en Andrés, se recogió en su reducida habitación.

La familia quedó hablando de los sucesos de aquella noche. No les cabía duda de que su huésped era un hombre extraviado, á quien las impresiones terribles de un naufragio y el influjo de la oración habían vuelto al buen camino; pero si el arrepentimiento que demostraba era una garantía de conducta, la firmeza en los buenos propósitos podía ser efímera. Los hechos pasados alarmaban también á los pescadores, que no se recogieron hasta hora avanzada.

Cuando Matías y Andrés llegaron al falucho para acostarse, otro de mayor porte doblaba la punta Sur de la cala. Era el escampavía, que fué á detenerse á muy corta distancia del *San Telmo*. El patrón de aquél preguntó por el patrón Pablo.

—Está durmiendo en la casa.

—Desde que tiene ese palacio se vuelve hombre de comodidades.

--Hace muy bien—respondió Andrés;—yo también quisiera dormir en la cámara de un barco de quinientas toneladas.

—Pues mal camino llevas. No sé cómo hay marineros que quieran ser pescadores. Creedme, dejad el oficio y embarcaos en buques grandes.

—No deis esos consejos á mi hermano, que no los necesita; si le dejásemos, mi padre tendria un disgusto mortal.

—Le pasaría con el tiempo.

—¿Y qué buscáis por aquí?

—Muertos. El ayudante de marina está empeñado en que la noche del temporal se perdió un bergantín, y me hace reconocer la costa. Dicen que un pastor vió el buque desarbolado.

—¿Y habéis visto algo?

—Un mastelero. Ahora me lo llevaré á remolque para que ensucien cinco resmas de papel en averiguación del buque náufrago. Nada siento como dar un parte; prefiero remar todo un día que escribir; es lo peor del servicio. Regularmente declararéis en la causa

—Nada sabemos.

—Mejor. Expresiones al patrón Pablo, y decidle que, si se da tan buena vida, pronto le veremos con gota.

—Capuchina.

El escampavía se alejó lentamente al remo.

Los dos hermanos siguieron con la vista al guardacostas hasta que dobló la punta; cuando no le vieron, dijo Andrés:

—Matías, van á descubrir ese naufragio, y nos darán un susto por haber ocultado á ese hombre; lo mejor sería despedirle.

—Veremos lo que dice; ahora tendrá que hablar.

Los pescadores, después de un rato de conversación sobre el mismo tema, y conociendo la hora por el relente, se acostaron bajo cubierta.

VIII

Al día siguiente el *San Telmo* entró en la cala con abundante pesca, lo que produjo saludable efecto en el humor de todos, y particularmente en el de Apolonia. Un carro con un machito ramo se llevó el pescado, que recogía cada mañana.

Más temprano que otros días se hizo llevar el convaleciente á la puerta de la casa, en donde pronto se reunió toda la familia, deseosa de oír las revelaciones que esperaba.

En las facciones del náufrago estaban marcados los signos de la vigilia.

—Ha llegado el momento de que os diga algo de mí. La enfermedad y el grande infortunio que sobre mí pesa me han mantenido mudo hasta que el bálsamo de vuestras oraciones me han devuelto las fuerzas y la esperanza. Me habéis salvado dos veces y me ayudaréis á concluir una obra

buena, que no sólo os producirá la satisfacción de hacer bien, sino algún provecho efectivo. Para ello he de permanecer entre vosotros el tiempo indispensable; soy marino, y puedo ganar mi subsistencia en vuestra embarcación, único salario que recibiré. Dadme un nombre cualquiera, y ocultad el naufragio. Seré un marino que habéis tomado, y no costará muchos esfuerzos adquirir una *matrícula* que legalice mi situación. Aunque os juzgo honrados, no os ofenderéis de que no os revele mis secretos hasta que os conozca más profundamente. Sólo añadiré que soy español, que conozco todos los dialectos de mi patria y que nunca os arrepentiréis de haberme ayudado en mi empresa. Ahora llevadme á otra parte para que resolváis si me admitís entre vosotros.

Los pescadores, cediendo á las instancias de su huésped, le alejaron del sitio en que debían deliberar.

Distintos sentimientos luchaban en el consejo de familia: la curiosidad había de inducir á los pescadores á apurar los acontecimientos hasta la solución; el miedo de ocultar un naufrago y un naufragio pesaba en contra con la amenaza del castigo que pudiese originarles.

Lucía abogaba por hacer la obra buena, para la cual pedía el forastero el concurso de los pescadores.

Matías se inclinaba á recibir al naufrago en la tripulación del *San Telmo*, puesto que siempre podrían despedirle.

Apolonia se admiraba de que dudasen en recibir á un marino, cuando le necesitaban, y que no exigía *la parte* ni más salario que la comida.

Andrés mantenía la alarma en la familia, recordando que aquel hombre no había sido bueno, y que era muy fácil que el arrepentimiento fuese efímero, si era cierto.

El patrón manifestó que su conciencia no le permitía abandonar á un cristiano que volvía al buen camino, y del cual podría apartarse otra vez, si le rechazaban; y nadie se atrevió á contradecir al jefe de la familia, que expresó su voluntad con terminante acento.

Acordaron que hasta que obtuviesen una matrícula distinguirían al forastero con el mote de *Tramontana*, y que tendría por habitación el establo, almacén de redes.

Cuando supo el forastero que era admitido en la familia, demostró su gratitud bendiciendo á los bienhechores que le acogían.

Los pescadores volvieron á la vida normal, aunque mediatibundos á veces y preocupados por la grave resolución tomada. El patrón deseaba ver al guardabosque para encargarle que averiguase el significado del nombre *Géminis*.

Cada uno se ocupaba en sus faenas: los marineros en la cala, el náufrago al sol con sus pensamientos, Apolonia con la rueca. Lucía, haciendo calceta, se había sentado á alguna distancia por la parte de tierra, y dió la casualidad de que pronto llegó Lucas seguido del inseparable mastín que tantas simpatías demostraba á la joven pescadora. Ésta siguió su labor de enlazar puntos, haciendo como quien no mira, y el recién llegado, ladeándose el sombrero, dijo á su novia:

—¡Para que yo te crea cuando dices que no sales á esperarme!

—¡Cuando digo que te equivocas!

—Si no tengo pelo de tonto, Lucía.

—Pero lo tienes de presumido, Lucas.

—Hablemos claros: ¿me quieres ó no me quieres?

—¿No te he dicho que sí?

—Pero tu padre no.

—Esperaremos; no tenemos prisa.

—Según á lo que llames prisa; yo no espero más que un año.

—Y si mi padre no ha cedido, ¿buscarás otra?

—Eso no.

—¿Pues cómo lo arreglarás?

—Mira, esperaré otro año; pero ni un día más.

—¿Y si mi padre se mantiene firme?

—Nos casaremos contra su voluntad.

—No lo creas, Lucas.

—Pues me casaré con otra, ¿lo entiendes?

—Ya puedes ir á que te dispensen las amonestaciones.

—Todo lo tomas formal... En fin, esperaré otro año, y van tres.

Lucía rompió en una gran carcajada, Lucas también.

—¿No sabes que ya tenemos el marinero que necesitábamos?

—¿Y quién es?

—El náufrago; se queda con nosotros.

—Me alegro, porque es viejo y feo.

—Pues á mí no me parece mal.

—¡Lucía! Pero no te creo.

—Haces bien.

—¿Y ha dicho quién es y cómo se llama?

—Todavía no. Aquí le llamaremos *Tramontana*.

—Da frío ese nombre.

Lucía enteró á Lucas de todo lo que había sucedido, y después, separados, se fueron á la casa, porque nunca prolongaban mucho sus conversaciones para no ser sorprendidos por el patrón, á quien temía Lucas más que al alcalde.

Tramontana estaba sólo aún cuando se presentó el guardabosque, y aprovechando la ocasión, le expresó su gratitud por haberle llevado caza durante su enfermedad. Alabó el esmero con que Lucía le había cuidado, y dijo que protegería los amores que entre ellos observaba, porque eran dignos el uno del otro, lo cual sonó tan bien en los oídos de Lucas, que se deshizo en ofrecimientos y ademanes, interrumpidos por la llegada del patrón. Éste dijo á Lucas que le siguiese, y echó á andar delante, con gran susto del guardabosque, á quien temblaban las piernas y latía el corazón y faltaba el aliento, seguro de que iba á estallar la tormenta.

Cuando estuvieron lejos de la casa, el patrón le detuvo:

—¿Cuándo vas al pueblo?

—Ahora mismo, si os interesa; siempre estoy para servirlos.

Lucas tomó aliento.

—¿Cuándo pensabas ir?

—Esta tarde.

—Pues has de confesarte mañana.

—¿Yo? Pero, en fin, si lo queréis me confesaré.

—¿Lo sientes?

—¡Qué disparate! Soy un buen cristiano y un buen chico, patrón; os lo aseguro; si me conocieseis bien...

—Ya lo sé. Le has de preguntar al confesor, pero en el acto de la confesión, qué significa el nombre *Géminis*.

—¿Qué?

—*Géminis*. Y no olvides lo que te diga.

—Lo apuntaré.

—¿Sabes escribir bastante?

—Y contar. No sería guardabosque si no pudiese llevar lista de los compradores de leña, para dar cuenta al señor.

Lucas sacó un papel largo que contenía nombres y números, y con un lapiz escribió *Géminis*.

—Ahora, patrón, quisiera que me dijeseis qué pecado es ese que yo he cometido y se llama *Géminis*.

El patrón, perdiendo se gravedad natural, se rió á grandes carcajadas que desconcertaron más á Lucas.

—Como me habéis dicho que me confiese y que el vicario me explicaría... creí.

—Majadero, *Géminis* es el nombre de un barco.

—¡Del que se ha perdido!

—Sí; pero no lo ha de saber nadie en el mundo, ni *Tramontana*. Tú ya sabías el naufragio y que tenemos á ese hombre, y puedes estar enterado de lo demás. Quiero saber qué significa *Géminis* y á qué lengua pertenece esa palabra, y quiero que te lo diga el vicario en confesión para que no pueda revelárselo á nadie.

—Comprendido; descuidad.

—Ya ves si tengo confianza en ti.

—Podéis tenerla: por vos me dejaría hacer pedazos.

—Gracias.

—Pues buenas tardes.

Lucas emprendió el camino, alegre no sólo por haberse equivocado sobre las intenciones del padre de Lucía, sino por ofrecérsele ocasión de servirle.

Se detuvo en su casa para ponerse el traje de los domingos, y marchó hacia el pueblo, seguido de su inseparable mastín. A medida que adelantaba el guardabosque, disminuía la celeridad de su paso y la expresión alegre de su fiso-

nomía, como si fuese perdiendo el buen humor, y al fin rompió á hablar solo.

—¡Vaya un lance!—se decía:—¡Confesarse para preguntar al cura lo que significa un nombre! —Y no hay remedio; no puedo disgustar al patrón, porque entonces, adiós Lucía; pero me da pereza; no hace tres meses que me confesé.

Lucas dió algunos pasos sin hablar consigo mismo, y con un movimiento de resolución exclamó:

—No hay escape; he de complacer al patrón Pablo, y vale más que haga examen de conciencia antes de llegar al pueblo, y así, confesándome esta noche, sabré pronto la significación de ese pícaro nombre, y tal vez quién es *Tramontana*. Verdaderamente, es feo y viejo, por lo cual no puedo temer que le guste á Lucía: no hay que pensar en eso.

Lucas se santiguó.

—Yo amo á Dios sobre todas las cosas; sí, señor; más que á Lucía... me parece que... sí... ¡pero si no es igual! Una cosa son oros y otra bastos. En fin, sobre esto no hay nada que decir; yo me entiendo, aunque no sepa explicar me. Voy á misa los domingos y fiestas de guardar, rezo el rosario todas las noches, doy un cuarto á las ánimas algunas veces, ayuno toda la Cuaresma, hago de centurión en la Semana Santa... Si mi suegro me conociese bien, no se opondría á que me casase con su hija; pero es un viejo muy corto de alcances; no comprende que en el día son más escasos los mozos como yo que las mulas de coche... Creo que al fin se ablandará, porque en el fondo es un buen sujeto. Lucía sí que es buena muchacha: sabe cuidar á un enfermo, echar rodilleras á unos pantalones, y siempre se ríe de un modo que da alegría, y tiene unos ojos que dejan ver el alma. Mañana la encontraré mirando al camino. Si consigo averiguar lo que el patrón desea, tendrá que pagarme de algún modo, y puede ser... pero me he distraído. ¿En dónde estaba? Ya me acuerdo: *el cuarto honrar padre y madre*. Nada; soy huérfano, pero les hubiera besado las manos todas las noches antes de acostarme; les hubiera dado todo mi jornal y toda mi sangre; se murieron cuando yo era tan pequeñito... No me queda más que la tía, y está muy vieja. ¡Pobre tía!

¡Cuánto se alegrará esta noche cuando me vea! Si no fuese por ella no iría al pueblo dos veces al año.

El quinto no matar, y hay momentos en que me alegraría de que el patrón Pablo se muriese. ¡Si llegase á saberlo!

Lucas miró á su alrededor.

—Y me dejaría matar por defenderle si alguien intentase hacerle daño; ¡no había de defenderle, cuando me figuro que el patrón se parece á mi padre, á quien no he conocido! Soy un torpe; no es verdad que haya deseado la muerte al patrón.

En punto á muchachas, no tengo nada que contar: alguna broma, que no pasa de jarabe de pico, y hacerlas rabiar á todas las que no son Lucías. Lo malo está en el séptimo, pues aunque doy cuenta de la leña sin ocultar un cuarto y cuido del monte como si fuese mío, empercho alguna perdiz y apiolo alguna liebre sin permiso del dueño, y lo peor es que soy reincidente en esto; pero ¿quién se resiste á la tentación cuando le salta la pieza de las mismas barbas ó de entre los pies? Es preciso no ser hombre para dejarla marchar; se burlarían de mí los pájaros. No quiere comprenderlo el confesor, y como no lo entiende, me riñe. Además, yo no vendo la caza ni la persigo; sólo me echo la escopeta á la cara cuando sale insultándome, y eso nada tiene de particular: estoy hilando muy delgado. La verdad es que todos los mandamientos se reducen á dos, y como yo sirvo y amo á Dios y al prójimo como á mí mismo, nada tengo de que confesarme. Iré á ver al vicario, le haré la pregunta, encargándole el secreto, y el resultado será igual. El patrón nunca va al pueblo, y no sabrá cómo ha sido; así me evito el sermón de las liebres, que ya sé de memoria, y que de todos modos no me convencería.

Lucas aceleró el paso, recobrado el humor, y siguió su camino en conversación con el perro, que cada vez que oía su nombre se paraba para mirar á su amo, meneaba la cola, daba un ladrido y, volviéndose de un salto, que el bueno del mastín creía una monada, emprendía otra vez el trote.

Al oscurecer llegó Lucas al pueblo, y después de saludar

á su tía y de besarle la mano, se fué á casa del vicario, que recibió tan interesante visita en una habitación pequeña, amueblada con una cómoda, sobre la cual, entre dos floreros de mariscos, se veía, debajo de un fanal, una Virgen vestida por monjas. Enfrente se destacaba una librería sin cristales, con algunos volúmenes en pergamino y papeles revueltos, y cabos de velas en el estante inferior.

En el sitio preferente de la pared pendía un cuadro al óleo, medio borrado, del cual sólo podía distinguirse bien una calavera. Á uno y otro lado brillaban dos cuadritos con cristal, que contenían, el de la izquierda el título de bachiller en Filosofía y el de la derecha un *accésit* de los Juegos florales. Sobre la mesa, á la luz del velón, se veían, además del breviario, un tintero redondo de cristal, un dado de mármol caramelo de Artá, una madrepora y un coco lleno de tabaco de Argel.

El vicario recibió haciendo cigarrillos á Lucas, que se alzaba de un lado de la cabeza el sombrero.

—¿Qué novedad te trae por aquí?

—Ya lo ve usted, pasaba por esta calle y me he dicho: voy á dar las buenas noches al señor vicario. Hace tanto tiempo que no ha venido usted á pescar, que he querido ver si estaba usted malo.

—Gracias á Dios estoy bueno; pero desde que engordo, me da pereza andar por las rocas.

—Pues por eso debe usted ir más que antes. Esta semana se han hecho muy buenas pescas: han tropezado con los *mabres*.

—¡Con los *mabres*!

—Como usted oye. Entre dos pescadores cogieron tres arrobas.

—Pues iré, iré esta semana, después de dos oficios de difuntos que hemos de celebrar.

—Bueno es que cada uno tenga trabajo de su arte.

—Toma un cigarrillo.

—Lo tomaré por no hacerle á usted un desaire; pero como yo siempre manejo la pipa, no me encuentro en los dedos los cigarros de papel. Lucas tomó uno, lo sujetó y, aplicán-

dolo á la luz, chupaba *á toda máquina* de mandíbulas. El papel se encendió, cayeron chispas y tabaco, Lucas apretó los dedos y se deshizo el cigarro.

—Lo he destripado.

—Toma otro.

—No señor; me voy, que ya es tarde.

—Pues, nada; por allá nos veremos.

—Que usted lo pase bien.

Lucas hizo como quien se va, y volvió bruscamente desde la puerta de la habitación.

—Ya que he venido, quiero hacerle á usted una pregunta, si me promete el secreto.

—Puedes estar seguro de que lo guardaré.

—¿Como si fuese en confesión?

—Lo mismo.

—Espere usted; lo tengo apuntado.

El guardabosque sacó la lista de los compradores de leña, y dijo:

—¿Qué significa el nombre *Géminis*?

—¡Vaya una pregunta rara!

El vicario procuraba reprimir la risa, á que era muy propenso.

—¿He hecho alguna tontería, señor vicario?

—No, hombre, no; pero no comprendo... á no ser que hayas visto en el calendario ese nombre...

ANTONIO FRATES.

(Continuará.)

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Preocupaciones sociales, por U. GONZÁLEZ SERRANO, *catedrático del Instituto de San Isidro*.—Madrid, Fernando Fé, editor.—
Un volumen en 8.º, 260 páginas, 3 pesetas.

Constituye este libro una verdadera crítica social: frases, preocupaciones y puntos de vista que la generalidad de los vivientes pasa por alto, tomándolos como cosas corrientes, y que son, en opinión del docto catedrático, elementos corruptores que debe rechazar con fuerza la dignidad humana. *Cosas de Fulano* es un vivo ataque contra la maledicencia, que se admite sin objeciones cuando se cubre con el manto de la agudeza. La eterna frase ¡*Vaya! cosas de usted* con que respondemos á la inicua guerra del maldiciente, *equivale á una patente de libre uso y abuso del juicio contra todo y contra todos.*

Son muy notables los artículos que tratan de la *voluntad* y del *carácter*, aunque hemos de advertir que no estamos de acuerdo con el Sr. González Serrano cuando define el segundo como un *equilibrio inestable*. Entendemos que la condición de inestabilidad no puede contribuir á la formación de carácter alguno. Lo perseverante, lo firme, lo permanente, lo que resiste las influencias exteriores sin menoscabar sus cualidades distintivas ni su *modo de ser*, eso es el carácter.

*
* *

Cantares agridulces, por FRANCISCO CABRERIZO SÁNCHEZ.—
Madrid, establecimiento tipográfico de El Liberal.—Folleto en
4.º, de 92 páginas, 1 peseta.

Componen este volumen 439 cantares, muchos de ellos acompañados de notas aclaratorias y críticas que le dan un carácter original y que, según nuestro modesto juicio, es la parte superior y más interesante de *Cantares agridulces*.

El producto de la venta se destina á un objeto altamente benéfico, por lo cual damos al autor de los cantares la más cordial enhorabuena, y celebraremos que el público responda como debe al humanitario y noble propósito del Sr. Cabrerizo.

*
* *

Cuentos, por EUSEBIO BLASCO.—*Madrid, Fernando Fé, editor.*—
Un tomo en 8.º, 308 páginas, 3,50 pesetas.

Esta bonita colección de cuentos forma la primera serie de los que se propone publicar el popular Eusebio Blasco. Los cuentos son interesantes: están respirando vida, frescura y juventud... como si Blasco tuviese ahora treinta años; pero veríamos con gusto que este autor no se sometiese tanto á la influencia galicana, que aún alienta en las páginas de su último libro.

*
* *

Les Pyrénées françaises, par GÉSA DARSUZY.—*Paris, Schleicher frères, editores.*—*Un tomo de la Collection de livres d'or de la Science, en 8.º, 191 páginas, 1 franco.*

Los Pirineos descritos por Darsuzy nos producen el efecto de un mundo vivo: diríase que son un personaje que se anima y en cuya intimidad entramos. Descríbense con encantadora amenidad cuadros de Geología, Paleontología, Geografía é Historia. Después de hacer desfilas ante nuestros ojos los tres reinos naturales, el autor nos presenta, muy pintorescamente por cierto, los valientes montañeses vascos, con sus leyendas, su industria y comercio y su incansable actividad.

Las ilustraciones que adornan este volumen son primorosas, y nos ofrecen, con gran viveza de colorido, tipos y paisajes que nos hacen vivir breve tiempo en las montañas sin abandonar la comodidad del gabinete.

*
* *

Recherches sur les gaz, par A. LEDUC, *maître de Conférences à la Faculté des Sciences.*—*Paris, Gauthier-Villars, editor.*—*Un volumen en 4.º, 116 páginas, 2,50 francos.*

Después de una exposición general é histórica, examina el señor Leduc la composición del aire atmosférico, la densidad de los gases, las temperaturas y presiones, los pesos atómicos, la compresibilidad, la ley de los volúmenes moleculares, los coeficientes de dilatación, etc.

A este volumen acompaña otro mucho más reducido, *Nouvelles recherches*, que contiene las siguientes materias: Densidad de los vapores y volúmenes específicos.—Vapores anómalos.—Calor específico de los gases y equivalente mecánica de la caloría.—Leyes relativas al calor específico de los gases.—La experiencia de lord Kelvin et Joule.

Todos estos puntos están perfectamente tratados en ambos folletos, que recomendamos por su claridad y sencillez de exposición.

*
* *

Manual verdaderamente práctico de la fabricación de jabones, por CARLOS LABATUT, jabonero químico.—Madrid, Bailly-Baillièrre é Hijos, editores.—Un tomo en 8.º, VIII-352 páginas.

La jabonería moderna, que es el verdadero título de esta obra, trata con suma claridad, precisión y sencillez todo lo referente á la fabricación de jabones alemanes, españoles, belgas y franceses, uniendo á la ciencia la práctica adquirida en un gran número de años por el autor. La presente publicación lleva numerosas fórmulas de jabones ordinarios y de tocador, que podrán ser elaborados con verdadero éxito por cualquiera persona, aunque no tenga más que nociones muy elementales.

No es uno de esos libros que por lo concisos de nada sirven ni por lo extensos y científicos no son prácticos. Es un libro indispensable al jabonero, y muy útil para toda clase de personas.

*
* *

¡Solo!, novela, por ARMANDO PALACIO VALDÉS, con ilustraciones de R. París.—Madrid, Rodríguez Serra, editor.—Un volumen en 16.º, 98 páginas, 0,75 de peseta.

La elegante *Biblioteca Mignon* ofrece en su segundo volumen dos primorosos cuentos del celebrado autor de *La espuma*. *¡Solo!* es una narración encantadora, dechado de observación y modelo de buen gusto; *El pájaro en la nieve* es un cuento digno de Palacio Valdés.

En ambas producciones se escucha el robusto aliento de la naturaleza, que nos invade con toda la plenitud de sus encantos y nos convence de que el escritor puede ser *naturalista* sin abandonar el ideal artístico ni separarse un punto de los más exquisitos y delicados sentimientos.

Hágase naturalismo de esta suerte, y el arte volverá á cubrirse con sus propios y espléndidos atavíos, y la literatura se alzará con soberano empuje á un lugar desde donde pueda mostrar su frescura, su originalidad y su fuerza.

*
* *

Manual práctico de la instalación de estaciones centrales de la luz eléctrica, por J. P. ANNEY, versión española de D. Ricardo Yesares Blanco, ingeniero electricista.—Madrid, Bailly-Baillièrre é Hijos, editores.—Un tomo en 8.º, 270 páginas.

El objeto de esta obra es el de proporcionar á los ingenieros y electricistas españoles un libro que se aparte de la senda hasta el presente seguida por los demás manuales, en los que sus autores se han limitado á exponer las teorías y leyes eléctricas, las máquinas productoras y los aparatos, olvidándose del montaje y entretenimiento de las estaciones centrales, que es el principal objeto del presente libro.

En este *Manual práctico* encontrará el que le lea un abundante manantial de conocimientos sobre la formación de anteproyectos para la construcción de centrales eléctricas, montaje de las mismas, su marcha y entretenimiento, como también los diferentes sistemas de la distribución y canalización eléctrica que debe adoptarse según los casos.

Por último, para facilitar su estudio, contiene la obra 10 láminas, en las que, para mayor comprensión, van marcados en distinto color los conductores que unen las dinamos con las barras del cuadro y á éstas con los puntos de distribución de la red, de modo que á simple vista se distingue el conductor positivo del negativo; además, intercaladas en el texto van 99 figuras explicativas del mismo.

Tan importante obra obtendrá sin duda el éxito que obtuvo la edición francesa.

* * *

Tradiciones segovianas, versos, por FRANCISCO DE IRACHETA.—

Madrid, tipografía de la Revista Moderna.—*Un tomo en 8.º, 50 páginas, 2 pesetas.*

Ya conocíamos algunos trabajos del Sr. Iracheta, y deseábamos vivamente verle emprender obras de verdadero empeño. Hoy nos sorprende, con singular agrado, su libro *Tradiciones segovianas*, en que nuestro amigo da muestra gallarda de su inspiración y arte para componer versos. No *El licenciado terrible* ni *Inocente*, pero sí *María del Salto* es obra de un poeta de bríos. Esta hermosa leyenda está escrita en versos llenos, robustos, sonoros; el lector olvida las ligeras incorrecciones en que incurre Iracheta, pues á menudo se tropieza con trozos como el siguiente, que abundan en la composición:

Su cuerpo, escultural como el de Venus,
 prodigio de contornos virginales,
 arropábase en túnica sedosa
 ceñida por cordón de hilos dorados;
 rico manto de púrpura |brillante
 pendía de sus mórbidas espaldas,
 bonetillo de lienzo blanquecino
 adornaba su undosa cabellera,
 y sandalias bordadas sus pequeños
 y delicados pies aprisionaban,
 como oprime la cáscara vistosa
 la blanda carne de preciado fruto.

Nuestra enhorabuena á Iracheta.

Y procure componer muchos libros como *Tradiciones segovianas*.

* * *

Nociones de Historia universal (*primer curso*), por GABRIEL MARÍA VERGARA Y MARTÍN, *catedrático, por oposición, de Geografía é Historia del Instituto de Guadalajara.*—Madrid, librería de Hernando y Compañía.—Un volumen de 117 páginas, 2 pesetas.

Nociones de Geografía, por el mismo autor y editado por la misma casa.—Un volumen de 92 páginas, 2 pesetas.

Tan acostumbrados vivimos á pagar caros los libros de texto, que en verdad maravilla el precio que pone á los suyos el Sr. Vergara, ilustrado compañero nuestro que desempeña la cátedra de Geografía é Historia en el Instituto de Guadalajara.

En ambos libros se expone la materia con excelente método, circunstancia que los hace superiores á muchas otras publicaciones que quieren ser docentes y no hacen otra cosa que llevar la confusión á la inteligencia del alumno; la sencillez del lenguaje que usa el Sr. Vergara hace el estudio muy agradable, invitando la claridad de las ideas á entrar de lleno en el examen de las ciencias geográfica é histórica.

Hacemos votos por que todos los profesores españoles sigan la senda en que con tanto entusiasmo entra el Sr. Vergara, seguros de que han de recibir los plácemes de los alumnos y las bendiciones de todas aquellas familias que hayan de resolver el grave problema económico de adquirir libros de texto.

P. V.

ÍNDICE DEL TOMO CXV

15 DE JULIO DE 1899

	<u>Páginas.</u>
Influencia literaria de Sarmiento, por Antolin López Pe- láez	5
Las Conferencias de la paz, por Arturo Llopis	16
La retribución de trabajo (continuación), por Manuel Gil Maestre	29
Villavetusta y Villamoderna, por Blanca de los Rios de Lampérez ..	52
Estudios demográficos de Baleares, por Enrique Fajar- nés	74
La cadena humana, por Antonio Frates	89
Boletín bibliográfico, por E. y por G. V.	101

30 DE JULIO

La retribución del trabajo. — Participación en los beneficios, por Manuel Gil Maestre	113
Cosas de antaño, por Carlos Cambronero	136
Silvela, literato (conclusión), por Mariano Dominguez Berrueta	154
Notas que pueden servir para vindicar la soberanía de Es- paña en Filipinas, por José Martos O'Nealle	163
Tradiciones de Lorca, por F. Cáceres Pla	177
Velázquez, por Rafael Domenech	186
Don Juan, por Antonio Frates	201
Boletín bibliográfico, por E. , por J. Tur y P. V.	211

15 DE AGOSTO

La retribución del trabajo. — Participación en los beneficios (continuación) por Manuel Gil Maestre	225
La luz y los colores, por Jorge Lechallas	248

Alfonso de Castro y la ciencia penal, por Eloy Bullón ...	259
Zollverein hispano-americano, por Arturo Llopis	272
Trañiciones de Lorca, por F. Cáceres Pla	282
La Academia de Ciencias de París, por P. E. Berthelot ..	290
Hero y Leandro, por J. García Goyena	308
Una impresión, por Antonio Frates	312
Á Laura, por E. Fernández Granados	328
Boletín bibliográfico, por P. V	329

30 DE AGOSTO

La retribución del trabajo.—Participación en los beneficios (conclusión), por Manuel Gil Maestre	337
Lo que son mujeres, por El Bachiller Bobadilla ..	371
La luz y los colores (conclusión), por Jorge Lechallas ...	394
Examen de la teoría antropológica de la imputabilidad, por Juan U. Migoya	409
La raza latina, por José Pérez Guerrero	438
Boletín bibliográfico, por G. Ch. y por P. V	444

15 DE SEPTIEMBRE

La asociación y las clases trabajadoras, por Manuel Gil Maestre	449
El paganismo y el cristianismo en el arte, por Antolin López Peláez	470
La raza latina (continuación), por José Pérez Guerrero .	484
Examen de la teoría antropológica de la imputabilidad (conclusión), por Juan U. Migoya	501
El Jordán de América, por V. Gay	537
Géminis, por Antonio Frates	543
Boletín bibliográfico, por P. V	559

30 DE SEPTIEMBRE

La asociación y las clases trabajadoras (continuación), por Manuel Gil Maestre	561
Un alto ejemplo de inmoralidad, por Un Ingeniero	577
Cosas de antaño, por Carlos Cambronero	590

La raza latina (conclusión), por José Pérez Guerrero ...	596
Estudio sobre la Edad Media, por Ernesto Amador	616
Los heteos, por Francisco J. Abienzo	628
A Lupe, por Enrique Fernández Grauados	635
Géminis (continuación), por Antonio Frates	637
Boletín bibliográfico, por P. V.	665

MADRID, 1899.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNANDEZ

Libertad, 16 duplicado.—Teléfono 934.

SOCIEDAD DE ALTOS HORNOS

Y FÁBRICA DE HIERRO Y ACERO DE BILBAO

FABRICACIÓN DE HIERRO ORDINARIO Y HOMOGÉNEO

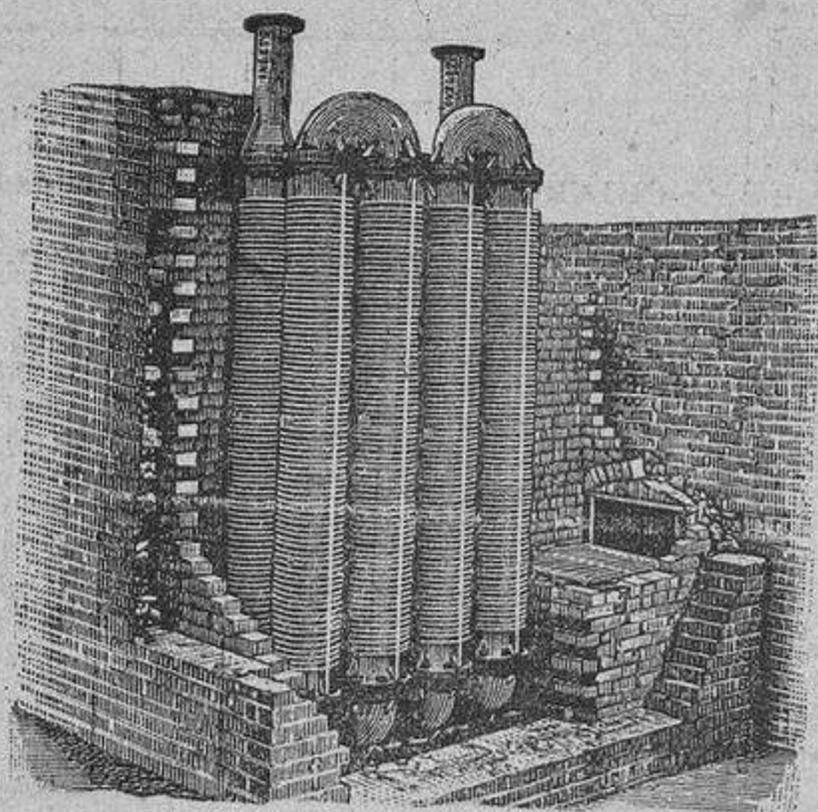
Acero BESSEMER (primera y única en España) y acero SIEMENS MARTÍN en las dimensiones usuales para el comercio y construcción.—Fabricación de chapas.—Especialidad en viguería para construcciones desde 8 centímetros de alto hasta 32.—Fabricación de rails ligeros para minas y otras industrias y pesados para ferrocarriles.

Construcción de vigas armadas para puentes y edificios.

Fundición de columnas, calderas para desplatación y otros usos y grandes piezas hasta 20 toneladas.

RÉCALENTADOR (SURCHAUFFEUR) SCHWÖRER

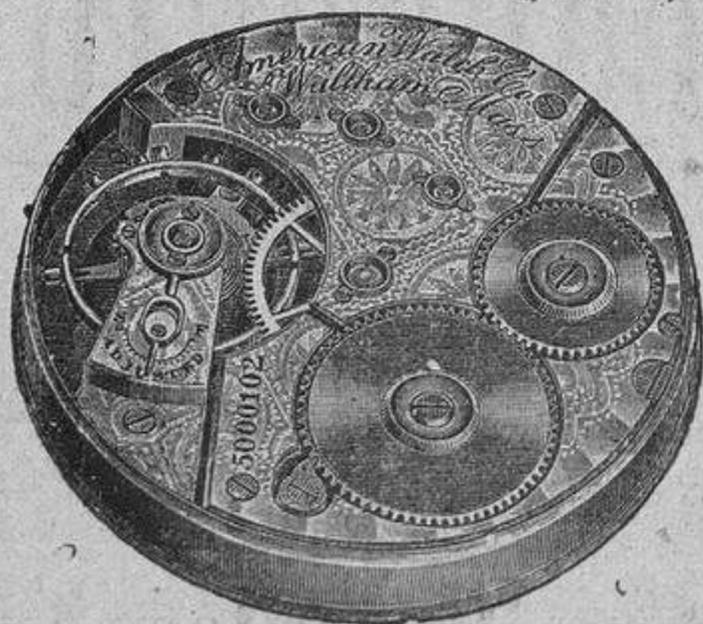
Con patente de invención en todos los países.



Se obtiene con él hasta un 30 por 100 de economía. Funcionan actualmente más de 1.200 aparatos. Entre otras casas, lo han adquirido:

Siemes et Halske, de Viena (15 aparatos); Sociedad de Forges et Aciéries, de Rothe Erde, cerca de Aix-la-Chapelle (45 aparatos); Sociedad de Hilados de Lana, en Vöslau, junto a Viena (22 aparatos); Sociedad anónima de Alumbrado Eléctrico del Sector de la Plaza Clichy, en París (10 aparatos).—Para más detalles dirigirse al inventor: M. Emilio Schwörer, ingeniero.—COLMAR (Alsacia).

WALTHAM



Este reloj, producción mecánica, se distingue de otras clases por su forma elegante, su baratura relativa, su marcha uniforme, su corrección de construcción, por ser mecánica, y su sistema de intercambiabilidad, por el cual las composturas resultan perfectas y económicas. La Compañía Waltham es la fábrica más importante de su clase. Producción diaria, 2.000 RELOJES. VENDIDOS hasta la fecha más de 1.000.000. Los nuevos catálogos, con descripción é historia de dicho reloj de bolsillo, se facilitan y remiten franco por los depósitos de la Compañía Waltham, y por el agente general de la Compañía, ALBERTO MAURER. 12, CALLE SEVILLA, 12, MADRID.

COMPañÍA GENERAL DE TABACOS DE FILIPINAS

BARCELONA-MANILA

Diplomas de honor y medallas de oro de todas las Exposiciones.
Haciendas de San Antonio, Santa Isabel, San Rafael, San Luis y la Concepción

Fábrica LA FLOR DE LA ISABELA

Propietaria de las marcas *Meisic, Cavite, Malabon, La Princesa, La Hlocana*

ELABORACIONES AL ESTILO CUBANO

AGENCIAS DE VENTA EN TODOS LOS PAÍSES

Se venden sus elaboraciones en todas las expendedorías de la Compañía Arrendataria de Tabacos á los precios siguientes:

CIGARROS	Cabida de los envases	Precio de la cajita. — Ptas.	Valor de la unidad — Ptas.	CIGARROS	Cabida de los envases	Precio de la cajita. — Ptas.	Valor de la unidad — Ptas.
Imperiales.....	25	15	0,60	Media Regalía....	50	12,50	0,25
Regios.....	25	13	0,55	Exquisitos.....	50	12,50	0,25
Excepcionales....	25	12,25	0,50	Princesas	50	9,50	0,20
Regalía Antonio López	50	20	0,40	Conchas	100	20	0,20
Isabelas.....	50	17	0,35	Clementes.....	100	15	0,15
Regalía Filipina..	50	17	0,35	Segundo Habano..	500	60	0,12
Cazadores Imperiales.....	25	10	0,40	Tercero Habano...	500	50	0,10
Cazadores.....	50	17,50	0,35	Quinto Habano....	500	30	0,06
Orientales.....	50	14	0,30	Segundo Cortado..	500	60	0,12
Brevas Imperiales	50	15	0,30	Tercero Cortado..	500	50	0,10
				Señoritas.....	200	10	0,05

Cajetillas de 20 cigarrillos mecánicos á pesetas 0,40 una.

Champagne CODORNIU

PROVEEDOR EFECTIVO DE LA REAL CASA

Lo venden en todas las tiendas, economatos, ultramarinos y hoteles de Madrid.

Encargos á Jaime Raventós.

CALLE DE CHINCHILLA, 5, BAJOS

PASTILLAS BONALD

Las mejores que se conocen para las enfermedades de la boca y garganta.

NÚÑEZ DE ARCE, 17 (antes Gorguera).

LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA
Economía en libros y periódicos de todos los países.

39 — JACOMETREZO — 39

GRAN ALMACÉN DE VINOS Y LICORES
DE

PEDRO NIEMBRO

Calle de Núñez de Arce (antes Gorguera), 14.

MADRID

Por la abundancia, baratura y excelentes condiciones de estos vinos se acredita más y más el almacén donde se expenden.

LA MAGDALENA

ANTIGUA AGENCIA FUNERARIA

JOSÉ TORREGROSA

Magdalena, 27.—Teléfono 281.

Gran surtido en coronas de todas clases y precios.

LA CERÁMICA ALICANTINA

Hijos de Jaime Ferrer y Compañía.
ALICANTE

Fabricación á vapor de tejas planas, ladrillos huecos y toda clase de materiales de barro cocido para construcciones.

Venta en España y exportación para Ultramar.

BANCO VITALICIO DE ESPAÑA

LA PREVISIÓN Y BANCO VITALICIO DE CATALUÑA

COMPAÑÍAS DE SEGUROS SOBRE LA VIDA, REUNIDAS

GARANTÍAS

CAPITAL SOCIAL..... Ptas. 15.000.000

RESERVAS..... , 9.800.634

Capitales asegurados desde la fundación de las Compañías hasta 31 de Diciembre de 1898.... Ptas. 219.191.682,06

Pagado por siniestros, pólizas vencidas y otros conceptos hasta igual fecha..... » 15.274.858,18

Esta Sociedad se dedica á constituir capitales para la formación de dotes, redención de quintas y demás combinaciones análogas, rentas vitalicias inmediatas ó diferidas y seguro de capitales pagaderos á la muerte del asegurado.

REPRESENTACIONES EN TODA ESPAÑA

Domicilio social: ANCHA, 64.—BARCELONA

REVISTA CONTEMPORÁNEA

La REVISTA CONTEMPORÁNEA se publica quincenalmente en cuadernos de 112 páginas en 4.º

PRECIOS DE SUSCRICION

MADRID	<u>Pesetas.</u>	PROVINCIAS	<u>Pesetas.</u>	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	<u>Pesetas.</u>
Tres meses.....	7,50	Tres meses.....	8	Seis meses.....	20
Seis meses.....	15	Seis meses.....	15	Un año.....	35
Un año.....	30	Un año.....	30		

Número suelto, 2 pesetas en toda España.

Representante en Londres: ANG. SIEGLE, 30, Lime street.

BICARBONATO DE SOSA QUÍMICAMENTE PURO EN PASTILLAS COMPRIMIDAS de COIPEL

Ésta es la mejor manera de tomar el Bicarbonato de sosa. En botes de lata, para su mejor conservación, á 50 céntimos bote. Barquillo, 1, Madrid, y en todas las farmacias y droguerías de España.

EL SIFÓN HIGIÉNICO

Los inteligentes constructores de París Durafort é hijo, de acuerdo con los ilustrados fabricantes de esta corte Sres. Herranz, han ideado el

SIFÓN HIGIÉNICO INTERIOR DE PORCELANA

con lo cual se evita la formación del carbonato de plomo, que perjudica á las excelentes condiciones del agua de Seltz. Además los señores Herranz fabrican ésta con el bicarbonato de sosa químicamente puro, en vez de la creta ó mármol molido que suele usarse, y disponen de buenos y poderosos filtros.

En su acreditado establecimiento

ESPUMOSOS HERRANZ

Alcalá, 18, y Jardines, 26, se expende la mejor agua de Seltz que se conoce.